

MERCEDES CASAUX ALSINA

¿QUIÉN CUIDA A TU HIJA?

EDITORIAL ARMERÍAS

MERCEDES CASAUX ALSINA

¿Quién cuida a tu hija?

EDITORIAL ARMERÍAS

Casaux Alsina, Mercedes

¿Quién cuida a tu hija?. - 1a ed. - Buenos Aires: Armerías, 2009. 240 p.; 15x22 cm.
ISBN 978-987-1480-21-0

1. Narrativa argentina. I. Título

EDITORIAL ARMERÍAS info@editorialarmerias.com.ar www.editorialarmerias.com.ar
Tel.: 0054 (11) 4880-7002

Primera edición

ISBN: 978-987-1480-21-0 Copyright © EDITORIAL ARMERÍAS Hecho el depósito que indica la Ley 11.723 Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Introducción

La sala del tribunal estaba colmada de periodistas y de un público ávido por conocer los detalles morbosos del juicio a la peor asesina de la historia argentina. No cabía ni un alfiler más.

La tensión en el aire agudizaba la ansiedad y dejaba los nervios al descubierto.

El jurado oyó horrorizado al fiscal exponer los hechos, mientras la acusada, indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor, dibujaba, en forma furiosa y compulsiva, sobre un bloc de hojas blancas delante suyo en la mesa.

Su actitud era la de una persona poseída por una fuerza interior incontrolable.

Cada tanto emitía una risita aguda y perversa que electrizaba el aire. Era una risa extraña, mezcla de carcajada y lamento maldito. Aparecía en el momento menos pensado y enervaba los cabellos de todos los que la oían.

La mirada maliciosa que les dirigió a los miembros del jurado, junto al dibujo que, mostró levantando en alto, del rostro de uno de ellos con la boca abierta como pidiendo clemencia, los aterró. ¡Era una eximia dibujante!

Sólo su hermano dulcificó su rostro cuando subió al estrado. Explicó al fiscal como asesinaron a la niña. Dio detalles del horrendo crimen sin que su voz sufriera ninguna alteración.

Cuando el fiscal le preguntó que habían hecho con el cuerpo, miró con complicidad a su hermana y ambos prorrumpieron en carcajadas.

-La convertimos en alimento – chilló enloquecida la mujer mientras mostraba, otra vez en alto, su última creación; un excelente y nítido dibujo de la cara de la víctima llorando.

La risa aguda, hierática, con que festejó su crimen, le valió del público y la prensa el apodo de “La hiena”.

El fiscal, de espaldas, en ese momento interrogando al hermano, al oír la risa enfermiza se dio vuelta y enrojeció de ira e incredulidad.

El público gritaba enloquecido, ya no pedía justicia. ¡Clamaba venganza!

La jueza Ana María Funes, asqueada y enfurecida, temió por la integridad física de los asesinos e hizo desalojar a los acusados de la sala. Sólo un esfuerzo titánico de su voluntad impidió que dejara que la misma gente se ocupara de ellos.

La madre, en estado de shock, pálida como un papel y con los ojos desorbitados, se apretó el pecho con una mano debido al súbito dolor que sintió. Fue retirada del lugar en ambulancia.

Al fin, el horror, sumado a la tensión y al dolor por la pérdida de su pequeña, pudieron más que sus ansias de justicia.

Capítulo I

-Agencia Valenzuela, buenos días –atendió el teléfono la recepcionista.

-Con la Señora Valenzuela, por favor.

-¿Quién le habla?

-La licenciada Johnson.

-¿Mary? ¡Qué alegría oírte! ¿Qué es de tu vida, cómo está Meg?

-Muy bien gracias, cada día más grande, ya empezó el preescolar. Y ¿tú? ¿Cómo anda la agencia, sigues tan atareada cómo siempre?

-Sí –contestó sonriendo– no me queda ni un minuto libre, pero para eso trabajamos ¿no? para el éxito. Y dime Mary, ¿qué necesita mi clienta favorita?

-¡Uf! –resopló–. Necesito un brazo derecho... ¡No! mejor una madre sustituta –resolvió con una alegre carcajada– ya sabes, alguien de confianza que se ocupe de Meg y de la casa mientras yo no estoy. Mi horario laboral es cada vez más amplio y estoy más horas de las que quisiera fuera de ella –se quedó pensando–. Me vendría bien alguien como Mary Poppins –dijo entre risas–. Una niñera alegre, cariñosa y con experiencia, que contenga a Meg, mientras no estoy. ¿Existe ese milagro? Si existe, mándala urgente a casa.

Era un placer oír a Mary –pensó Sara–. Su jovialidad y alegría eran contagiosas.

Se conocieron por intermedio de un aviso clasificado que había puesto la agencia, hacía unos años, ofreciendo personal con altas calificaciones para el cuidado de niños y para hacerse cargo de las tareas domésticas. A medida que pasó el tiempo y se fueron conociendo más, se dieron cuenta que tenían muchas cosas en común. Las dos trabajaban muchas horas del día fuera de sus hogares y necesitaban gente responsable para que se ocupara de las tareas que ellas no tenían tiempo ó ganas de realizar cuando volvían de sus trabajos. Pero además, en el caso de Mary, tenía una niña que necesitaba que alguien cuidara mientras ella no estaba.

-¡Papá, papá! –saltó de la silla, al oír que se abría la puerta la niña de cinco años, de pelo largo y rubio–. ¿Sabes lo que nos enseñó la señora Norma hoy en el jardín? –preguntó con los ojos azules bien abiertos.

-Debe ser muy importante, ya que produce tanto alboroto – dijo levantándola en vilo y guiñándole un ojo a su esposa.

Mary, una mujer alta y de esplendida figura, al igual que su hija poseía grandes ojos azules. Llevaba el pelo rubio corto, peinado hacia atrás, destacando sus facciones clásicas.

Miró a su marido con orgullo y pensó en lo bien que se veía de traje azul, camisa blanca y corbata de seda rosa. Tenía una cara muy varonil, ojos color miel y un cuerpo alto y fuerte que mantenía saliendo a correr todas las mañanas y con partidos de tenis dos veces a la semana, con amigos miembros del club al que concurría.

Era un importante abogado laboralista en el sector de recursos humanos, de la filial argentina de una empresa multinacional, dedicada a la extracción y explotación de petróleo.

Había entrado en ella apenas se recibió de abogado y fue escalando posiciones gracias a su inteligencia y dedicación.

El último tiempo lo había pasado viajando y resolviendo problemas, en las distintas filiales que la empresa tenía en el exterior.

Sabía que era cuestión de tiempo para que lo asociaran, como un miembro minoritario del directorio. ¡No veía el momento que eso pasara! Había trabajado muy duro y sacrificado muchas cosas para alcanzar esa meta.

El sábado, amaneció frío y despejado. El sol brillaba fuerte en el cielo y el servicio meteorológico hablaba de temperaturas muy agradables para la tarde.

Meg, con su osito de peluche preferido a cuestas, trepó a la cama de sus padres y se acomodó entre los dos.

Le hizo cosquillas en la cara a Mary y la llenó de besos hasta que logró despertarla. Se había levantado temprano y estaba aburrida de estar sola en su cuarto. Además le encantaba como fruncía la nariz su mamá, cuando le hacía cosquillas mientras dormía.

Prepararon juntas el desayuno y despertaron a Greg para que lo tomara con ellas.

El sábado era el día de la semana que más le gustaba a Meg. Tenía a sus padres sólo para ella y juntos planeaban las salidas que iban a realizar.

-Greg ¿Puedes ir con Meg al supermercado? Necesitamos varias cosas y yo tengo la entrevista, con la señora que me manda la agencia, hoy a las 11.

-No hay problema –dijo Greg y se dirigió a la niña que lo miraba esperando ansiosa su respuesta– ¡Vamos princesa! ve a vestirme y vayamos a hacer las compras. De paso puedes elegir el gusto del helado para el postre de ésta noche.

Los miró partir con una sonrisa desde la ventana de su dormitorio.

Abrió la puerta al primer campanillazo del timbre. Eran las once en punto.

En el porche, se encontró con una mujer flaca de mediana edad, bien vestida y de rostro agradable, no demasiado alta.

-¿Señora Johnson? –preguntó con voz suave– me manda la agencia Valenzuela, mi nombre es Rosa Marchese.

-Pase, la estaba esperando.

Le ofreció café y se sentaron junto a la mesa del comedor. Rosa le mostró una hoja de papel, con el encabezado impreso de la agencia Valenzuela, en donde venían excelentes recomendaciones del trabajo anterior.

Este había sido un año antes. Un llamado de su padre enfermo de un cáncer terminal la había obligado a renunciar para acudir a cuidarlo hasta su muerte. Lo que ocurrió once meses más tarde, en su provincia natal, Córdoba.

Habló de su trabajo anterior con mucho cariño. Contó que había estado siete meses cuidando a una niña pequeña y manejando la casa. La madre de la niña acababa de enviudar cuando Rosa entró a trabajar para ella y por ese motivo pasaba mucho tiempo afuera de su casa, dedicada a ganar dinero para mantener el hogar.

Era americana y con el tiempo volvió a su país, Estados Unidos, para estar con su familia.

-¿Y antes de ese trabajo?

-Antes de eso vivía con mi padre en Córdoba, daba clases de apoyo escolar a niños pequeños y no necesitaba trabajar afuera. Con lo que ganaba mi padre y mi trabajo, nos arreglábamos muy bien. Luego él se jubiló y la situación cambió –dijo apenada.

Un día mientras leía los avisos clasificados del diario, vi un anuncio pidiendo una niñera con experiencia docente para ocuparse de una pequeña. El sueldo era excelente y me pareció que podía ayudar cuando me explicaron la situación de la pequeña. Quiero mucho a los niños y me entristeció saber que había perdido a tan corta edad a uno de sus progenitores.

La mujer ponía tanto sentimiento en sus palabras que Mary no dudó de su bondad.

Le explicó que su marido viajaba mucho por trabajo y ella pasaba muchas horas del día en el suyo. Necesitaba alguien con experiencia en el cuidado de niños, que se ocupara de llevar y traer a Meg del jardín o de cualquier otro lugar que debiera ir y que la contuviera hasta que ella llegara a su casa.

Le dijo que la niña era dócil y cariñosa y se llevaba muy bien con la gente. Le detalló las tareas del hogar y habló del sueldo que le pagaría.

Rosa estuvo de acuerdo con todo y quedó en comenzar ese mismo lunes por la mañana.

Habían pasado dos semanas y Mary no podía creer en su buena suerte. La mujer había resultado ser un “hallazgo”. La casa estaba impecable, los pisos y muebles brillaban y sobre todo, Meg estaba encantada con Rosa que había comenzado a enseñarle a dibujar.

Es increíble cómo dibuja, pensó Mary, después de haber entrado al cuarto a preguntarle algo y ver los dibujos de Meg y de ellos dos colgando de las paredes.

-Espero que no le moleste –dijo con voz insegura y una risita la mujer.

-No, al contrario, son muy buenos, ¿nunca pensó en exponerlos? Estaba impresionada por la calidad de los dibujos que veía.

-No –dijo con una mirada extraña.

-Pues debería hacerlo. Es muy difícil hacer retratos y usted los hace de forma impecable. Cuando se decida, avíseme, creo poder contactarla con una galería especialista en el tema.

Esa noche después de comer y haber mandado a Meg a dormir, tomaban un café sentados en el sofá junto a la chimenea del living. Se sentían cómodos y relajados:

-Greg, llamó Sara Valenzuela de la agencia. Había quedado en pasarme el teléfono de la patrona anterior de Rosa, pero dijo que no podrá hacerlo porque la mujer se mudó a los Estados Unidos sin dejar teléfono ni dirección.

-¿No habló antes de irse con la agencia y dio excelentes referencias de Rosa?

-Sí, pero...

-Mary, no te tortures. Meg está feliz y es increíble como Rosa nos ha organizado, desde hace dos semanas, la vida –dijo conciente de lo que le ocurría.

Hacía cinco años Mary había tenido que asistir como jefa de Marketing de la editorial en donde trabajaba, a una convención de dos días que se hacía en Brasil. Allí se reunirían las empresas editoriales más importantes del mundo.

Greg había quedado de mala gana en cuidar de Eddy, el hijo de ambos de cinco años. No es que no lo quisiera, ¡lo adoraba! Pero justo ese fin de semana había arreglado con su jefe en reunirse para organizar la estrategia a seguir en varios juicios que llevaba su departamento dentro de la empresa.

El día había amanecido frío y lluvioso, y Eddy no paraba de correr y jugar por toda la casa con una pelota.

Sabiendo que no iba a poder concentrarse en su trabajo, lo abrigó y decidió llevarlo al pelotero de un McDonald's, para que pudiera descargar algo de la energía acumulada.

Estuvieron dos horas allí. Le pidió una hamburguesa con papas fritas y una Coca-Cola, y lo contempló mientras saltaba sin parar en el pelotero junto a otros niños.

A las doce decidió regresar a su casa y dejarlo mirando televisión mientras él intentaba trabajar un poco.

Llovía torrencialmente cuando salieron del local y fueron a buscar el auto. Eddy no quería ir en el asiento de atrás y lloraba y pataleaba en la vereda negándose a subir. Mientras tanto en la calle se iba formando una caravana de conductores furiosos, que lo insultaban y tocaban la bocina, para que se apurara y dejara el lugar libre.

Irritado con la actitud del niño y por las bocinas de los conductores, se dijo: ¡Está bien, apenas son unas cuadras! Dejó que subiera en el asiento del acompañante y partió lo más rápido que pudo del lugar.

El día se iba poniendo cada vez más oscuro y la lluvia cayendo en cascadas producía un ruido infernal dentro del auto, aislándolos en un microclima tenso y agobiante. Eddy iba en silencio.

Nunca supo de dónde salió la moto que impactó con toda su fuerza del lado del asiento del acompañante.

No hubo nada que hacer, el golpe fue terrible. La velocidad de la moto –confirmó después el técnico de la policía–, era de ciento veinte kilómetros por hora.

Todavía recordaba el grito desgarrador de Mary cuando la llamó por teléfono para avisarle del accidente. Fue el momento más duro de su vida.

Después del accidente fueron con sus suegros Peter y Doris a la estancia de ellos en la provincia de Neuquén, al sur del país, a tratar de recuperarse. Mary nunca se lo reprochó.

–Mary, es hora de dar vuelta la página, han pasado cinco años desde ese maldito día, no puedes seguir angustiándote cada vez que dejas a Meg con alguien –dijo desesperado–. ¡Ven, subamos a verla!

Mary creyó oír una risita mientras subían la escalera para ir al dormitorio de la niña. “Debe ser el viento”, pensó sin detenerse.

Entraron al dormitorio de Meg y la encontraron dormida en medio de un revoltijo de mantas, abrazada a su osito de peluche y con la televisión prendida a todo volumen.

-¡Qué bonita es, parece un ángel! –la contempló maravillada–. Ojala pudiéramos pasar más tiempo con ella. Hace tres días me dijo Rosa, que hace caprichos para comer y deja la ropa y los juguetes tirados por todos lados.

-Seguramente es la edad. Sólo tiene cinco años, pero como es muy alta, parece mayor, y eso confunde a la gente, que espera otro comportamiento de un niño de seis años. No hagas caso... Hoy me llamó Paúl Brown –intercaló el tema apurado– el gerente general, para avisarme que debo presentarme el lunes en la casa matriz de la compañía en Londres, y permanecer allí un mes. Quieren que tome un curso de capacitación sobre los sindicatos ingleses, y que trabaje junto a otros abogados en algunos juicios laborales que la empresa tiene allí.

-Pero Greg –dijo desilusionada–. ¿Y nuestros planes de pasar una semana en el campo con Meg y mis padres? Ya les avisamos que iríamos.

-Ya sé Mary, pero tendrán que ir solas. No puedo negarme. No, si quiero llegar a socio. Hay tres candidatos y me han elegido a mí para la capacitación.

-¿Vas sólo?

-No –dijo incómodo– también va Susan. Voy a necesitar de mi secretaria todo ese tiempo. La empresa lo tiene previsto y ya le avisó.

Sabía que a Mary le iba a molestar que fuera con Susan, una morocha de increíbles ojos verdes rasgados y dueña de una figura impresionante que destilaba sensualidad en cada movimiento. Tenía una voz ronca y aterciopelada que ponía de punta los nervios de Mary, cada vez que la oía.

-Pero para el lunes ¡Faltan sólo tres días!

-Ya sé querida, pero es lo que siempre quisimos; que me convirtiera en un socio minoritario.

En realidad era lo que siempre había querido él, pensó. Pero no dijo nada. Sabía lo importante que era para Greg que lo tuvieran en cuenta como socio.

Provenía de una familia muy humilde, y había visto a lo largo de su infancia y adolescencia cómo su padre se desgastaba y envejecía tratando de conseguir lo justo para alimentar a su hijo y a su mujer. El padre de Greg había sido, antes de su muerte, operario en una industria metalúrgica, y por no tener estudios más allá de tercer año del bachillerato, su techo en la empresa había sido siempre muy bajo. Él se había prometido que no le pasaría lo mismo. Se esforzó en la escuela, mientras otros chicos jugaban o perdían el tiempo en noviecitas y estupideces. Tenía pocos amigos ya que su carácter reconcentrado y serio lo hacía quedar como un soberbio ante los demás. Alguien, pensaban sus compañeros, que se sentía por encima de todos ellos. La realidad es que era tímido y orgulloso. Se negaba a aceptar las invitaciones de sus compañeros ya que no las podía retribuir. Su casa humilde, aunque prolija y limpia, le daba vergüenza.

Al finalizar sus estudios secundarios, con el mayor promedio del colegio, consiguió una beca para estudiar abogacía en una de las universidades privadas más prestigiosa del país. Se recibió con medalla de oro y entró a trabajar, inmediatamente después, en la empresa en donde estaba actualmente.

Años de sacrificios habían dejado un frío resentimiento en su alma. Era muy duro con los abogados que trabajaban con él. Especialmente con los que venían de hogares sin problemas económicos. Todo lo que exigía, él era capaz de hacerlo, se decía.

El sábado por la mañana, Mary partió con Meg y Rosa a la estancia de sus padres, en la provincia de Neuquén.

¡Adoraba el lugar! Quedaba en la precordillera, a pocos kilómetros del límite fronterizo con Chile. Sus montañas de picos nevados, los ríos cristalinos, los lagos y bosques naturales, convertían este lugar en un remanso de paz bellissimo.

Después de despedirse de ellas, Greg se quedó todo el día repasando las leyes inglesas sobre los sindicatos y ordenando las notas que debía llevar a Londres.

Pasó por su oficina a media tarde y mantuvo una reunión con su equipo, y con el abogado que quedaría al frente el tiempo que él permanecería afuera. Más tarde se juntó una hora con Brown para ultimar los detalles de su viaje.

A las seis volvió a su casa y preparó su equipaje. Se duchó y llevó frente al televisor un plato con dos sándwiches de pan negro, lechuga, palmitos y pollo, que Mary le había dejado preparados y cubiertos con papel *film* en la heladera. Con un vaso de cerveza en la mano derecha, y el plato con los sándwiches en la izquierda, se sentó a comer y ver televisión un rato. La ansiedad que sentía le impedía concentrarse en el programa que estaba viendo, su mente volaba haciendo planes para cuando fuera socio minoritario de la empresa. Al fin se obligó a ir a la cama y se durmió temprano.

El domingo se despertó antes de que sonara el despertador. Estaba entusiasmado y el día parecía acompañar su estado de ánimo. La temperatura era muy agradable y el sol ya asomaba en el horizonte. “Hoy doy el primer paso serio para convertirme en socio”, pensó, mirando por la ventana. “Al fin mi esfuerzo produce resultado”. Se sentía fuerte y vital. Deseoso de tomar esa porción de poder que le ofrecía el mundo. ¿Y por qué no? Se lo merecía. Su inteligencia y esfuerzo lo habían llevado hasta allí. No le debía nada a nadie.

Tomó un desayuno liviano y dejó todo guardado ya que Mary no volvería hasta dentro de una semana.

Llamó a lo de sus suegros, se despidió una vez más de Meg y su esposa, y salió con el tiempo justo para hacer el *check in* en el aeropuerto. A las 11:00 Susan y él abordaron el avión.

Capítulo II

-Abuela ¿Puedo montar a Pepito? –preguntó Meg.

-Sólo si tu madre te acompaña, eres muy pequeña para montar sola.

Mary puso los ojos en blanco mirando a su madre, y con una sonrisa resignada tomó de la mano a Meg y fueron juntas a buscar a Pepito, el caballo que Doris y Peter le habían regalado a la niña en su último cumpleaños. Llevaba ese nombre porque Marc, el vecino al que se lo habían comprado, lo llamaba Pepe.

A Marc lo conocían de toda la vida. Había ido a la misma escuela que Mary y se habían vuelto inseparables desde muy chicos.

Siempre había estado enamorado de ella, aunque lo ocultaba detrás de los burlones comentarios que hacía cuando estaban juntos. Era un hombre alto y recio, de ojos claros, que contrastaban con su pelo negro. Su mirada franca y directa, con una chispa burlona de fondo, lo había hecho muy popular entre las congéneres de Mary.

Para ella siempre había sido una torre de fortaleza y seguridad. En la escuela, varias veces había salido lastimado después de haberse trezado con algún compañero para defenderla. Hubo un tiempo en que Mary creyó amarlo, pero cuando fue a la universidad en Buenos Aires y conoció a Greg, nada se interpuso entre ellos, y se enamoró perdidamente de él.

Meg y su madre recorrieron una zona bellísima del campo, parecía una postal de Escocia. Cruzaron arroyos rodeados de pinos y flores silvestres, y se bajaron de los caballos para sentarse bajo una araucaria centenaria desde donde podían apreciar el cauce de un río plateado y serpenteante, que caía en una pequeña cascada.

¡Cómo le hubiera gustado compartir este momento con Greg! Miró la belleza del paisaje y sintió la paz del lugar. Se lo imaginó sólo entre el cemento y las bocinas de autos en Londres... Bueno, ¡sólo no! Pensó resentida.

El sol estaba alto cuando decidió pegar la vuelta y volver a la casa a almorzar.

Doris las esperaba con la comida lista y una nota de Rosa, en donde le avisaba que, había ido hasta el pueblo a hablar con su hermano por teléfono.

-¡Que raro! –nunca me contó que tenía un hermano.

-Seguramente lo dijo y no le prestaste atención. De todas maneras parece una mujer muy callada y reservada... misteriosa. ¿Quién te la recomendó?

-La agencia a la que llamo siempre, me dieron excelentes referencias de ella.

-Abuela –interrumpió Meg– Están llamando a la puerta ¿Puedo abrir?

-Ve, seguramente es Marc. Quedó en pasar a tomar un café con nosotras en cuanto se enteró que estaban acá.

Marc entró seguido por Whisky, su perro labrador y por Meg, que venía riendo y tratando de escapar de los saltos que daba el perro para lamerle la cara.

-Hola Doris. ¡Mary, tanto tiempo! ¿Cómo estas? A juzgar por lo que veo en excelente forma –dijo mirándola y riendo descaradamente ¿No vino Greg?

-No. Tuvo que ir a Londres –contestó con una queja oculta en la voz.

-Bueno chiquita –le guiñó un ojo y usó el apodo con que la nombraba en sus días de estudiantes – tengo varios planes para ustedes dos.

Estaba vestido con jeans azul y sweater blanco de cuello alto. Con los años había adquirido una gran seguridad y aplomo. Lo único que no había cambiado en todo éste tiempo eran sus ojos burlones, pensó Mary. Lo encontró más buen mozo que nunca.

¿Saldría con alguien? Sabía por su madre, que había una vecina que lo perseguía denodadamente. La hija de un magnate hotelero o algo así, que había comprado la estancia lindera a la de Marc y estaba loca por él.

Dándose cuenta del escrutinio al que era sometido, Marc sonrió y le dijo:

-Esta noche, Pamela Hilton, la dueña de esa estancia espléndida que linda con la mía, da una cena y le dije que me gustaría llevarte. A varios de los invitados que asistirán ya los conoces, son antiguos compañeros nuestros. ¡Estarán felices de verte! Te pasaré a buscar a las ocho de la noche

-No sé Marc, llegamos ayer...y está Meg...

-Rosa puede cuidarla –dijo resuelta Doris – y tu padre y yo la supervisaremos.

Peter, el padre de Mary, llegaba ese día de la provincia de La Pampa, a donde había ido a comprar toros para renovar el plantel.

-¡Ve Mary!, será divertido ver a tus viejos amigos. Lo pasarás muy bien –la animó Doris.

-Esta bien Marc –rió vencida– estaré lista a las 8. ¿Quieres más café?

-No gracias. Debo revisar las vacas del viejo Lewis. Nos vemos después.

Marc era un veterinario muy reconocido en la zona. Había heredado de sus abuelos escoceses, una estancia de treinta y cinco mil hectáreas, cercana a la de Doris y Peter.

Los abuelos de Marc, habían llegado al país al mismo tiempo que los de Mary. Compraron juntos tierras en el sur en donde el paisaje les hacía recordar su tierra natal. Formaron junto a otros de su mismo origen, un grupo bastante grande de habla inglesa, a la que se le fueron incorporando a medida que llegaban a la zona, ingleses e irlandeses. Sabían que más al sur había una comunidad de galeses. Pero el paisaje y el clima eran demasiado inhóspitos para ellos y prefirieron asentarse en la provincia de Neuquén.

Aunque se llevaban bien con todos los habitantes del lugar, eran pocos los que entraban en su círculo íntimo.

Doris y Peter McTaylor, los padres de Mary, siempre pensaron que ella y Marc terminarían casándose y escondieron férreamente su desilusión cuando Mary les anunció su casamiento con Greg. Cuando perdieron a Eddy, su nieto, los llevaron con ellos al campo y dejaron que la serenidad y belleza del lugar, ejerciera su efecto benéfico en el espíritu de ambos.

Las montañas nevadas, los ríos y arroyos cristalinos. Sus bosques naturales y sobretodo la inmensidad y la paz del lugar, lograron serenarlos y calmar, algo de su dolor.

Cuando a los dos meses debieron regresar a sus respectivos trabajos, estaban más armados y aunque la herida en el corazón no cerraría jamás del todo, supieron que podían enfrentar juntos de nuevo la vida.

Capítulo III

Greg se había instalado en el departamento que la empresa tenía en Londres, para los ejecutivos que viajaban del exterior.

Acababa de llegar de su primer día en la oficina central y estaba agotado, pero muy conforme con las reuniones que había mantenido con los principales directivos de la empresa.

Pensó tomar un baño y salir a comer algo por ahí. Caminar un rato, sentir la ciudad. Palparla.

Le encantaba Londres y la mezcla de gente y de barrios tan diferentes. El centro financiero con sus modernísimos edificios de oficinas vidriadas, junto, a las antiguas y señoriales construcciones de los bancos.

La gente, una marea de diferentes nacionalidades y culturas que caminaba apurada y sin prestarle atención a nada que no fuera lo que tenía en mente.

El barrio en donde iba a vivir por un mes, ya lo conocía. Era un barrio elegante, de edificios de ladrillo colorado realzados por molduras de yeso blancas. Sus plazas estaban cercadas por rejas forjadas de hierro negro. Las calles arboladas y la suntuosidad de los locales comerciales de marcas muy afamadas, contribuían al deseo que sentía de salir a caminar. Además, todavía no había hecho las compras y no tenía nada en la heladera.

Trató de llamar a Mary, pero notó que su celular estaba sin batería y el teléfono fijo recién se lo conectarían por la mañana del día siguiente.

Tomó una ducha, se vistió con una camisa y un pantalón sport y poniéndose una campera de gamuza salió a caminar hasta encontrar un restaurante en donde comer algo liviano.

Se sentía joven y despreocupado, casi como cuando estaba en la facultad.

Si bien quería mucho a Mary, a veces se sentía asfixiado por el peso de lo que habían vivido juntos. Llevaban diez años de matrimonio y algunas cosas habían cambiado, suponía que para los dos. Le seguía gustando y excitando su cuerpo, además la quería y respetaba por su inteligencia, pero a veces, sentía que le faltaba magia a su matrimonio.

Le hubiera gustado que dejara su trabajo y se ocupara sólo de Meg y de él, pero sabía que ella no haría eso, la conocía muy bien. Había momentos en que pensaba que era bastante egoísta. Prefería dejar que a Meg, la criara una desconocida, en vez de ocuparse personalmente.

Hacía mucho que no necesitaban de su sueldo para vivir. Se lo había explicado varias veces pero no quería entenderlo. Por otro lado él, no estaba en condiciones de exigirle nada, siempre se iba a sentir culpable por lo de Eddy. Todavía lo extrañaba terriblemente y sabía que ella también aunque jamás lo dijera.

Sacudió sus pensamientos y se obligó a mirar en derredor y disfrutar de la ciudad. Sentir el aire, su olor, su movimiento.

Encontró un *ristorante* italiano a cinco cuadras del departamento. Tenía el menú colocado en un atril, en la vereda y prometía comida casera.

Adentro sólo cuatro mesas estaban ocupadas ya que todavía era temprano. Eligió una junto a la ventana y pidió una cerveza para acompañar el plato del día, muy elogiado por la dueña del lugar, quién atendía personalmente las mesas. Una italiana bajita y regordeta de carácter afable, que le recomendó unos *fettuchini* con una salsa especialmente creada por ella, que reconoció era lo mejor que había probado en pastas.

Terminó de comer y se encaminó a una librería que había visto de pasada cuando se dirigía al restaurante.

A las 10 estaba metido en cama, disfrutando la última novela de Sydney Sheldon que había comprado.

Mientras se afeitaba y bañaba a la mañana siguiente, recordó que debía llamar a Mary. Lo atendió una vocecita infantil.

-¿Meg? ¡Hola preciosa! ¿Cómo estás?

-¡Papi! –dijo Meg, feliz de oírlo– no sabes todo lo que hice, anduve a caballo, preparé dulces con la abuela, fui a pescar y me mojé toda. Mamá se enojó, pero Abu –así llamaba Meg a Doris– me dijo que a mamá le pasaba lo mismo a mi edad. Además Peter dijo que nunca había visto una trucha tan grande –contó orgullosa– Greg sonreía mientras escuchaba la andanada infantil.

Por fin, Meg tomó aire y le pidió que le pasara con Mary.

-¿Greg? ¡Hola Greg! ¿Cómo estás? ¿Cómo te está yendo?

-Muy bien gracias. Fui muy bien recibido en la oficina, la gente de acá es estupenda y trata que todo sea lo más simple posible. Me presentaron al gerente general. ¡Un tipo bárbaro!. Conocía mi trabajo y dijo que los directores estaban muy conforme con él. Sobretudo después de la negociación con el gremio, en la última huelga, en la provincia de Santa Cruz.

Había actuado como mediador en un momento en que las negociaciones con el gremio estaban en su punto más álgido. La empresa perdía muchísima plata con cada día de huelga.

-Hoy por la mañana tengo tres reuniones con gerentes de distintos sectores y... –lo interrumpió el timbre de la puerta– espera un minuto Mary.

-¡Hola Greg!, pasé a buscarte y te traje el desayuno por si no habías hecho las compras ayer.

-Pasa Susan, estoy hablando con Mary por teléfono.

-Dales saludos de mi parte.

-¿Mary? Te llamo después. Esta noche tengo una cena con varios directores, trataré de llamarte antes de salir.

-¿Greg?... ¿Me extrañas? –preguntó inquieta al oír a Susan.

-Por supuesto que sí –contestó apurado sintiendo el olor a café recién hecho, que salía desde la cocina–. Bueno, Mary ¡cuídense! les mando un beso, y dales saludos a Doris y a Peter de mi parte – se despidió.

Mary colgó el teléfono notando que no le había preguntado como estaba ella. Parecía impaciente por cortar, pensó resentida.

Capítulo IV

Marc llegó puntualmente a buscarla y quedó deslumbrado por su belleza.

Se había puesto un vestido negro ajustado de gasa y seda, con escote en ve pronunciado. Las piernas largas y finas estaban enfundadas en medias de seda. Los pies calzados por zapatos negros de gamuza, hacían juego con el sobre de mano.

Bajo el chal de gasa de varios colores llevaba la gargantilla de perlas de cuatro vueltas, que le había regalado Greg, cuando cumplieron diez años de casados.

La piel dorada por el aire de campo resaltaba sus ojos azules y el pelo corto y rubio, peinado hacia atrás, le daba un aire juvenil y sofisticado. Parecía una modelo de Vogue y Marc pensó en lo afortunado que era Greg al tenerla como esposa.

Peter y Doris, con Meg pegada a sus faldas, los despidieron desde el porche.

Mary se arrebujo en el tapado de piel que su madre le había prestado para la ocasión y los saludó con la mano y un beso tirado al aire cuando arrancó el auto.

La ruta despejada, la noche clara y el cielo cubierto de estrellas, como son los cielos del sur, creó una intimidad que contribuyó a que Mary apartara del fondo de su mente, la luz de alarma que se había encendido, cuando esa tarde trató de hablar varias veces con Greg, sin conseguirlo.

Probó de nuevo, unos minutos antes que Marc pasara a buscarla, pero no obtuvo respuesta.

Marc le fue contando los últimos cambios y novedades que había habido en los campos que, veían desde la ruta, desde que ella se fue.

Llegaron por fin a una tranquera alta pintada de blanco en donde se leía en un cartel: Estancia La Grazie.

Entraron por un camino de cipreses, pinos y hayas que, se abría al final, mostrando un magnifico parque.

Una casa enorme de dos plantas de piedra gris y techo de pizarra con muchas chimeneas y grandes ventanales regía el lugar. ¡Es imponente! pensó Mary.

Salió a recibirlos una bellísima joven pelirroja de piel nacarada y sugerente vestido de gasa color verde manzana.

Marc le presentó a Pamela Hilton. La mujer, se colgó en forma posesiva del brazo de él y la midió con la mirada de arriba abajo, sin ningún disimulo. Luego de evaluarla le dedicó una sonrisa de propaganda dentífrica. Mary no sabía si porque le había caído bien o, porque consideraba que no era rival para ella. No le gustó la forma en que se adueñó de Marc. Además le pareció muy joven para él. “Estás celosa”, le dijo una vocecita interna. “Sólo quiero lo mejor para mi amigo”, le contestó.

Una vez dentro de la casa, se vio rodeada por muchos de sus antiguos compañeros. A algunos de ellos le costó reconocerlos. Marc se adelantó, y a medida que se acercaban a saludarla los fue nombrando y evitándole el papelón de desconocer, a la persona que tenía delante.

La velada transcurría en forma muy agradable y Mary disfrutaba cada minuto de ella.

En la cena la sentaron entre un diputado izquierdista de la provincia y una vieja y querida amiga que no veía hacía muchos años.

Discutió con el político sobre la mejor forma de redistribuir la riqueza en el país. El hombre pensaba que había que expropiar las grandes estancias del sur y repartir la tierra entre miles de pequeños chacareros.

-Pero dividida en pequeñas parcelas, no alcanzará lo que produce para que viva una familia –le explicó.

El político no la oía. Estaba enamorado de su retórica y no le interesaba nada de lo que tuviera para decir, alguien que pensara diferente. Viendo que no caía rendida ante su parlamento, le dio la espalda despectivo y decidió ignorarla y hablar con el comensal que tenía del otro lado.

Mary agradeció mentalmente por esto y se puso al día con su amiga. Entre carcajadas recordaron su infancia y a sus antiguos maestros.

El diputado, medio achispado por la cantidad de vino que había tomado y resentido por las risas de Mary y su amiga: “dos oligarcas sin conciencia social” volvió a la carga y le preguntó en que trabajaba su marido:

-Es abogado en una empresa petrolera. En este momento está en Londres.

-¡Ah! ¿Trabaja para una multinacional? –preguntó irritado, dirigiendo una mirada cómplice alrededor de la mesa.

-Sí –contestó insegura. No sabía en qué lo había ofendido.

-¡Ah! Es de los que ayudan a las empresas extranjeras a llevarse los recursos naturales del país –dijo con una sonrisa irónica como si al fin la hubiera pescado en algo indebido.

-¡No! –contestó indignada–. Es de los que ayudan a crear miles de puestos de trabajo en el país. ¡Y bien pagados además!

Levantó los ojos y se encontró con la sonrisa burlona de Marc que levantaba su copa en un brindis silencioso por ella.

A las 12, cuando al fin Marc pudo desprenderse de su enamorada pelirroja, buscó a Mary y sacándole la copa de champagne que alguien había puesto por segunda vez en sus manos, le colocó el abrigo sobre los hombros, se despidió de todos y la llevó hasta el auto. Empezaron el viaje de regreso, comentando risueñamente las actitudes, de algunos de los invitados a la cena que acababan de asistir. Mary seguía indignada con el político sentado a su lado en la mesa.

-Lo que me molesta de estos políticos es que se escondan miserablemente, detrás de una ideología de izquierda obsoleta que, no ha dado resultado en ningún lugar del mundo –dijo–. Lo que menos les interesa es el bienestar de sus supuestos defendidos. Es más, a ésta altura, estoy convencida que hacen lo posible para tener una legión de gente marginada y necesitada a la que puedan manejar como quieren. Les basta unos pocos pesos, para llevarlos y traerlos a su antojo. ¡Me enferman! Además, en cuanto logran meter sus manos en lo que el estado les da para planes sociales, lo primero que hacen, es comprarse un departamento carísimo en la mejor zona de Buenos Aires y mandar a sus hijos a colegios donde sólo va la elite. Colegios en donde los instruirán con las mejores reglas del capitalismo –dijo irónicamente.

Marc la interrumpió riendo: -Y no te olvides del cambio de esposa en cuanto pasan a tener mejores finanzas –largó una carcajada–. No le des importancia, sólo es un pobre diablo, aprovechando los buenos modales de una audiencia cautiva. Y ¿qué hay de ti, te has vuelto capitalista?

-No. Sueño con un país con dirigentes capaces y honestos, con valores morales. ¡Que cumplan con sus promesas de campaña!

La ruta larga y vacía sólo iluminada por la luna, la camaradería y calidez del ambiente, más el efecto del vino y el champagne que había bebido en la cena fueron adormeciéndola.

-¿Marc? – preguntó después de un rato de estar en silencio

-¿Umm...?

-¿Pamela sale contigo?

Marc volteó la cabeza y la miró largamente—. ¿Para qué quieres saber? –preguntó.

-Sólo preguntaba –contestó maldiciéndose por haberlo hecho.

No había pasado por alto, el largo beso que le había dado la pelirroja mientras apretaba su cuerpo contra el de él, cuando se despidieron. Parecen amantes, pensó con un dejo de celos que no intentó analizar.

El resto del viaje lo hicieron en silencio.

Capítulo V

En la casa de Doris y Peter sólo estaba prendida una de las cuatro luces que había en la galería.

Al acercarse con el auto notaron que la puerta de entrada estaba abierta.

La quietud era total, la oscuridad de la noche rodeaba la casa habitualmente iluminada.

-¡Qué raro! –dijo desconcertada, negando un mal presentimiento– ¿Para qué la dejarían abierta?

Marc se adelantó y entró primero en la casa.

El lugar era un caos, almohadones y sillas volcados en el suelo, adornos caídos y diseminados por todos lados. Los cuadros inclinados en las paredes o con los vidrios rotos tirados en el piso. Todo el lugar hablaba a los gritos de una feroz pelea.

Varias gotas redondas y grandes de sangre en el piso, en dirección a la escalera, marcaban como un rastro macabro el camino hacia las habitaciones. El pasamano de la misma, mostraba la huella de una mano ensangrentada.

Mary corrió escaleras arriba seguida por Marc, llamando a sus padres. Tenían la puerta cerrada y no se oía ningún ruido del otro lado. El rastro sangriento terminaba justo en la puerta del dormitorio.

Abrió despacio la puerta, con miedo, a lo que pudiera encontrar del otro lado. El cuerpo de su padre yacía boca abajo en el suelo en medio de un charco oscuro de sangre. La cabeza tenía una gran herida en la coronilla, en donde la sangre, se había secado mezclándose con el cuero cabelludo.

Tirado con desprecio al lado del cuerpo de su padre, estaba el atizador de hierro y bronce de la chimenea del living.

Mary, giró con esfuerzo los ojos hacia la cama, en donde yacía atravesada Doris. Su madre la miraba con expresión de sorpresa y dolor, mientras sus manos manchadas de rojo intentaban tapar un agujero de bala en el pecho.

Todo estaba cubierto de sangre, la cama, el suelo y la pared en donde seguramente su padre se había apoyado antes de caer resbalando lentamente al suelo.

Con el rostro demudado, en medio de histéricos sollozos, corrió al dormitorio de Meg. Estaba vacío.

-¡Oh Dios! ¡Oh Dios! –gimió aterrada. La noche tan apacible en sus comienzos, se había transformado en una pesadilla.

Bajó corriendo la escalera, seguida de Marc, en busca de Rosa, pero tampoco la halló en su cuarto. El silencio sólo interrumpido por el llanto desesperado de Mary era atronador.

Marc se dirigió al teléfono a llamar a la policía y notó que habían cortado los cables. Lo hizo, entonces, desde el celular que Mary llevaba siempre en su cartera.

Media hora después, llegó la policía en dos camionetas. La comisaría mas cercana quedaba a treinta kilómetros de la estancia. En uno de los móviles venía el comisario Julio Fuentes, gran amigo de Peter, el padre de Mary, con dos oficiales. Y en la otra el

doctor Sergio Lerner, médico forense, con dos ayudantes de su equipo. Marc, les mostró los cuerpos de Doris y Peter.

Estaban sentados junto a la mesa de la cocina, y Mary no podía dejar de temblar. Tenía los ojos desorbitados y el rostro pálido. Se culpaba por no haber estado con Meg y sus padres.

Le explicó, tratando de calmarla que, el no haber hallado a su hija en la casa daba para pensar que estaba viva.

-Pero ¿dónde Marc? ¿Con que clase de locos está? –preguntó horrorizada y muerta de miedo por el paradero de Meg.

En ese momento el Dr. Lerner bajó la escalera hablando con el hospital y pidió que le enviaran dos ambulancias para el traslado de los cuerpos a la morgue. Notó rápidamente el estado en el que se encontraba Mary y llenó una jeringa con un líquido transparente, que le explicó, era un sedante que la ayudaría a sentirse mejor. El estado de shock en que se encontraba era evidente. Tuvieron que convencerla. No quería aplicarse nada que pudiera dormirla hasta tener noticias de Meg.

Marc la hizo recostar en el sillón del living, le sacó los zapatos, la tapó con una manta y le acarició la cabeza hasta que, agotada cayó en un estado de semiinconsciencia. Cada tanto sollozaba llamando a Meg y temblaba violentamente.

El comisario Julio Fuentes, un hombre fuerte y recio de cuarenta y ocho años, dejó escapar una exclamación de ira al ver la escena del crimen. Revisó junto a sus oficiales minuciosamente el dormitorio de Peter y de Doris en busca de huellas o pistas que condujeran hasta los asesinos. Pasó luego al de Meg, y continuó con el resto de la casa. No encontró nada.

Esperaba encontrar una nota de los criminales, en donde les informaran, que era un secuestro. Deseaba que lo fuera, las otras alternativas eran todavía más horribles. Pasó lista mentalmente a la cantidad de casos de niños desaparecidos últimamente en el país, pero ninguno había empezado con una masacre. También podía ser una venganza contra alguien de la familia, pensó, sacudió la cabeza y siguió buscando por todos lados algún indicio que les dijera lo que había sucedido.

-Doc., ¿a qué hora crees que fue?

-Alrededor de las 21:30 de la noche.

-¿Y las armas que usaron?

-El atizador, una pistola y debo confirmar con la autopsia si se usó algo más. Pero no lo creo.

Un oficial llamó desde el parque en ese momento, para mostrarle unas huellas que había encontrando en la parte de atrás de la casa. Estaban un poco antes de la huerta en donde, Doris plantaba las flores que, después llenarían los floreros que había por toda la casa. El terreno se había mantenido húmedo gracias al riego que le habían dado esa misma tarde.

Eran dos pares de huellas grandes y pesadas. Sus dueños seguramente, eran hombres altos y fornidos.

Recorrieron la casa del lado de afuera y no hallaron ninguna ventana o puerta forzada.

Julio juntó a sus hombres e hizo un rápido análisis de la situación:

Primero –advirtió– es probable que la niñera haya actuado de entregadora y por lo que sabemos, hasta ahora, hay dos hombres más, involucrados en el hecho.

-Segundo: se llevaron a la niña pero es demasiado pronto para saber con que fin. No dejaron o por lo menos, no la encontramos todavía, ninguna nota que nos advierta que es un secuestro. Aparentemente no robaron nada de valor. En el dormitorio de Peter, sobre la mesa de luz, está su costoso reloj y en el cajón de la cómoda hay cinco mil dólares; guardados seguramente para alguna emergencia, o para el pago de alguna cuenta. Probablemente Peter bajó a tomar agua o quizás oyó algún ruido que hizo que bajara al living a investigar y los encontró allí. Se originó una pelea que terminó obligándolo a subir a su cuarto en dónde fue asesinado al mismo tiempo que Doris.

-Parece que se defendió hasta último momento –dijo uno de los oficiales.

-Sí. Las armas que, sabemos usaron son: el atizador de la chimenea del living y una pistola que todavía no encontramos – advirtió Julio.

Marc, buscó el número de teléfono de Greg en el celular de Mary, para avisarle lo que había sucedido. Era la cuarta vez, desde que llegó la policía que, llamaba sin conseguirlo. Se preguntó donde demonios se había metido y dejó dos nuevos mensajes pidiendo que llame a lo de sus suegros que había habido un accidente.

Mary seguía dormida por efecto del calmante. Estaba tan pálida que temió por ella.

-Es por el shock –le explicó Lerner– seguramente dormirá varias horas más.

Habían pasado cuatro horas desde que Marc y Mary se encontraron con la escena del crimen.

Las ambulancias acaban de llegar y estaban subiendo los cuerpos de Doris y Peter para llevarlos a la morgue.

El doctor Lerner, visiblemente cansado, se despidió de Julio y de Marc y se dirigió hacia una de ellas. Dejaba a sus subordinados terminando de sacar fotos, y a la espera de otros miembros de su equipo que, vendrían a buscar huellas digitales. El quería darse una ducha y dormir algunas horas antes de realizar las autopsias.

Julio, entró en la cocina y preparó café, le pidió a Marc las descripciones de Rosa y de Meg para pasarlas a sus oficiales.

Había llamado por radio a gendarmería y ordenado la pronta intervención en rutas y caminos de toda la zona. Especialmente por la cantidad de pasos a chile que había en el lugar. Sabía que muchos de ellos no estaban vigilados y eran muy usados por pobladores y aborígenes de los caseríos de alrededor.

Les advirtió que buscaban a tres sujetos mayores de alta peligrosidad. Dos hombres y una mujer que llevaban consigo una niña de cinco años edad, testigo, del asesinato de sus abuelos. Insistió con la peligrosidad de los mismos. Los identikit de la mujer y la niña, los enviaría, más tarde, esa misma mañana. Todavía no conocía la identidad de los cómplices.

Trataba de no pensar en su amigo Peter; su asesinato y el de Doris lo habían conmocionado mucho más de lo que demostraba.

Se habían conocido en un certamen de pesca, hacía muchísimo tiempo, que preparaba todos los años el ente de turismo de la provincia. Los dos eran fanáticos de la pesca con mosca y tenían varios trofeos ganados en su haber.

Una vez por mes se juntaban en la estancia de Peter y se iban, tres ó cuatro días de campamento, a pescar o a cazar zorros. La excusa era que, se convertían en plaga y diezmaban la población de ovejas.

Doris se reía de ellos y les preparaba grandes cantidades de comida y bebida para que llevaran.

-Para mis niños exploradores –decía entre risas, mostrándoles bebidas que ningún niño llevaría.

Admiraba el carácter abierto y risueño de Doris, le encantaba contarle chistes verdes, que ella festejaba con grandes carcajadas.

Al verlos juntos y compartir el compañerismo y el amor que se profesaban, se daba cuenta porque había fracasado su matrimonio. La amistad con ellos lo hacía sentirse menos solo. Pero ya no están pensó con dolor y con ira. Tengo que encontrar a su nieta. ¡Se los debo! Sacudió la cabeza y bloqueó sus emociones, aún le faltaba llamar al gobernador y ponerlo en antecedentes de lo ocurrido. Sabía lo que le esperaba.

El gobernador Emilio Karam era un hombre bajo y fornido, muy consciente de su propia importancia. Un hombre duro, despiadado, de voz fuerte y modales bruscos que había conquistado la gobernación de su provincia casi sin esfuerzo.

En éste momento estaba en campaña para un segundo período y lo que menos necesitaba era un caso de asesinato y secuestro de dos de los estancieros más queridos de la región y de su nieta.

Sabía que de no resolver rápido el crimen, sería usado por su adversario político en la campaña; un dirigente del gobierno nacional con el que estaba momentáneamente distanciado por una diferencia de “caja”.

Después de escucharlo, le asignó una partida extra de presupuesto y de hombres para que terminara con el asunto cuanto antes.

Le prohibió hablar con la prensa y le ordenó dirigir hacia él, todas las noticias o novedades que hubiera sobre el caso.

“Mejor sería contar con los medios del estado nacional para buscar a los asesinos y a la niña” pensó con desprecio Julio que detestaba al gobernador por su obsecuencia con los gobiernos de turno.

Capítulo VI

-Mary, se que estás pasando por un momento terrible, pero debo hacerte unas preguntas.

Estaba sentada en un sillón, con una taza de café caliente, entre las manos para evitar que le siguieran temblando. Alzó los ojos y miró a Julio con expresión demudada.

-¿Tienes idea de donde pueden estar Meg y Rosa? –preguntó compadecido.

-No –dijo con miedo.

-¿Greg o tú tienen enemigos? ¿Han recibido amenazas de algún tipo?

-No.

-Necesito el nombre, dirección y teléfono de la agencia que recomendó a Rosa. Además de sus datos personales, ¿te dio el teléfono o nombre de algún familiar?

Mary anotó los datos de la agencia en un papel que le alcanzó Marc y se los pasó a Julio.

-En mi casa, en Buenos Aires, tengo el informe que Rosa me entregó el primer día. Pero seguro que en la agencia tienen una copia. No sabía que tuviera familiares cercanos. Me enteré por Doris, recién ayer, que tenía un hermano. Ni siquiera se su nombre.

–dijo y le contó el episodio.

Julio anotó en su libreta el dato. Seguramente por ser nueva en la zona, Rosa, habría llamado la atención cuando fue al pueblo a hablar por teléfono y no sería difícil conocer el horario en que hizo la llamada. Tendría que hablar con la compañía de teléfonos local para conocer el destino de la misma. Esperaba lograr algo ahí. Miró incomodo a Mary y le preguntó si ella y Greg tenían problemas en su matrimonio.

-¿Sabes dónde estuvo todas estas horas, en que no hemos podido localizarlo?

Mary dijo que no moviendo la cabeza y por unos segundos cerró los ojos cansada y se recostó en el respaldo del sillón. Pensó en Meg. No entendía por qué Julio le hacía tantas preguntas en vez de salir a buscarla por todos lados. Se la imaginó sola y asustada, clamando por ella. ¡Por favor Dios, que no le pase nada! Haz que encuentren a mi pequeña sana y salva rogó en silencio mientras de la garganta se le escapaba un sollozo.

Julio la tomó de las manos y notó que estaban heladas. Se las frotó con cuidado tratando de infundirles calor

-Mary, sé que es doloroso, pero debo juntar todos los datos que pueda para encontrarla. ¡Y te juro por la memoria de Peter y Doris, que lo haré! Necesito una foto actual de ella y una descripción de lo que tenía puesto esta noche. Alguien vendrá más tarde para hacer el identikit de Rosa. Hasta que hable con la agencia que te la recomendó y consigamos la foto que adosan al curriculum, nos manejaremos con él.

Con la foto de Meg en la mano, dejó un oficial en la puerta de entrada de la casa y les advirtió que no entraran ni tocaran nada del cuarto de Peter y Doris. El forense mandaría a su equipo esa misma tarde en busca de huellas digitales.

Marc, lo acompañó hasta el auto y prometió prepararle una lista con el nombre de todos los empleados de la estancia.

Volvió a la casa y obligó a Mary a comer un poco del pollo con ensalada que, la casera, había dejado preparado en la cocina.

La casera, la señora Gladis, trabajaba hacia veinte años con Doris y Peter y vivía con su marido, el capataz de la estancia, a cinco kilómetros de la casa principal dentro del mismo campo.

Llegaba todos los días a las 8 de la mañana a trabajar en su vieja camioneta Ford y se retiraba a las 12 del mediodía.

Quedó horrorizada por el asesinato de sus patrones, al igual que todos los demás empleados de la estancia, cuando se enteraron.

El más nuevo de los empleados hacía diez años que trabajaba allí. Todos querían y respetaban mucho a Peter y a Doris.

Los campos en el sur Argentino, son enormes extensiones divididos en sectores de muchas hectáreas cada uno.

En varios de ellos, Peter había construido una casa o puesto para los empleados estables del campo y sus familias. Los peones solteros viven en el pueblo y se presentan a trabajar cada mañana.

La matera es el lugar en donde se reúnen a almorzar, tomar mate y recibir las órdenes de trabajo dadas por el capataz. Queda dentro del casco de la estancia y de noche permanece vacía.

Todos estaban con el ánimo abatido, habían querido muchísimo a Peter y Doris y ¡no podían creer lo que había sucedido! Conocían a Mary desde pequeña y habían estado en su casamiento, celebrado en la misma estancia.

Peter había sido un buen patrón. Pagaba sueldos justos y a fin de año, después de la esquila y cuando se vendía la lana de las ovejas, principal actividad de estos campos, repartía un porcentaje de las ganancias con sus empleados fijos.

Había continuado con la tradición iniciada por su padre de ayudar a los empleados que se jubilaban a construirse una casa en el pueblo.

Una vez por mes, llevaba un médico rural hasta la estancia para que atendiera a grandes y chicos. Los atendía en una sala pegada a la capilla que él mismo había mandado a construir.

La sala, durante el invierno, se habilitaba como aula con una maestra traída del pueblo a la que se alojaba en una pequeña y acogedora cabaña a cincuenta metros de la misma.

Se impartían clases a los hijos de los empleados hasta los doce años inclusive.

El invierno era muy crudo y los caminos se ponían intransitables por los temporales de nieve, viento y lluvia.

Por esto más por el trato afable y sencillo de Peter y Doris con todos, eran muy queridos y respetados.

-¡Mary! ¿Qué pasó? Acabo de oír el mensaje de Marc, en el contestador automático. ¿Y Meg? ¿Está bien? Ayer hablé con ella y se oía muy contenta –tenía la voz alterada por el miedo.

-¿Greg? ¡Oh Greg! –dijo Mary llorando al mismo tiempo que hablaba– ¡Se la llevaron!...

-¿Quién? ¿de qué hablas, quién se la llevó?

-Mataron a mis padres y se la llevaron –las palabras salían entrecortadas por los sollozos. Marc, le sacó el teléfono de la mano y habló con él. Le contó lo que había pasado.

-¿Y la policía, qué dice? ¿Sabe quienes son? ¿Tienen alguna pista? –preguntó espantado.

-Están investigando. Creen que puede ser un secuestro.

-¿Por qué? ¿Dejaron alguna nota?

-No.

-Escucha Marc, pediré que una avioneta de la empresa, esté lista para llevarme a Zapala ni bien llegue de Londres a Buenos Aires. Hay un aeropuerto militar allí en donde podría aterrizar. Te llamaré ni bien llegue. Mientras tanto quédate con Mary.

El puesto de gendarmería de Pino Hachado, paso internacional a Chile entró en ebullición, una guardia especial con más de veinte gendarmes y policías, paraban y revisaban a todos los vehículos que pasaban, mostrando la foto de Meg junto al identikit de Rosa. El límite fronterizo quedaba a cinco kilómetros de la estancia de Doris y Peter.

También se volvió frenética la actividad policial en los pueblos y caseríos más cercanos a la estancia, sobre todo en las rutas y caminos. El rastillaje era intenso. Sabían que mientras más tiempo pasara sin tener noticias de la niña, menos posibilidades tendrían de hallarla con vida. ¡Era imposible que nadie los hubiera visto! En las Lajas, con alrededor de seis mil habitantes, prácticamente se conocían todos. Un grupo como el de ellos, forzosamente llamaría la atención.

Julio estaba cada vez más preocupado por la falta de noticias. Generalmente las bandas que se dedican a los secuestros, avisan inmediatamente de producido el hecho que tienen a la víctima, para que la familia no de parte a la policía. Pero hasta el momento nadie se había comunicado con los padres.

Habían intervenido el teléfono de la estancia y el celular de Mary.

Julio ordenó a Juan Sánchez, un psicólogo policial además de hábil negociador, que se instalara en lo de Mary para brindarle contención y se hiciera cargo si entrara algún llamado de la gente que se había llevado a Meg. Había analizado con su equipo todas las posibilidades y la más firme era el secuestro.

¿Qué sentido tenía habérsela llevado sino fuera un secuestro? – se preguntó. La hubieran matado en el lugar igual que a sus abuelos. ¿O habría alguna otra intención macabra que por el momento desconocía? No había descartado del todo la pedofilia. En el país había habido varios casos últimamente de niños desaparecidos y captados por esas redes. Pero éste no era el modo de operar de esas organizaciones. Lo

enojaba la falta de avances en la investigación, era el caso más importante que había tenido en su carrera policial, o al menos, el que más le importaba y no encontraba ni una maldita pista. ¡No puede ser, es cómo si la tierra, los hubiera tragado!

Extendió la búsqueda a Zapala, ciudad de la provincia de Neuquén, distante 90 kilómetros del campo de, Peter y Doris y paso obligado de turistas nacionales y extranjeros para los centros de esquí de Bariloche, San Martín de los Andes y otros lugares turísticos.

Llamó a la agencia que había recomendado a Rosa y pidió hablar con su dueña, la Sra. Valenzuela.

Después de presentarse, le solicitó toda la información que tuviera sobre Rosa; dirección actual, teléfono, datos sobre los familiares más cercanos y antecedentes laborales.

La dueña de la agencia se comprometió a juntar la información y pasársela por fax al día siguiente:

-Hace media hora que cerramos comisario. Me encuentra en la oficina de casualidad. ¿Hay algún problema? –preguntó extrañada por el llamado.

-Es un asunto policial, le agradecería me pase cuanto antes el informe –contestó serio-. En cuánto a los antecedentes laborales ¿Quién entrevistó a la patrona anterior?

-Generalmente las entrevistas las hago yo pero, cuando tengo muchos pedidos, divido con mi secretaria el trabajo. No sé... en este momento no recuerdo cual de las dos la entrevistó. Debo revisar su legajo laboral.

-Hágalo y no olvide mandarme el número de teléfono y dirección del empleo anterior, como así también la fecha en que se retiró del mismo. Su agencia verifica siempre los antecedentes de las empleadas que recomiendan ¿no? Entonces debe tener todos los datos a mano –advirtió seco. Notó que la mujer se tomaba con mucha parsimonia el llamado.

-Mire comisario, como le dije, tendrá todo mañana –endureció la voz– y sí, dentro de nuestras posibilidades, verificamos siempre los antecedentes de las futuras empleadas.

Capítulo VII

Oía las voces en el cuarto de al lado, pero no entendía lo que decían. Estaba acurrucada en la cama, tapada con una frazada sucia y gastada. Tenía miedo y no podía dejar de temblar de frío.

Hacia un rato Rosa, le había traído una hamburguesa grasosa que no pudo comer. La mujer se había enfurecido y con un brillo asesino en la mirada, le dio un cachetazo con toda su fuerza, mientras la insultaba y amenazaba con no ver más a su madre si no comía:

-Pequeña arrastrada, vas a comer todo aunque te lo tenga que meter, por la fuerza en la boca –dijo–. Más te vale si quieres ver de nuevo a la perra de tu madre.

Aterrada por el lenguaje de la mujer y por el cachetazo, se tragó el llanto y entre hipos logró comer la hamburguesa.

Rosa recogió bruscamente el plato vacío y salió de la habitación cerrando la puerta y dejándola a oscuras. Le brillaban los ojos de satisfacción. ¡Al fin había ubicado a la pequeña arrastrada!

Meg, no se animó a decirle que necesitaba con urgencia ir al baño, quería hacer pipí. Llorando y con el pulgar en la boca, sintió que algo caliente mojaba sus piernas.

Oyó que hablaban de ella. Además de la niñera había dos hombres. Uno de ellos se llamaba Julián, era enorme, rubio y feo, tenía la nariz torcida y era hermano de Rosa. El otro era igual de grande y tenía los ojos saltones. Hablaba de forma rara y le decían “el francés”.

Los dos acababan de salir de algún lugar que Meg no pudo identificar. Estaban sucios, mal afeitados y tenía feo olor.

Trataban a Rosa con desprecio, especialmente, el hermano. Le decía: vaca, vieja estúpida y otras cosas; pero a ella no parecía importarle, lo miraba con adoración y le hablaba como a un niño pequeño. Le hacía caso en todo lo que le pedía.

El francés, en cambio, se reía todo el tiempo y la miraba de una forma rara. ¡Le daba mucho miedo!

Había tenido una feroz pelea con Rosa más temprano, cuando la mujer entró a la habitación y lo pescó sentado en el borde de su cama acariciándole una pierna, mientras le decía al oído, que le iba a enseñar unas cosas que la harían sentir muy bien.

Las diferencias de tamaño no le sirvieron de nada al hombre. La mujer con una velocidad increíble, sacó de su corpiño una navaja y le cortó el rostro:

-¡Maldita loca! –le gritó.

-¡Es mía! –dijo, con voz ronca de endemoniada–. Jamás vuelvas a tocarla.

Estaban en una cabaña miserable de algún lugar que Meg no conocía.

La habían llevado acostada en el piso de una camioneta y tapada con una manta. Cada vez que se movía, Rosa le ponía un pie encima apretándola contra el suelo, mientras se reía a carcajadas y hacía comentarios sobre ella y sus padres a los demás.

La cabaña estaba oculta por un denso bosque de álamos plantados muy cerca unos de otros. Como una cortina para atajar los fuertes vientos del sur. Su abuelo se lo había explicado un día en el campo.

Detrás de la cabaña había un galpón desvencijado en donde guardaron la camioneta, después de bajar, muchas cajas de comida y bebidas que llevaban en la parte de atrás de la misma.

El lugar era del francés, lo había heredado de su padre. Pierre Flouret. Un hombre bestial.

Había sido socio con un amigo en éste aserradero de araucarias cercano al puesto de gendarmería de Pino Hachado.

En algún momento harto de las críticas de su socio, por la forma en que bebía y su falta de dedicación al trabajo, lo había matado y enterrado en el lugar. Como éste no tenía familia y era un hombre hosco que no hacía amigos fácilmente, a nadie le llamó la atención cuando contó en el pueblo, que le había vendido su parte y se había marchado al norte del país, a trabajar en el desmonte de campos, para plantaciones nuevas de soja. Una oleaginosa que dejaba muchas ganancias.

Con el paso del tiempo su problema con la bebida se fue agudizando. No comía ni se bañaba, sus días transcurrían tirado en la cama, en un estado de sopor alcohólico.

La soledad era total. Si alguien iba a verlo, salía con el rifle y amenazaba con pegarle un tiro por invadir su propiedad.

Con los años cayó en el delirio y una noche creyendo ver a su socio, que venía a vengarse y a reclamar su parte en el aserradero; siguió su alucinación hasta el río, en donde tropezó con una sierra que tiempo atrás, había dejado tirada en la orilla y que la maleza había cubierto.

Cayó pegando con la cabeza en una piedra. Mareado y sin saber muy bien donde estaba, se arrastró hasta que encontró un tronco en donde afirmarse para ponerse de pie.

Tambaleando por el golpe y con la sangre corriendo por su cara disminuyendo su visión, se acercó a la orilla del río para lavarse. Su estado de ebriedad era tal, que cayó pesadamente en él y ya no se levantó más. Pasaron semanas antes que unos pescadores encontraron su cuerpo hinchado, enganchado en unas piedras del fondo del río.

Se accedía al aserradero bajando por un angosto camino de montaña, entre araucarias y malezas de años de descuido.

La ruta internacional pasaba por el campo de Peter y Doris y seguía hasta chocar con campos fiscales propiedad del gobierno provincial.

En ese lugar, la ruta se bifurcaba en dos tramos que iban en direcciones opuestas, uno continuaba hacia el puesto de gendarmería de Pino Hachado, paso internacional a Chile, y el otro se convertía en un camino de tierra que, internándose en un gran bosque de araucarias, bajaba por la montaña hasta terminar en la entrada al aserradero. Más abajo se divisaba un serpenteante y poco caudaloso río. El lugar a pesar de estar tan cerca de gendarmería, era invisible para todo aquél que no conociera su existencia. Años de abandono y soledad habían hecho que la gente lo olvidara.

De acá se marchó a los diez años el francés después de que su madre lo abandonara, dejándolo en manos de un padre alcohólico y violento que, para lo único que le dirigía la palabra era para insultarlo o propinarle salvajes golpizas.

Años después en la cárcel conoció a Julián, con quien trabó una amistad que les permitió defenderse de otros presos y sobrevivir a las duras condiciones de la misma.

Juntos planearon el secuestro cuando, en una visita de Rosa a la cárcel, recién fugada del hospital neuropsiquiátrico en dónde se encontraba recluida desde hacía diez años y con identidad falsa, robada a la madre de otra recluta como ella, les contó que había comenzado a trabajar en la casa de un importante abogado de una petrolera, cómo niñera de la hija de cinco años. Una mocosa malcriada y prepotente a la que le vendría bien un poco de “disciplina” les dijo con una risita perversa.

Julián olió la oportunidad igual que un perro de caza huele a su presa. “Esta vez todo debe salir perfecto”, pensó, esa noche en su catre cuando intentaba dormir. “El botín debe ser suficientemente grande, como para permitirnos, establecernos en otro país en donde nadie haya oído hablar de nosotros”.

Se imaginó a sí mismo viviendo como un potentado, rodeado de bellas mujeres que satisficieran sus necesidades más bajas y perversas. “Tal vez ponga a Rosa al frente de mi casa” – se rió – “esa idiota no sabría que hacer con su parte del dinero”. Por otro lado, sabe qué me gusta y cómo conseguírmelo.

Rosa, era para él, un simple vehículo. Julián no sentía ningún vínculo afectivo a pesar de ser su hermano. La mayoría de las veces le molestaba el trato maternal que le dispensaba. La sonrisa bobalicona y fija en la cara cuando le hablaba, le hacía pensar en una vaca vieja. La mirada estúpida y confiada, lo enfermaba. Pero ¡Él sabía sacarle provecho a tanta adoración! siempre había sido así, desde niños.

Su madre había sido igual. Una prostituta, vieja y pintarrajeada que despreciaba a su hija mayor.

Vendió el cuerpo de la niña cuando ésta tenía nueve años, a un viejo sucio y borracho, vecino de la pocilga, en donde vivían.

Cuando la niña volvió dos horas después llorando dolorida y con el semblante demudado por el terror, le propinó un fuerte cachetazo y la mandó a ocuparse de su hermano de un año que lloraba en la cuna clamando por una mamadera.

Con el paso del tiempo la pequeña Rosa entendió, que lo único valioso en esa casa era su rubio hermano menor, al que la madre trataba como a un Dios y complacía en todo.

No le importaba, ¡Ella también lo quería!

A partir de esa primera vez, dos o tres veces por semana la madre le arreglaba citas con diferentes hombres, todos mucho mayores que ella; marineros, trabajadores portuarios, vecinos. Todos les venían bien a las arcas maternas y como vivían cerca del puerto, siempre había clientes ávidos por pagar, para pasar unas horas con la pequeña Rosa.

A los quince años quedó embarazada, del último “tío” que su madre había llevado a vivir con ellos. Un vividor que trabajaba de a ratos como estibador en el puerto y que aprovechó un día la salida de la mujer de la casa, para someter sexualmente a Rosa amenazándola con contarle a la madre, citas a escondidas de la joven, con un vecino de la edad.

No era cierto, pero Rosa sabía que su madre no le creería y antes que soportar su ira, se sometió.

Cuando la vieja prostituta notó el embarazo, ya era tarde, Rosa estaba de cinco meses. Sabiendo que su negocio se acababa, decidió colocarla en una casa de familia a trabajar como empleada doméstica.

Pasó el tiempo del embarazo y finalmente Rosa tuvo sola en el hospital a su beba. Al día siguiente del parto, se levantó de la cama, se vistió, y sin mirar siquiera una vez dentro de la cunita donde dormía su hija, se marchó.

Todos los datos que había dado en el hospital eran falsos.

Al mes, entró a trabajar para una señora que acababa de enviudar, y su hija de tres años. Ambas de Estados Unidos.

Capítulo VIII

-¿Porqué no llaman? –se desesperó Mary, apretando la mano de Greg. Marc lo había ido a buscar por la mañana al aeropuerto de Zapala. En el viaje lo había puesto al tanto de los detalles y de lo actuado por la policía hasta el momento.

-Es una guerra de nervios –contestó compadecido, el psicólogo–. Mientras más angustiados estén, más fácilmente accederán a sus pedidos –no quería que Mary notara su preocupación por la falta de noticias. Habían pasado tres días desde que se la habían llevado y no había adelanto en la investigación. Tenía todo preparado para que cuando sonara el teléfono se pusiera en marcha un grabador que registrara la llamada y al mismo tiempo fuera rastreada por un equipo especial. Esperaba poder usarlo pero a medida que pasaban las horas su esperanza se debilitaba.

El comisario habló con Greg y le preguntó, si había recibido amenazas contra él o su familia de algún empleado que hubiera sido despedido recientemente por la empresa ó si había tenido problemas con alguien del sindicato. Greg contestó que no. “Otro punto muerto” pensó Julio.

Habló con cada uno de los empleados de la estancia. Mandó de nuevo a sus hombres a los suburbios de la zona a presionar a los lugareños. Especialmente a los que por su extrema pobreza y marginalidad podrían haber aceptado dinero a cambio de silencio ó encubrimiento.

Los oficiales revisaban con cualquier excusa los autos de pobladores y turistas por igual. Pero nada ¡Ni una maldita pista! Con semejante despliegue, pensó, se hace cada vez más difícil, mantener las cosas en secreto como quiere el gobernador.

El miércoles, volvió a lo de Doris y Peter para repasar algunos datos de sus anotaciones con los padres de la niña. Estaban en eso cuando a las siete de la tarde recibió en su celular una llamada del gobernador:

-¡Mire el noticiero. Canal trece! –ladró con voz estentórea y cortó.

-Comenzamos este noticiero –dijo la periodista estrella del horario central de las noticias–. Con un posible secuestro en la provincia de Neuquén.

La nieta de cinco años de un querido y respetado matrimonio de hacendados de Las Lajas, ubicada a 60 Km. de Zapala, provincia de Neuquén, ha desaparecido hace tres días.

La niña desapareció junto a su niñera, el domingo a la noche sin dejar rastros después, que en un hecho sin precedentes asesinaran a sus abuelos: Peter y Doris MC. Taylor.

En la pantalla se vio una foto de Meg tomada de la mano de sus abuelos.

La policía tiene motivos para sospechar que se encuentra en manos de su niñera y de dos mal vivientes, uno de ellos hermano de la mujer, recién salidos de la cárcel. En dónde cada uno cumplía una condena de veinticinco años. El hermano; por el secuestro seguido de muerte de una niña de cuatro años y el otro sujeto; por asalto, violación y muerte, de una jovencita de quince años. A continuación ponemos los identikit de los sospechosos en pantalla.

Julio maldijo en voz baja, hacía nada más que dos horas que tenía la información en su poder.

Después de investigar los datos laborales de Rosa, que pasó por fax la agencia, se dio cuenta que algo no cerraba y habló una vez más con la dueña. Tuvo que amenazarla con encerrarla por complicidad con los asesinos, si no decía toda la verdad, para que hablara. Finalmente la mujer reconoció que no había verificado a fondo los datos que Rosa le dio de su antiguo empleo. La señora americana y su hija habían partido hacía cinco años a Nueva York cuando Rosa llegó a la agencia.

-Hablé en ese momento con una exvecina y me confirmó que Rosa había trabajado allí y que la americana hablaba maravillas de ella. ¡Además Mary necesitaba a alguien urgente en su casa! – se disculpó lavando su conciencia.

-¿Fue hasta el lugar?

-No.

-¿Tiene el nombre de la vecina?

-No, no lo guardé. Sólo me quedé con la carta que traía Rosa de su ex patrona, con excelentes recomendaciones.

-¿Sabía que tenía un hermano preso? ¿Conoce el motivo de la condena? –preguntó indignado.

-Me dijo que un amigo le había pedido prestado el auto y que lo utilizó en un asalto en donde murió un policía. Lo hizo cómplice involuntario del hecho y la policía nunca le creyó que él no había tenido nada que ver.

-Pero usted no dijo que tenía un hermano. No lo puso en su ficha personal. ¡Ni siquiera lo mencionó! –exclamó con dureza Julio.

-Rosa me juró que no lo veía nunca que, era como si estuviera muerto.

-Y usted, ¿le creyó? – preguntó con desprecio.

Sara miró para abajo y no contestó.

El comisario se había enterado de la existencia de Julián gracias a la conversación que, Mary, había mantenido con su madre poco antes que ésta muriera. Después llegar hasta la cárcel fue solo un trámite.

Habló con el director del penal y averiguó los motivos de la condena de Julián Marchese, el hermano de Rosa y la de su amigo Guy Flouret, el francés, como lo apodaron en la cárcel por su forma de hablar –fueron inseparables el tiempo que estuvieron dentro y seguramente también lo sigan siendo afuera, ya que los dos salieron al mismo tiempo de la prisión– reconoció el director.

¿Cómo cuernos se habían enterado tan rápido los medios? Se preguntó, marcando en su celular el número del gobernador.

-Señor, no sé como llegó la noticia a los medios...

-¡Yo, sí! No tiene ningún control sobre su equipo –bramó– y esto, y la falta de resultados, pone en duda su capacidad para llevar adelante la investigación –Julio apretó fuerte las mandíbulas para no mandarlo al diablo–. El gobierno nacional quién parece que, tampoco cree en su eficiencia –dijo, con perversa satisfacción– ha mandado al comandante Rossi de la brigada antisequestro, para que se ponga al mando. ¡Usted y su gente deben facilitarle todo lo que pida!

¡Qué cabrón!, pensó, deseando partirle el teléfono en la cabeza. Cortó indignado.

Greg se negó por quinta vez a atender a un periodista que llamó por teléfono solicitando una entrevista.

La entrada a la estancia estaba cubierta por gente de los medios gráficos y de la televisión. La policía había destinado un móvil y dos hombres para que les impidieran el acceso a la misma.

Cada vez que alguno de ellos, entraba o salía del campo, lo bombardeaban con preguntas:

-¿Es verdad, que los secuestradores no se han comunicado todavía con los padres?

-¿El gobierno nacional piensa mandar ayuda a la provincia?

-¿En que etapa están las investigaciones, para dar con el paradero de la niña?

-¿Tienen esperanzas que la niña aún esté con vida? –La falta de clemencia en las preguntas y la velocidad con que se sucedían les producía vértigo.

-¿Es cierto que los sospechosos se beneficiaron con la ley del dos por uno?

Esta ley, por la cuál los presos que habían cumplido dos tercios de la condena y acreditado buena conducta dentro de la cárcel podían solicitar su excarcelación, había ocasionado mucha polémica entre la sociedad.

Julio, en general pasaba de largo sin contestar la andanada de preguntas, pero, hubo una, hecha por un periodista de un canal sólo de noticias que le llamó la atención:

-¿Es cierto que la niñera estuvo cinco años recluida en un manicomio por asesinar, junto a su hermano, a una niña de cuatro años? ¿Por qué si, debía quedar encerrada de por vida en el neuropsiquiátrico, la policía no la buscó cuando se fugó?

Julio, frenó bruscamente el auto e hizo pasar la barrera policial a Paúl Tedin, el periodista que había hecho la pregunta.

-¿De dónde sacó esa información?– preguntó inquieto.

-Hablé con un antiguo vecino de donde vivía la madre. Un viejo borracho que, a cambio de dinero, estuvo dispuesto a contarme la historia.

Sabía que mucha gente de los bajos fondos prefería hablar con los periodistas antes que con la policía. Estaba resignado.

-¿Investigaste la información?– preguntó tuteándolo.

-Sí, fui con mi equipo al neuropsiquiátrico y hablé con la directora. Me confirmó todo lo que nos dijo el viejo. Además nos contó que, Rosa había escapado hacía mucho tiempo del hospital y que la policía sólo la buscó los primeros días de la fuga, pero, al no hallarla rápido, abandonó la causa prácticamente enseguida. Nos advirtió de su peligrosidad.

No fue difícil, pensó, Paúl. Una vez que tuvieron los datos que aportó el vecino, revisaron los diarios de diez años atrás y se enteraron del juicio a La Hiena. El caso había convulsionado al país y había servido para debatir durante meses sobre la pena de muerte.

El jurado después de escuchar los informes de los peritos psiquiátricos declararon inimputable a la asesina y la recluyeron de por vida en un neuropsiquiátrico. No así, a su cómplice y hermano, que fue condenado a veinticinco años de prisión.

El público, según constaba en los periódicos de la época, había rechazado indignado y a los gritos el veredicto del tribunal.

Paúl sabía que tenía una historia jugosa entre manos y había arreglado con el canal para poner ese mismo jueves a las nueve de la noche la historia en el aire. Estaba seguro que el rating iba a ser altísimo y esperaba poder demostrarle al imbécil del director de programación, su capacidad, para producir y poner al aire una nota que atrajera la mayor audiencia de la noche. La gente adoraba las notas con morbo y sangre y él se las iba a ofrecer en abundancia.

Greg, con el control remoto de la televisión en la mano, pasaba los canales tratando de distraer su mente de la angustiada espera de noticias de Meg.

Algo llamó su atención en el canal que acababa de pasar. Volvió atrás, y vio la foto de una mujer joven con signos evidentes de locura en su rostro. Oyó que el comentarista hablaba de un programa especial, esa noche, en dónde contarían la historia de “La hiena”, una loca y cruel asesina. “Otra más” pensó asqueado. Iba a cambiar de canal cuando, oyó incrédulo, que la asociaban al secuestro de Meg. ¡No es cierto, están equivocados!, se dijo sintiendo pánico. “La agencia nunca nos hubiera recomendado una asesina”.

Llamó a Julio y quedó anonadado con su respuesta.

El teléfono interrumpió la conversación que, Greg y Mary, mantenían con el psicólogo sobre las sospechas de la policía y sobre el programa de televisión de esa noche. La conversación se había tornado muy tensa. Greg, le recriminaba en voz alta, casi a los gritos, haberse enterado por televisión, los antecedentes siniestros de la secuestradora de Meg.

-Hola, atendió malhumorado, pensando que era otro periodista insistiendo por una nota.

-¡Tenemos a la niña!

-¿Quién es usted?, ¿Dónde está Meg? ¿Hola, hola? –gritó.

Habían cortado.

Sánchez repitió el llamado en el grabador. Se oyó nuevamente la voz de un hombre rudo. Una voz ordinaria que decía tener a la niña. Les advirtió que de ahora en adelante, atendería él, los llamados que entraran.

Le avisó a Julio inmediatamente. Debían confirmar que fueran los verdaderos secuestradores los que habían hecho la llamada.

La policía había dado a los medios un número de teléfono junto a los identikit de los sospechosos y la foto de Meg, para que la gente se comunicara. Los dos primeros días recibieron decenas de llamadas de ciudadanos que creían haberlos visto en diferentes zonas del país. También recibieron las de algunos psicópatas tratando de llamar la atención. Era lo habitual en éstos casos.

Aunque se ocultó celosamente a los medios, el teléfono de la estancia, figuraba en las

guías locales. “Demasiadas personas tienen acceso a él”, pensó, Julio.

Esa mañana mientras los investigadores recorrían con los identikit las calles tratando de hallar a alguien que aportara datos sobre ellos, la población de Las Lajas, junto a los trabajadores de la estancia y sus familias, marcharon hacia la municipalidad pidiendo por la pronta liberación de la niña.

A las 9 de la noche se sentaron frente al televisor y pusieron el canal de noticias.

El psicólogo advirtió a Mary sobre el contenido del programa especial intentando que no lo viera. No hubo forma de convencerla:

-Quiero saber cómo son las personas que tienen a mi hija.– contestó con firmeza. Pero, ninguno de ellos estaba preparado para lo que siguió:

En una sala de tribunal, una Rosa más joven, de pelo alborotado y expresión ida, dibujaba furiosamente en un bloc de hojas blancas que tenía sobre la mesa delante suyo. Su abogado defensor estaba sentado al lado de ella y se notaba que hacía ingentes esfuerzos por calmarla. Parecía descontrolada. Ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

Del otro lado del pasillo, una mujer rubia de no más de treinta y cinco años, visiblemente afectada, apretaba un pañuelo blanco entre sus manos. Estaba vestida de negro y su palidez contrastaba con la ropa.

El periodista que hacía el informe para la televisión fue señalando a las cámaras, a los miembros del jurado, por su nombre y profesión.

En total eran ocho:

dos amas de casa de mediana edad; un contador flaco y nervioso que miraba la hora cada cinco minutos como si se le hiciera tarde para ir a algún lado. Un profesor de historia, una actriz, en ese momento desocupada. Una maestra jardinera de veintitrés años que evitaba con todas sus fuerzas mirar a Rosa, sobre todo después que ésta, le mostró con una risita escalofriante, el dibujo de su cabeza con un gran boquete abierto en el cuello. El parecido era aterrador y logró arrancar del público un rugido enloquecido.

El periodista mostró por último a un abogado, acérrimo defensor de los derechos humanos, sentado al lado de un escritor de novelas de suspenso.

La sala estaba colmada de un público ávido por oír los detalles escabrosos del crimen y por ver personalmente a la acusada.

Presidía el tribunal, la honorable jueza: Ana María Funes. Una mujer de cincuenta y cinco años que había hecho una larga carrera en la justicia. Tenía fama de severa y no permitía desmanes, “ni circos” en sus juicios. Como solía decir.

Estuvo presente durante la elección del jurado y recriminó duramente al abogado de Rosa por no poder controlar a su defendida. Ironizó sarcásticamente, sobre la elección de la actriz, como presidenta del jurado y les advirtió sobre la necesidad de no comentar con nadie de afuera de la sala, detalles o aspectos, del juicio y de los acusados.

Finalmente el catorce de Julio de 1996 a las once de la mañana, dio comienzo, el juicio más escalofriante de la historia criminal Argentina.

Mary y Greg, oyeron horrorizados al fiscal ir desgranando los hechos.

Escucharon más tarde a la madre contar, que como había quedado viuda, tuvo que contratar una niñera para que se ocupara de Annie, su hijita de cuatro años, para poder trabajar más horas y mantener su hogar.

Dijo que al principio todo había marchado maravillosamente bien, que pensó que Rosa, era un “hallazgo”.

A Mary se le erizaron los pelos de la nuca y los brazos al oír esto.

También contó que, al mes, la niñera se quejó de la conducta caprichosa de Annie. Dijo que no quería comer y que dejaba la ropa y los juguetes tirados por todos lados. Que le contestaba mal y no hacía caso.

Ella lo atribuyó al poco tiempo que pasaba con su hija y a la muerte reciente del padre.

-Pensé que se le iba a pasar –dijo, Anne Carroll, la madre de la niña, mirando en dirección a Rosa que, en ese momento, dibujaba en forma compulsiva en el bloc–. Al tiempo, comencé a encontrarle marcas y moretones en los brazos y en las piernas. Le pregunté a Annie cómo se los había hecho; y me contestó que no recordaba.

-Debe haber sido en el jardín –dijo Rosa, al oír mi pregunta a la niña.

-¿Fue a hablar con la directora? –preguntó el fiscal.

-Sí. Dijo que no tenían registro que se hubiera golpeado allí y que pensaban llamarme, ese mismo día, para hablar de la conducta de Annie y recomendarme una psicóloga infantil.

La maestra le había comentado que notaba muy rara y deprimida a la niña. No jugaba con los otros chicos, se mantenía aislada la mayor parte del tiempo. Al principio lo atribuyó a la muerte del padre, pero, luego hubo un episodio que llamó su atención:

Annie, se encontraba jugando sola en el rincón de “la casita” Así le decían en el aula al rincón que habían acondicionado para que pareciera un hogar en miniatura. Estaba habitado por varias muñecas de diferentes tamaños; algunas representaban a bebés de pañales y otras, a chicos más grandes.

Los demás niños del aula, estaban en ese momento jugando en el patio controlados por la auxiliar.

La maestra, preocupada por la conducta de la pequeña desde hacía días y decidida a averiguar que le pasaba, se quedó con ella en la sala, corrigiendo trabajos, mientras observaba su juego.

Annie tenía en la falda a una de las muñecas más grande, le hablaba con voz dulce, y jugaba a que ella era su mamá.

En un momento dado sentó a su hija a comer en lo que se suponía era la cocina de la casa.

En la imaginación de Annie, la niña, no quiso comer la comida preparada por ella, lo que le valió dos fuertes cachetazos que la tiraron al suelo. La maestra, sorprendida primero, por la actitud de la niña y horrorizada después; vio como levantaba a la muñeca del pelo y le decía con una voz ronca, llena de malicia:

-Vas a comer todo pequeña arrastrada –le dio un cachetazo– y si vomitas –dijo sacudiéndola– te lo haré comer igual.

La madre de Annie lloraba amargamente.

La jueza Funes, compadecida, le ofreció pasar a un cuarto intermedio.

-No... Gracias, pero, prefiero terminar con esta pesadilla, cuanto antes –dijo, haciendo un visible esfuerzo para recomponerse.

-¿Puede seguir? –preguntó, el fiscal alcanzándole un vaso con agua.

-Sí.

-¿Qué actitud tomó después de la charla con la directora?

-Llegué a casa y busqué a Annie para hablar con ella de lo que había pasado en el jardín.

-¿Qué dijo la niña?

-No pude hablarle –lloró desconsolada– Rosa se la había llevado y no la vi nunca más.

Varios miembros del jurado se secaron conmovidos las lágrimas.

Mientras duró el relato, varias veces se oyó, la risa perversa de Rosa que sin levantar la cabeza seguía dibujando como una posesa.

El canal interrumpió, el programa especial sobre "La hiena", para dar paso a los comerciales.

Mary se levantó y fue hasta la cocina a prepararse un té, necesitaba algo que le deshiciera el nudo que tenía en la garganta.

Sánchez fue tras ella.

-Mary...

-¡No puedo creerlo!... Yo metí semejante monstruo en casa y la dejé a su cuidado.

-No podías saberlo. Pediste recomendaciones, confiaste en una agencia.

-¡Maldita agencia! ¡Y maldita, Sara Valenzuela! –dijo golpeando con la palma de la mano la mesada negra de granito.

Se sentó junto a la mesa y se quedó con la mirada perdida sin querer ver el resto del programa especial sobre "la hiena".

Greg no lo notó.

Capítulo IX

El viernes, Greg recibió dos llamados de la oficina en su celular.

Uno era del gerente general de la empresa, Paúl Brown; quería saber si habían tenido más noticias de los secuestradores. Habló un rato largo y le dijo que contara con él, si necesitaba algo. Por ahora el ofrecimiento era personal le advirtió. Como Greg sabía bien, la política de la empresa era no acceder a demandas de dinero por parte de secuestradores o terroristas. Por lo menos la política oficial, aclaró, dejando una puerta abierta.

El otro llamado era de Susan, su secretaria. Le avisaba su llegada a la ciudad de Zapala, esa noche, con documentos importantes e intransferibles que debía firmar.

-¿Sabes de algún hotel u hostería en la zona, en donde, me pueda quedar? –preguntó–. Hasta el martes a la noche no hay vuelos de regreso.

-Puedes quedarte en el cuarto de huéspedes de la casa si quieres. Hablaré con Mary, pero, no creo que tenga problema –dijo mirando por la ventana del living a su esposa, quién en ese momento, caminaba por el parque con Marc.

Le molestaba que Mary le hubiera pedido a Marc, que se ocupara momentáneamente de la administración de la estancia, sin consultarlo primero.

Marc nunca le había gustado del todo, lo encontraba demasiado seguro y arrogante. Aunque los dos eran de la misma altura, se sentía empujado cuando estaban juntos.

Aunque con título, pensó, es un patán. ¿Qué sabe del mundo de los negocios? ¿De las presiones que existen allá afuera de este paraíso alejado de todo? ¿De las concesiones que muchas veces uno tiene que hacer para seguir avanzando en las empresas?

Todo lo tiene de arriba. ¡Por herencia! Nada que el mismo haya logrado por medio de su esfuerzo o inteligencia, pensó, resentido.

Marc ajeno a estos pensamientos pensaba en la salud de Mary. Estaba preocupado por ella. Notaba que dormía muy poco y casi no comía. Había adelgazado mucho en estos pocos días. Se pasaba el tiempo sentada al lado del teléfono por si llamaban los secuestradores. Este era uno de, esos raros momentos, en que había logrado sacarla de la casa a tomar aire y despejarse un poco. La notaba al borde del agotamiento.

Sentía que la ansiedad, producida por la espera de noticias de Meg, la estaba matando. Que perdería la cordura si no la encontraban pronto. Quería ser fuerte, luchar contra el miedo y la desesperación que la invadía, pero la mayoría de las veces no lo lograba.

Notaba el desprecio y enojo, en la mirada de Greg, cuando bajaba a la mañana a tomar el desayuno con la ropa arrugada del día anterior por haberse quedado dormida con ella puesta.

Después de llorar desconsoladamente y durante horas, en su cama a la noche, caía rendida sin tener conciencia de nada más.

Apenas juntaba fuerzas para pasarse un peine por los cabellos antes de bajar a la mañana.

¡Oh. Al cuerno con Greg! pensó, él es más fuerte. ¡Odiaba su entereza! Sabía que estaba mal pero no podía evitarlo. Detestaba el reproche continuo que había últimamente en su mirada por el abatimiento y descuido personal en que había caído.

¿Pero no se daba cuenta qué le habían arrancado el corazón cuando se llevaron a Meg?, ¿Qué no le interesaba comer o dormir? ¿Qué el esfuerzo físico de vestirse o peinarse era superior a sus fuerzas?.

La noche anterior había tratado de tener relaciones con ella, tal vez, confundido por su actitud cuando se abrazó a él buscando consuelo. Su rechazo lo había lastimado y enfurecido. ¡No le importaba! ¿Quién era Greg para juzgarla con tanta dureza? Se estaba convirtiendo en un extraño. No entendía que ella tenía la cara de Meg grabada en su mente todo el día. Oía su voz llamándola... ¡Su llanto!

Despertaba por la noche oyendo que le pedía que la fuera a buscar, le preguntaba entre sollozos si ya no la quería más y por eso tardaban tanto en encontrarla. ¡Díos!, rezaba Mary, te lo suplico, has que me la devuelvan, que esté bien. ¡Por favor Dios, ayúdanos!

El timbre del teléfono sobresaltó a todos. Sánchez se dirigió a él:

-¿Hola? –una respiración fuerte y pesada era lo único que se oía en la línea.

-¿Hola? –repitió más fuerte.

-¿Quién es usted? –ladró la voz del otro lado

-Un amigo de la familia. ¿Y usted? –preguntó, con calma deliberada.

-¡Qué carajo le importa! ¡Ponga al padre al teléfono! –respiró agitado.

-En este momento no puede hablar, tendrá que hacerlo conmigo. ¿Cuál es su nombre?

-¡Oírme bien cabrón! Si quieren de vuelta a la mocosa, pásame al padre.

-¿Cómo sé que la tienen? – alcanzó a oír el insulto antes que la comunicación se cortara.

Media hora más tarde el teléfono sonó de nuevo.

-¡Ponga a la madre!

El psicólogo le hizo gestos a Mary y le entregó el auricular.

-¿Hola?– dijo mientras el corazón le retumbaba enloquecido en el pecho.

-¡Mami...mami!– gritó llorando, Meg, antes que le sacaran el teléfono.

-Junten un millón de dólares si la quieren viva – la línea quedó muda.

Mary enloquecida de angustia, lloraba con la cara entre las manos. Sufría un dolor físico y emocional difícil de explicar. Ansiaba abrazar a su pequeña, lo necesitaba desesperadamente, sentía un vacío insoportable en el cuerpo y en el alma.

Greg le alcanzó un té caliente y fuerte, tratando de infundirle calor. Sacudió la cabeza y pensó preocupado, en como haría para juntar tanto dinero. ¡No hay forma! – No tengo la cantidad que piden– le advirtió sombrío, a Julio, que acababa de llegar – Se han equivocado de persona.

-No. Saben bien lo que hacen, siempre es así. El primer número que tiran es enorme, es parte de la negociación contestó Julio – no es para ti esa suma. Es para la empresa en donde trabajas.

-La política de la empresa es...

-Sí, sí – interrumpió Julio – Ya veremos. Lo importante en este momento es que Meg está viva.

El sábado por la mañana, Greg buscó a Susan en el aeropuerto.

Hacía mucho frío y estaba nublado, amenazaba lluvia desde temprano.

El avión llegó a horario y Susan bajó por la escalinata mirando hacia todos lados. Vestía un pantalón de lana gris ajustado con un sweater blanco de cuello alto. La ropa marcaba cada una de las líneas de su sensual figura. Como abrigo llevaba una campera impermeable de tela encerada gris oscura.

Greg la miró bajar del avión y la encontró sexy y provocativa. Sus movimientos eran felinos, libres, seguros. Caminaba a su encuentro con una sonrisa que le iluminaba el rostro mientras las cabezas de los hombres se daban vuelta a su paso, siguiéndola con la mirada y una sonrisa admirada.

Sintió orgullo cuando llegó a su lado y lo tomó del brazo, dándole un beso en la mejilla y apoyando su cuerpo en el de él.

-Hola Greg –dijo con su voz ronca.

Le sacó en silencio el portafolio con los documentos que traía en la mano y la condujo hasta el auto. Durante el viaje le contó de la última llamada de los secuestradores y del monto ridículamente grande que le habían pedido para liberar a Meg.

-¡Es una locura!, ¿Cómo vas a juntar tanto dinero? ¡Un millones de dólares! Casi, tres millones y medio de pesos argentinos.

-Sabén que trabajo en una multinacional y esperan que la empresa ponga el dinero. ¡Lo que no saben los cretinos, es que la nuestra, tiene una política muy clara al respecto!

Susan se quedó pensativa unos minutos:

-Tengo unos ahorros de la venta de un departamento que, me dejó mi padre cuando murió. Son para mi jubilación y para eso falta muchísimo –sonrió– Cuenta con ellos. Son aproximadamente ciento ochenta mil dólares.

-Gracias Susan. Pero, si los uso me llevará algún tiempo devolverlos – dijo conmovido por el ofrecimiento.

-Puedo esperar –sonrió, poniendo su mano como al descuido sobre el muslo de él para tranquilizarlo.

Llegaron a la estancia con las primeras gotas de lluvia. Mary salió a recibirla y la acompañó al cuarto de huéspedes para que se acomodara.

Se enamoró de él en cuanto lo vio. Tenía grandes puertas ventanas que daban a una zona del jardín llena de flores, arbustos aromáticos y enredaderas. El aroma, mezcla de todos éstos, llenaba la habitación.

Una gran cama de bronce cercada por dos mesitas de luz con tapas de mármol rosa, ocupaba gran parte de la pared opuesta a los ventanales. Una cómoda inglesa, con un gran espejo ovalado colgado encima y un magnífico florero de porcelana azul lleno de rosas amarillas y naranjas le daban una cálida bienvenida.

Las cortinas y la colcha eran de un género floreado, en tonos amarillos, azules y verdes. Un silloncito colorado en una esquina al lado de la chimenea de hierro negro, una lámpara de pie en un rincón y una gran alfombra de pelo largo, completaban el cálido ambiente. El dormitorio se comunicaba con el baño por medio de un pequeño

pasillo, cuyas paredes estaban, empapeladas con motivos de hiedras y pájaros. Los pisos de mármol blanco, la bañera alta de patas garra de león y las paredes de color rosa pastel, con antiguos grabados de flores, del baño la fascinaron.

Miro a Mary y quedó impresionada por el cambio operado en ella. Los ojos de mirada apagada y con oscuras ojeras debajo parecían enormes, en el rostro pálido y angustiado. Había enflaquecido muchísimo desde el secuestro. Caminaba más lento y parecía haber envejecido diez años desde la última vez que la vio.

-Cuando estés lista baja a la cocina; serviré el almuerzo –dijo con voz cansada.

Susan deshizo la valija. Se cepilló el pelo hasta dejarlo sedoso, se aplicó algo de colorete en las mejillas, brillo en los labios, y bajó a comer.

La esperaban reunidos en la mesa de la cocina. El lugar era tan acogedor como el resto de la casa; una sala grande y cuadrada de ladrillos barnizados y enormes mesadas de granito negro, brillante. En una de ellas había una variedad increíble de artefactos modernos de cocina.

A ambos lados de la campana de hierro negra, para extraer el humo, colgaban de la pared, una variedad de cacerolas y otros cacharros de bronce con mango de madera que, Doris usaba para hacer los dulces y mermeladas.

La gran mesa de madera de roble, conservaba el lustre que años de uso le habían dado. En las paredes colgaban láminas de cacerías inglesas de gran tamaño.

Por todos lados se veían jarrones con flores . Todo el lugar hablaba de Doris.

Le presentaron a Marc y al licenciado Sánchez, quién le hizo rápidamente un lugar a su lado en la mesa.

La casera había dejado preparado, cordero al horno con papas y batatas glaseadas y una ensalada de repollitos de brusela. De postre, mouse de naranja bien fría. Notó mientras comía que, Mary jugaba con la comida en el plato y apenas probaba bocado, tenía la mirada puesta, en el movimiento que, hacía con el tenedor sobre la comida mientras oía las conversaciones de los demás con indiferencia. El café lo tomaron en el living.

El llamado del teléfono interrumpió la explicación de Marc, sobre las veranadas, tierras inservibles en invierno por estar cubiertas de nieve, pero, excelentes en verano por la cantidad y calidad de sus pastos. Un silencio expectante que se fue tornando en opresivo a medida que, se repetía el timbre del aparato cayó sobre todos. Sánchez se puso rápidamente de pie y acudió a atenderlo:

-¿Quién es? –rugió la voz del otro lado.

-Oficial Sánchez ¿Con quién hablo?

-Ya lo sabe ¡no me haga perder el tiempo! ¿Juntaron la plata? La mocosa llora todo el tiempo. ¡Se quiere ir!

-Tenemos una parte. La cantidad es muy grande y necesitamos más tiempo.

-¿Qué te pasa hijo de puta? ¿No entendiste nada, cabrón? ¡Juntala o te la mando en pedacitos! Tenés una semana –cortó de golpe.

-Es más de lo mismo –les advirtió adusto–. La idea es desesperarlos, romperles los nervios y lograr que presionen a la empresa para que ponga la plata. No pretendían que tuvieran el dinero hoy.

El comandante Rossi de la brigada antisequestro, era un viejo conocido del comisario de sus tiempos de estudiantes en la academia de policía. A pesar del tiempo transcurrido sin verse, aún conservaban el afecto que se habían tenido.

Estuvo de acuerdo que siguiera Sánchez como negociador con los secuestradores. Tenía excelentes referencias de él.

Montó su base de operaciones en la comisaría local y mandó a dos de sus hombres a la cárcel, en donde habían estado presos Julián y el francés, con la orden de acortar la pena del preso que, diera algún dato que los condujera al arresto de los mismos.

Publicó en todos los diarios y radios del país una recompensa de cien mil pesos, para todo aquel que, brindara pistas que permitiera encontrar a Meg.

Carlos Rossi era un hombre alto y atlético, de pelo color castaño rojizo y ojos grises de mirada inquisitiva. Su humor irónico y ácido era legendario en la fuerza policial. Tenía cuarenta y seis años.

Llegó al país con sus padres de un pueblito del norte de Italia, siendo casi un salvaje de doce años. Nunca perdió del todo la tonada de su tierra, ni la libertad y amor por las mujeres, que desde muy niño había sentido. Motivos que de más grande le valieron duras reprimendas de sus jefes.

-¡Qué hipócritas! –decía a sus íntimos–. No me amonestan por que, salga con ellas siendo casado, sino por que se sabe.

Llegó al puesto de comandante porque era el mejor. Su mente lúcida y fría, le había permitido resolver mucho de los secuestros en los que había trabajado. La mayoría de las víctimas habían sido liberadas vivas.

Tenía la rara virtud o defecto, según quien lo analizara, de meterse en la mente de los delincuentes.

-¡Que buen secuestrador sería! –ironizaba después de liberar a alguien siguiendo la ruta criminal que su lógica, le indicaba, habían seguido los secuestradores.

Para sus subordinados era un cabrón obstinado e irónico que, no les dejaba pasar una. Lo sabía y no le importaba, tenía pocos amigos dentro de la fuerza y consideraba que eran suficientes.

Las mujeres lo amaban, lo consideraban apuesto, inteligente y les encantaba el humor ácido que usaba.

Estuvo casado sólo una vez con una mujer bellísima cuando tenía treinta y dos años.

La conoció en una cena de gala que el comando en jefe daba para agasajar a militares y policías extranjeros que, habían llegado al país, para realizar maniobras conjuntas en la lucha contra el narcotráfico.

Venía del brazo de un general retirado que, habiendo quedado viudo hacía poco, prefirió llevar de acompañante a su hija a ir solo.

-Comandante Rossi –dijo el general–. Permítame presentarle a mi hija; Sofía Ventura.

-Es un placer –saludó impactado por la profunda impresión que su belleza le había causado.

Un rato después de saludar y conversar con varias de las autoridades presentes; un maître lo acompañó hasta su mesa en donde ya se encontraban varias personas sentadas. Entre ellas, un brigadier y su mujer, un gobernador de la provincia de Tucumán con su seca y alhajada esposa, y un general retirado con mucho peso político. Sólo quedaban dos sillas vacías.

Unos minutos después, vio como la bella Sofía sonreía a todos mientras el general apartaba una de la silla para que se sentara.

¡No podía creer en su buena suerte! Se sentía flechado, su mente lúcida y fría estaba en blanco por primera vez en la vida.

Sofía estaba sentada enfrente de él conversando con el brigadier de la fuerza aérea.

La estudió en silencio; tenía ojos grandes y rasgados de un raro color almendrado, pómulos altos, nariz recta y una boca ancha y generosa que cuando reía, como ahora,

iluminaba su cara. El pelo negro y brillante resaltaba el color cobrizo de su piel.

El vestido de gasa marrón habano con hilos de oro formando dibujos geométricos, apenas esbozados, recto y ajustado en el pecho, la hacía verse como una diosa pagana o tal vez fuera su figura exquisita de modales majestuosos, caviló.

-Comandante. Llamó por segunda vez el general Ventura interrumpiendo su estudio. ¿Qué piensa de, como se lleva en el país, la lucha contra el narcotráfico?

-¿En el país? –preguntó distraído. ¿A quién le importa? pensó, por mí pueden venir a ocuparlo en éste mismo momento todos los carteles de la droga ó lo que sería mejor; secuestrar al idiota baboso que está hablando con la bella Sofía.

En algún momento volvió a la realidad y notó que se había hecho un silencio en la mesa esperando su respuesta.

Sofía lo miró enarcando una ceja y con un viso de burla en los labios. Había notado el minucioso estudio al que había sido sometida.

-Creo que esto recién empieza –se aclaró la garganta– y si bien se está haciendo algo todavía falta mucho. Se necesita un plan consensuado con los países limítrofes y disponer de más recursos humanos y económicos para lograr efectividad en la lucha – trató de sonar coherente.

Mientras hablaba notó que la orquesta había comenzado a tocar.

El presidente, como comandante en jefe, abrió el baile con su mujer. La pista se fue llenando de uniformes de gala y bellos vestidos largos. La gran araña en el centro del salón iluminaba las alhajas de las mujeres y las condecoraciones en los uniformes.

Con una burlona reverencia invitó a bailar a Sofía.

Notó las miradas de admiración que dirigían los hombres a su compañera, a su paso, hacía la pista de baile.

Una vez en ella, estrechó fuerte su cuerpo contra el de él, sintiendo cada movimiento, cada suspiro y cada latido de su corazón desbocado. Bailaron en silencio, olvidados del mundo que los rodeaba, perdidos en sus sensaciones.

Rossi era un experto bailarín. Guiaba, exigía y se brindaba de una forma que ella no había sentido jamás.

A la una acompañó a Sofía a la mesa en donde encontró un mensaje del general que,

ya se había retirado, encargándole la vuelta a casa de su hija.

El departamento de Sofía era como ella, refinado y exótico. Tenía amplios ventanales que daban al verde de la plaza San Martín en una de las zonas más elegantes de Buenos Aires.

El living sólo iluminado por la luz que provenía de la plaza se convertía en un escenario romántico con algo de irreal.

El gran ventanal abierto permitía ver el balcón terraza cubierto por azaleas rosadas y fucsias, acompañadas por oleas, helechos y viburnos verdes. Algún que otro jazmín polyanta trepaba por los muros y barandas. Entre ésta profusión de plantas, una antigua estatua de la diosa afrodita custodiaba el lugar.

Contra una pared, un banco de piedra gris permitía sentarse a soñar y disfrutar de éste jardín mágico, y oculto en medio de la gran ciudad. Más allá las copas de los jacarandaes y palos borrachos de la plaza San Martín, extendían el paisaje hasta el infinito.

Impresionado, alzó los ojos al cielo y notó las miles de estrellas que iluminaban el cielo oscuro de la noche.

El ambiente olía a jazmines y rosas las flores preferidas de ella.

Sofía lo miró largamente y esbozando una sonrisa, lo tomó de la mano y lo guió a su dormitorio.

Hicieron el amor en forma ardiente y frenética, liberando las sensaciones y emociones contenidas desde que se conocieron. Mucho después, volvieron a empezar ya sin la urgencia anterior y con toda la dulzura y habilidad que cada uno pudo brindar al otro. Al mes estaban casados.

Su matrimonio duró sólo cinco años. Al fin, cansada de infidelidades y continuas ausencias por trabajo, Sofía se había dado cuenta que detrás de la máscara irónica, se escondía “un niño” ególatra y manipulador que se negaba a crecer.

Lo abandonó el día que cumplían cinco años de casados dejándole una nota pegada en la heladera que decía con ironía y algo de maldad:

-¡Chao Bambino! ¡Feliz último aniversario de casados!” último, estaba resaltado con marcador amarillo.

Capítulo X

El lunes después de hablar con el periodista Paúl Tedin, Rossi se comunicó con la directora del neuropsiquiátrico en donde había estado internada Rosa.

-Comandante, todo lo que puedo hacer es ponerlo en contacto con la doctora que atendió el caso –dijo, deseando sacárselo de encima.

-¿El nombre?

-Dra. Ricci. Llega alrededor de las diez de la mañana. Le diré que lo llame.

-¿Comandante Rossi?, soy la doctora Ricci. Ya les di a los oficiales que, vinieron hace unos días, todo los datos que tenía sobre Rosa. No sé que más puedo hacer por usted – dijo malhumorada.

-Lamento molestarla tan temprano, un lunes – miró con sorna el reloj de la oficina que marcaba las 10.30 de la mañana – pero es importante que repase el caso y haga memoria. En éste momento, hay una niña de cinco años, secuestrada por una ex paciente suya. Debemos hallar algo que nos sirva para encontrarla.

Los medios presionan cada vez más y no tardarán en saber el nombre de la doctora, que permitió que escapara del neuropsiquiátrico. No estaría mal, decirles como nos ayudó a ponernos sobre la pista de “la hiena,” su antigua paciente –la doctora lo escuchó indignada. La seguridad de los pacientes no era su responsabilidad. Por otro lado era cierto que, no había advertido en las últimas sesiones que tuvo con Rosa, que ésta planeaba escapar. La había engañado astutamente y la hizo quedar como una idiota delante de todos. Si los periodistas lo averiguaban sufriría nuevamente la humillación y el escarnio anterior.

De todas formas, no pensaba hacer más esfuerzo que darle la información que conservaba en el legajo de la enferma.

¡Estaba harta de estar relegada en un hospital nacional! Convertida en otra empleada más de un estado deficiente que, pagaba sueldos magros y en donde los enfermos mentales no eran tenidos en cuenta ya que no votaban.

Hacía años que trabajaba en la institución y se había cansado de presentar proyectos y mejoras que ayudaran a los internos. Su carácter se había ido resintiendo y amargando a medida que pasó el tiempo y notó, que los puestos de más responsabilidad se llenaban con gente poco preparada y puesta a dedo por el gobierno nacional y no, por concurso como debía ser.

No le debo nada al estado, pensó resentida, y eso te incluye comandante.

La tarde se presentaba fría y nublada, el servicio meteorológico había anunciado fuertes heladas para esa noche.

Con una taza de café bien caliente en las manos, Rossi revisó con Julio y el doctor

Lerner, el resultado de las autopsias.

La hora de las muertes se estimaba entre las diez y treinta y once de la noche. La bala de nueve milímetros hallada en el cuerpo de Doris, provenía de una pistola reglamentaria robada hacía tres meses a un policía asesinado en capital federal, cuando sorprendió a dos delincuentes que huían después de asaltar dos cajeros automáticos, situados a pocos metros de distancia entre sí.

El golpe en la cabeza que mató a Peter, lo sabían desde el primer día, había sido hecho con el atizador de hierro de la chimenea del Living. Lo hallaron tirado al lado del cuerpo de él con restos de piel y sangre. No encontraron huellas digitales de los dos hombres en ningún lado. Lo único que tenían eran las pisadas halladas detrás de la casa.

El forense avisó a Greg, que ya podían retirar los cuerpos para darles cristiana sepultura.

Una vez más, a pedido de Mary, la organización del entierro corrió por cuenta de Marc.

El martes a la mañana acompañados por vecinos, amigos y empleados de la estancia, oyeron la misa que celebró el sacerdote salesiano, *father* Angus, amigo de toda la vida de Doris y Peter. Al terminar, depositaron los ataúdes en la tierra recién abierta y los cubrieron con pétalos de rosas. El tiempo parecía acompañar, con su fina llovizna, el estado de ánimo de todos los presentes. Mary sentía una rara sensación ante la tumba de sus padres; incredulidad, tristeza, desamparo, deseo de gritar su ira ante la cruel injusticia de sus asesinatos. Ansias de llorar desconsoladamente sus ausencias, pero, nada de esto se reflejaba en su semblante. “No es tiempo todavía”, pensó, conteniéndose a duras penas. “Ya haré el duelo cuando encuentren a Meg”.

Susan los acompañó. Su vuelo partía recién a la noche.

A las siete de la tarde y después de despedirse de Mary, Susan subió al auto de Greg para ir hacia el aeropuerto.

El perfume de ella invadía el interior del auto. Greg, sentado frente al volante, volvió la cabeza para mirarla y se encontró con sus ojos...

-Greg...

-No, ahora no Susan – pidió haciendo un esfuerzo para apartar la mirada.

Continuaron el viaje en silencio concientes de la fuerte tensión surgida entre ellos. Cada uno iba sumergido en sus propios pensamientos.

En el aeropuerto le dio una carta para el gerente general, en donde le contaba las pretensiones de los secuestradores y le avisaba que estaría en Buenos Aires el jueves,

para asistir a la presentación de los alegatos finales en el juicio que, por acoso sexual y laboral, la secretaria privada le había iniciado a Brown.

El gerente le había pedido que llevara personalmente el juicio antes que sucediera el secuestro de Meg.

Meg se sentía mal, le dolía la cabeza y no podía dejar de estornudar. ¡Tenía tanto frío! Le pedía a Dios que la llevara con su mamá, pero, Dios parecía no oírle. Le rezaba entonces a Jesús con las oraciones que su mamá le había enseñado, le prometía portarse bien, no hacer más caprichos. Pero era inútil creía que, Jesús también estaba enojado con ella y por eso no le hacía caso. Sólo que no se acordaba que había hecho tan mal.

A la noche, cuando no podía parar de toser o estornudar Rosa que, dormía en el mismo cuarto, le pegaba y gritaba para que se callara y la dejara dormir.

-Mocosa de porquería, ya te voy a enseñar a hacer espantados por una simple tos –decía enfurecida la mujer, mientras la zamarreaba y le daba un cachetazo para que dejara de toser.

Ella se tapaba la cabeza con la frazada para que no la oyera. Pero entre el llanto y el polvo de la manta, sentía que se ahogaba.

Otras veces, la mujer se acercaba y le decía:

-Tu mamá te abandonó, se cansó de ti –con una cruel risita– dice que no tiene plata para tirar en una mocosa sucia y malcriada como tu.

Ella no le creía pero... a veces dudaba. ¿Por qué tardaban tanto en buscarla?

-Tal vez si te portas bien, y ya que tú mamá no te quiere, me quede contigo –se reía a carcajadas.

Le había cortado y teñido el pelo de color castaño oscuro. La hizo vestir con un jean gastado que le quedaba grande y que sujetó con un cordón en la cintura y una remera de algún cuadro de football que Meg, no conocía. En los pies le calzó zapatillas baratas de su medida que, Rosa había comprado junto a los víveres, en un supermercado de Buenos Aires antes del secuestro y le dio a Julián para que llevara hasta el aserradero.

Cuando estuvo lista, parecía un varón. Le hicieron todo tipo de bromas cuando Rosa la llevó de la mano y la hizo dar una vuelta en redondo para que la vieran disfrazada. Casi no pudo abrir los ojos para mirarlos, porque la luz del sol la lastimaba. Hacía días que estaba a oscuras en el dormitorio.

-Tu nombre a partir de ahora, es Robertino Flox –le dijo Julián estudiándola–. Yo soy tu papá y ella –señaló a Rosa– tu mamá. ¿Entendiste? –le había puesto las dos manos en los hombros y la sacudía gritándole– ¿Entendiste? Y él es el tío Guillermo, hermano de tu mamá.

Julián le daba mucho miedo cuando se enojaba, le gritaba insultándola y la cara se le ponía morada con un rictus salvaje en la boca.

El francés, después del enfrentamiento que tuvo con Rosa cuando ésta lo encontró en su cuarto, cuando nadie lo veía, le guiñaba un ojo y la miraba de una manera rara. Lo había oído discutir varias veces con la mujer para que lo dejara entrar en su dormitorio, pero, Rosa lo amenazaba y le decía que lo mataría si lo hacía.

Después de unos días el hombre cambió su humor y dirigió su atención hacia la misma Rosa. Le decía piropos, le hacía bromas y después la llevaba hasta el río. Cuando volvían; Rosa traía todo el pelo revuelto y se reía a carcajadas de lo que el francés le decía al oído.

En esas ocasiones, Julián se enojaba muchísimo y les gritaba insultándolos.

El gobernador estaba iracundo acababa de hablar con el jefe de policía y le había gritado llamándolo incompetente y varias cosas más.

Los medios pedían avances en la investigación, en medio de una campaña cada vez más álgida, y él no podía mostrar un solo resultado. Lo consolaba, que el comandante mandado por el gobierno central, tampoco hubiera logrado resultados.

-¡Malditos delincuentes! Justo ahora tenían que realizar el secuestro –decía a sus colaboradores más íntimos.

Julio estaba seguro de no haber dejado cabos sueltos sin investigar. Entrecruzó información con la policía federal, división hurto de automotores y así se enteró que la camioneta que usaban los secuestradores era robada. Se comunicó con los peajes de las rutas y averiguó la hora y el día en que habían pasado por los mismos.

Mandó alertas a todos los puestos de gendarmería y a la policía caminera, con el número de la matrícula de la camioneta y los identikit de los sospechosos.

Se montaron guardias especiales en estaciones de ómnibus, trenes y aeropuertos aún sabiendo que, sería dudoso que los malviviente siguieran ese derrotero.

Su teléfono celular no había parado de sonar en toda la mañana, maldijo en voz alta al que llamaba justo cuando se preparaba para sentarse a almorzar.

-Comisario –dijo Rossi– lamento interrumpir su almuerzo, pero, llamó la Dra. Ricci y dijo que revisando sus apuntes recordó que, Rosa hablaba todo el tiempo de viajar al sur del país. Tenía una foto que le mandó su hermano desde la cárcel y, llevaba siempre con ella, del lugar a donde irían. Todo lo que recuerda es que en ella se veía una cabaña de troncos rodeada por muchos árboles y que Rosa se pasaba los días contando cómo su hermano la iría a buscar para llevarla a ese lugar, en donde, volverían a ser una familia unida. Cree que ésta foto, fue la causa principal de su fuga.

En una ocasión, su compañera de cuarto, otra loca igual que ella, harta de oírla o tal vez por envidia, vaya uno a saber, se la rompió en pedacitos y la tiró por el inodoro.

Rosa tuvo una crisis tremenda, por lo que debió permanecer, recluida y sedada varios días. Sólo salió de ese estado cuando, Ricci le dio un bloc con hojas y lápices de colores para que reprodujera la cabaña. Su aptitud para el dibujo, era notable, dijo.

-¿Le llamó la atención algo en particular en el dibujo. Algo que pudiéramos identificar con algún lugar?

-No está segura, sabe que esta cerca de algún punto importante: ¿Un centro de esquí? ¿Un pueblo? No recuerda, pero, guardó alguno de los dibujos para incorporarlo a un libro que está por escribir y lo está buscando. En cuanto al dibujo en sí, recuerda que la cabaña tenía, las tejas del techo, rotas en varios lugares y en el parque había árboles por todos lados, a la mayor parte de ellos le faltaba gran parte del tronco y toda la copa. El suelo estaba cubierto por ramas tiradas y dejadas allí como al descuido. La cabaña, está segura, estaba ubicada al pie de una montaña y se divisaba un río más abajo.

Cree que el lugar existe. Aunque el desorden y la destrucción imperante en él, sólo hablan de la personalidad esquizoide de la mujer.

Mary no había bajado a tomar el desayuno. Le llevó una taza de café y la encontró sentada en el sillón de su cuarto mirando por la ventana. Tenía que avisarle que el jueves no estaría allí y temía su reacción.

Te traje un café –dijo sentándose en el silloncito enfrente del de ella– Susan nos ofreció unos ahorros que tiene...

-¿Sí? –contestó sin mirarlo.

-Mary, entre los de ella y los nuestros podemos juntar, cerca de... trescientos cincuenta mil dólares. El jueves debo estar en Buenos Aires para el alegato final, en el juicio que la secretaria le hizo a Paúl y pienso hablar con él para ver si la empresa nos va a ayudar con lo que falta.

Se había comprometido con Paúl Brown a llevarle el juicio que Diana Falco le había iniciado por acoso sexual y laboral.

Brown era un mujeriego empedernido. Estaba casado hacía treinta años con una artista plástica de reconocimiento internacional y después de varias idas y vueltas, en los primeros años de matrimonio gracias a las infidelidades de Paúl, habían por fin llegado a un acuerdo que les convenía a ambos:

Por un lado; ella lo acompañaría a todas las reuniones adonde debiera asistir con su esposa y oficiaría de anfitriona en las cenas que él tuviera que dar. A cambio recibiría

una remuneración mensual del mismo tenor que, la de los ejecutivos mejor pagados de la empresa, lo que le permitiría viajar y presentar su obra en diferentes exposiciones del mundo. El otro punto del acuerdo se basaba en la discreción de Paúl en sus asuntos amorosos.

Paúl necesitaba de su matrimonio para presentarse ante el directorio y los accionistas como una persona seria y estable en su vida privada. Había habido rumores, sobre varios romances escandalosos con diferentes modelos, y no estaba dispuesto a pasar una vez más, por la ignominia de ser llamado a una junta de directorio para explicar su conducta.

Además sabía que su mujer no le perdonaría de nuevo la humillación y afrenta pública.

La joven Diana se había presentado a trabajar, en reemplazo de su secretaria de toda la vida que se había jubilado.

Llegó acompañada de un impresionante curriculum además de hablar perfectamente inglés, francés y alemán.

Tenía una figura impresionante y una cara angelical con grandes ojos almendrados. Toda ella derrochaba sensualidad y vitalidad, pero, sobre todo era dueña de una inteligencia fría y calculadora con la que pensaba salir adelante.

Supo apenas la vio que no debía tomarla, pero, prefirió hacer caso omiso a las señales de alarma que se activaron en su interior. Se engañó diciéndose que era discriminatorio no darle el trabajo con semejante curriculum, sólo, porque era muy bella y sexi. Prometió mentalmente no caer en la tentación.

No resistió... al mes estaba completamente enloquecido por su presencia. La hacía quedarse hasta más tarde con cualquier excusa. Organizaba reuniones en otros países sólo para llevarla. La agasajaba, la llevaba a cenar y bailar a lugares increíbles y remotos, le regalaba flores y, hasta joyas, con la excusa de premiarla por su desempeño en las reuniones de trabajo a las que asistían.

Diana, cómo su homónima romana, esperaba pacientemente el momento para darle caza. Mientras tanto disfrutaba de la persecución. Se había encargado que otras secretarías de la empresa, vieran, las notas que hacía devolviendo las joyas y regalos que su jefe le enviaba.

A los tres meses de perseguirla y sin haber conseguido más que, unas pocas caricias y besos, Brown, profundamente irritado y frustrado, decidió poner las cartas sobre la mesa y la invitó a pasar tres días con él en su yate. La negativa de ella lo trastornó por completo. Decidió como venganza reubicarla en otro sector de la empresa, con igual sueldo pero, de menor jerarquía. Tuvieron una fuerte discusión y él le dejó bien en claro que, condición debía cumplir para que esto no pasara.

No advirtió que la joven lo estaba grabando en su celular.

Poco después le pedía una suma exorbitante de dinero, a cambio, de iniciar un juicio por acoso laboral y sexual.

-Mary ¿estás oyéndome? Debo estar el jueves en Buenos Aires.

-Está bien, Greg –contestó abúlica.

No soportaba verla así. Bajó al living a preguntar algo que le estaba dando vueltas en la cabeza, hacía días, al comisario.

Julio hablaba con alguien por su celular. Cuando terminó de hablar se dirigió hacia donde estaba y sentó junto a él.

-¿Crees que deberíamos hablar con el periodismo? ¿Serviría de algo?

-Puede ser Greg. ¡Alguien tiene que haberlos visto! Debemos involucrar al público para que nos ayuden a buscarla.

-¿Pero no habría una avalancha de gente creyendo haberlos visto?

-Sí, pero entre todas esas llamadas puede estar la que necesitamos –contestó Julio.

-¿Crees que Mary esté en condiciones de hacer la entrevista? – preguntó Marc.

-Puedo hablar con ella y evaluarla –dijo el psicólogo dirigiéndose a Greg.

-Hazlo, el jueves tengo que estar en Buenos Aires y quiero tener la entrevista antes. Debe ser hecha desde acá y sólo con un periodista. Mary debe estar lo más tranquila posible. Me preocupa su estado mental. Creo que la ansiedad y preocupación la están desestabilizando. Por otra parte, nunca ha sido muy fuerte –dijo con un dejo de impaciencia en la voz.

Marc lo miró indignado pero no dijo nada.

-Hablaré con Paúl Tedín, veré que pasen la entrevista, en el horario central del noticiero, ésta misma tarde –advirtió Julio.

Tedín, llegó con su equipo a las seis de la tarde. Instalaron las cámaras y luces y probaron los micrófonos. Cuando tuvieron todo listo; hicieron sentar a Greg y a Mary en el sillón principal y Tedín y el comisario se instalaron en dos silloncitos enfrentados a

ambos lados de éste.

El periodista conversó unos minutos con ellos para calmarlos y les explicó como iba a ser la entrevista. Cuando creyó que estaban listos, levantó el pulgar a su productora, indicándole con el gesto que encendieran las cámaras.

-Estamos con Mary y Greg Johnson, padres como todos saben, de Meg, la pequeña secuestrada hace más de una semana en la provincia de Neuquén, en un hecho inusualmente violento y sin precedentes, dónde fueron asesinados sus abuelos, Doris y Peter Mac Taylor, hacendados muy queridos y respetados de la provincia. –en la pantalla se mostró una foto de Meg sonriente, tomada de la mano de sus abuelos.

-La policía cuenta con fuertes indicios para sospechar que en el hecho participaron; la niñera, el hermano de ésta y un amigo. Dos expresidarios, beneficiados por la ley del dos por uno –la pantalla mostró una foto de Rosa y las de Julián y el francés, al momento de entrar en la cárcel, varios años antes.

Tedin se dirigió a Mary:

-Mary, sé que es una situación muy difícil para usted, pero, nos gustaría que el público conozca como era Meg antes del terrible hecho.

-Meg, es una niña sumamente cariñosa y alegre –dijo con voz temblorosa– le encantaba ayudarme en la cocina.

Quiere mucho a la Sra. Norma, su maestra de jardín y a sus amiguitas –pasaba del presente al pasado sin darse cuenta–. Lo que más le gustaba eran las fiestas de cumpleaños. Llenaba con su vocecita y su risa, todos los rincones de la casa. ¡La extraño terriblemente! –dijo con un nudo en la garganta que le estrangulaba la voz.

-¿Miraba televisión? –le preguntó, el periodista dándole tiempo a reponerse.

-Sí... le gusta mucho el Chavo. Aunque le da lástima cuando todos le pegan o cuando no tiene nada para comer. Le angustia que no tenga padres que lo defiendan como los demás chicos. ¡Es muy sensible! –las lágrimas caían por su rostro sin control.

-Mary –dijo el reportero suavemente–. La gente la está escuchando...

-Sí... quiero pedirles que, si alguien sabe algo o ha visto a Meg, por favor se comunique al 911 o con nosotros... ¡Por favor necesitamos su ayuda! –la cámara mostraba fotos de Meg ubicadas sobre la repisa de la chimenea del living. Con sus padres, con sus abuelos, dándole un beso a Pepito –su pony–, regalo de Peter y Doris para su último cumpleaños.

Ésta –explicó Tedin, mostrando una foto de Meg sola–, es la que se repartió en todos los medios –volvió a dirigirse a Mary–. Si la estuvieran viendo las personas que tienen a Meg ¿Qué les diría?

-Yo... quiero pedirles... rogarles –dijo con voz apagada, muy bajita– que no hagan daño a mi pequeña... ¡Por favor, sólo tiene cinco años! –se retorció las manos mirando atormentada a la cámara– Rosa... por favor ¡le suplico nos devuelva a Meg! Debe sentirse muy sola y con mucho miedo, por favor –repetía mientras el cuerpo se sacudía, descontrolado, en fuertes sollozos.

Greg, le pasó el brazo por los hombros tratando de parar la entrevista y quiso sacarle el micrófono de la mano, pero Mary no lo dejó. Haciendo un visible esfuerzo para serenarse, habló directamente a la cámara:

-Meg, querida, si me estás escuchando, quiero que sepas que todas las noches cuando me acuesto en mi cama, cierro los ojos y te imagino dentro de mí corazón... entonces... te abrazo fuerte y te beso y nadie, ¡nadie! ¿Me oyes Meg? Puede entrar en este lugar. Sólo estamos tú y yo.

¡Haz lo mismo! Piensa en mi abrazo. ¡Siéntelo! Te quiero mucho Meg, y te vamos a encontrar. ¡Te lo prometo! Acuérdate de esto cada vez que te sientas sola o tengas miedo.

En la sala se había producido un emocionado silencio. Julio vio cómo los cameraman se secaban disimuladamente los ojos.

Greg, con los suyos brillantes, le sacó el micrófono y habló a los secuestradores:

-Estamos juntando el dinero, no es fácil porque, la cantidad que pidieron es enorme para nosotros. Lo estamos haciendo lo más rápido posible –y endureciendo la mirada, continuó– si le hacen daño a mi hija o la lastiman, quiero que sepan que no pasará un día de mi vida ¡Sin que los busque para matarlos! –amenazó con ira. Mary, escuchó horrorizada y trató de intervenir, pero Greg siguió hablando:

-No importa dónde se escondan. No hay lugar en la tierra que los libere de mí ¡Yo los encontraré! –y, dirigiéndose a su hija– Meg, te quiero mucho... y no lo olvides, ¡Pronto estarás con nosotros!

Un profundo silencio acompañó las palabras de Greg.

El periodista, aprovechando el momento dramático y la tensión horrorizada que había caído sobre todos, pidió al jefe de policía que tomara el micrófono.

-Comisario, queremos saber si ha habido avances en la investigación.

-Estamos siguiendo diferentes líneas, y esperamos tener resultados pronto.

-¿Qué se sabe del otro sujeto, el amigo del hermano? El que estuvo preso por violar y asesinar a una jovencita de quince años.

Mary lanzó un gemido poniéndose de pie, tenía los ojos desorbitados y se llevaba una mano al pecho.

-¿Por violar y asesinar? ¡Oh, mi Dios!... por favor no.

Greg, consternado ante la nueva información, pegó un salto y abrazó a Mary sacándola de la sala. Miró con ira al periodista.

-¿Y la línea de investigación que conduce a Chile?, ¿Qué nos puede decir? –preguntó Tedin, insensible al dolor causado a su alrededor.

La furia del comisario había llegado al límite. Encajó la mandíbula y dio por terminada la entrevista.

Fuera de las cámaras se dirigió al reportero con ira:

-¡Estúpido cabrón! –rugió– Habíamos quedado en no hablar de ese tema.

-Usted, no me puede decir lo que debo informar. En este país, por si todavía no lo sabe, hay libertad de prensa –advirtió, indiferente a la furia del otro.

-Lo acusaré por interferir en la investigación –amenazó Julio.

-Haga lo que tenga hacer comisario, pero, será mejor que en vez de perder el tiempo en amenazas, encuentre pronto a la niña.

Meg, estaba terminando de comer una sopa grasosa que le había servido Rosa. Tragaba el líquido con dificultad tratando de disimular las arcadas y el asco que le producía. Hacía unos días, comía en la mesa de la sala-cocina de la cabaña.

¡Se sentía tan chiquita sentada detrás de la rústica mesa! Sus ojos permanecían bajos, trataba de no llamar la atención.

Había enflaquecido mucho y estaba siempre sucia.

Desde hacía varios días, tenía una tos persistente y seca que, muchas veces terminaba en vómito. Cuando esto pasaba, Rosa se ponía como loca y la obligaba a meterse en la cama sólo con la camiseta del pijama mientras la insultaba y le enjuagaba la ropa manchada.

La temperatura era muy baja y la tos de Meg empeoraba por momentos.

El mes de abril, este año, traía temperaturas inferiores a los cuatro grados bajo cero durante la noche.

Por la mañana el suelo estaba cubierto de escarcha y el río tenía hielo en sus márgenes hasta el mediodía. Empezaba a oscurecer cerca de las cuatro de la tarde.

Ese día, Meg, permaneció en la cama hasta que Rosa la llamó a comer. Al entrar a la sala sintió una nueva y extraña tensión en el ambiente.

Los dos hombres estaban despatarrados en los sillones de quebracho colorado que poseía la cabaña con una cerveza en la mano, miraban fijo la imagen en blanco y negro que, Rosa trataba de fijar con una antena portátil en el viejo televisor.

Veían y escuchaban los noticieros todos los días.

Oían con orgullo cuando hablaban de su peligrosidad y de la astucia con que habían planificado el secuestro.

Se reían abiertamente del asesinato de Peter y Doris, y decían que les habían ahorrado una muerte llena de achaques y enfermedades propias de la vejez.

Se felicitaban por haber mandado a Rosa al supermercado con una lista hecha por los dos, antes del secuestro, a comprar los víveres para dos meses de encierro. Aunque no creían que, les llevara tanto tiempo hacerse con el pago del rescate, fueron precavidos.

Habían tramado un plan “B” para el caso en que la policía estuviera acercándose demasiado. Consistía en pasar a Chile, allí, recibirían la ayuda de otro expresidiario de nombre Manuel Fox, un chileno, que le debía mucho a Julián del tiempo en que había estado preso.

Fox era menudo, de ojos verdes orlados por grandes pestañas, tenía voz aflautada y sus gestos y modales eran decididamente femeninos.

Tenía diecinueve años cuando conoció a Julián y hacía tres meses que estaba preso. En ese momento era “la novia” del cabecilla de una banda de presos duros y despiadados que tenían aterrorizada a la población carcelaria.

Julián no se dejó engañar por su condición, observó su astucia e inteligencia y, pensó, que se podía servir de ellas. Peleó duramente con el jefe de la banda que lo tenía bajo su poder y el hombre terminó malherido en el hospital, con un profundo tajo, en el abdomen. A partir de ese momento, Manuel, se convirtió en su esclavo.

Era muy hábil, Julián no se había equivocado, lograba camuflarse y pasar desapercibido entre los presos y de esa forma se enteraba de todos los movimientos y planes de los mismos y, hasta, muchas veces, los de los mismos guardia cárceles.

Estaba celoso de la amistad de Julián con el francés, pero una seria advertencia de aquél, le bastó para no entrometerse en la relación.

Julián lo convocó para el secuestro. Le encargó ocuparse de la logística del paso a Chile y de acondicionar su casa en las afueras de Temuco, para esconderlos allí, si fuera necesario.

Al fin, Rosa, había fijado la imagen en el viejo televisor. En ese momento el periodista estrella del noticiero, presentaba a la audiencia, a los padres de Meg.

En la cabaña se hizo un silencio cargado de tensión.

Meg, escuchó sin mirar la pantalla, el relato que el periodista hizo de la muerte de sus abuelos.

Cuando Paúl Tedín, le pasó el micrófono a su madre y escuchó su voz, no pudo evitar levantar los ojos y dejarlos fijos en la imagen:

¡Mamá, mamá!, gritó su mente, enloquecida, por la desesperación. ¡Quiero con mi mamá!

-Quisiera pedirles... rogarles... –la oyó implorarles que no le hicieran daño.

Las lágrimas corrían por su rostro sin darse cuenta. Sentía un nudo que le apretaba la garganta, casi, hasta ahogarla. Oyó la risa de Rosa y los comentarios soeces y burlones sobre su madre de los dos hombres.

Escondió la cara entre las manos, pero, Julián que la estaba observando, dio un salto y la sujetó del cabello obligándola a ver y a oír a sus padres.

Estudió sus caras con desesperación, tenía miedo de no volverlos a ver nunca más. De olvidar sus rostros. Se aferró desesperada a la promesa que hizo su padre de que pronto estaría con ellos. Notó como se endurecían las caras de Rosa y sus secuaces ante las amenazas que lanzó, y le dio miedo.

-¡Hijo de puta –gritó Julián– ¿A quién amenazás boludo?, ¿Lo oíste? ¿Oíste eso? –le preguntó fuera de sí al francés.

-Veremos que dice cuando le mandemos por encomienda a su hijita – se rió, Rosa mirándola cruelmente.

Meg, se encogió en la silla tratando de desaparecer.

-¡Sh! –silenció el francés al oír las preguntas del periodista, al comisario, sobre Chile
–¿cómo sabe éste idiota, lo de Chile?

-¡Habría hablado Fox! –graznó Rosa– te dije que ese afeminado no servía para nada
–lo había conocido en una de las visitas a la cárcel y no le gustó el trato enamorado y obsecuente que tenía con su hermano.

-¡Sh! ¡Cállate! –advirtió furioso, Julián.

-Si supieran donde estamos ya habrían venido a buscarnos, además, Manuel, no es de los que hablan –se irritó, el francés con la mujer por poner en duda, la lealtad de Manuel. ¡Lo tenía harto, no veía el momento de cobrar el rescate y sacársela de encima.

De todas maneras, pensó, Julián mientras los oía, es cuestión de tiempo que nos encuentren. Debemos pasar al plan “B”. Le hizo señas al francés para encontrarse fuera de la cabaña y salió.

Rosa no vio las miradas que cruzaron los hombres a sus espaldas.

Meg, había vuelto al dormitorio y escuchaba desde su cama, por las rendijas de la persiana rota, lo que los hombres decían. Oyó que hablaban de ir a Chile. Sabía que era otro país que quedaba ahí nomás, porque sus abuelos se lo habían contado... Doris y Peter.

¡No podía creer que no los fuera a ver más! Tosió varias veces tratando de no vomitar. No quería que Rosa se enojara de nuevo.

Todavía le dolía la cabeza en el lugar donde Julián le había tirado del pelo.

¡Tenía tanto frío! Sentía la cabeza caliente y le ardía mucho la garganta, eso hacía que tragara con dificultad. ¿Qué iba a hacer si la llevaban a Chile? ¿Y si no la encontraban nunca más?... ¡No, no! Papá dijo que pronto estaré con ellos... pero ¿porqué tardan tanto en buscarme?... Tengo miedo....

Lloró y se acordó lo que dijo su mamá por televisión. Se tapó la cabeza con la manta, cerró fuerte los ojos, y pensó en ella, en su mirada cariñosa, su sonrisa, en el olor de la colonia que siempre usaba y a Meg le encantaba y finalmente en sus abrazos.

Poco a poco se fue quedando dormida, ya no se sentía tan sola. Había logrado crear un refugio cálido y seguro en donde esconderse para encontrarse con su mamá.

Capítulo XI

-Comandante, tiene un llamado de la doctora Ricci por la línea tres:

-¿Doctora?

-Encontré el dibujo de Rosa entre los apuntes que tomé de las sesiones con ella. Tal vez le sirva para algo. Se lo mandé por fax – pensó un momento– Comandante, Rosa es una mujer sumamente astuta y peligrosa, no dudará en matar a la niña, si cree que debe hacerlo o se siente acorralada. ¡Le deseo suerte! –dijo, con brusquedad y cortó.

La secretaria, entró con el fax en la mano cinco minutos después y lo dejó sobre su escritorio

-Dígale al comisario que venga a verme en cuanto llegue – ordenó, Rossi, estudiando el dibujo.

Julio, entró poco después con una taza de café en la mano y se sentó en la silla del otro lado del escritorio. Observó atentamente el dibujo que, le pasó Rossi, sin decir una palabra, se veía cansado. ¡Que lástima! ¡Qué desperdicio! Podría haber sido una pintora destacada, pensó. El dibujo, no le decía nada, podía ser cualquiera de los tantos lugares que había en el sur, aunque por el deterioro que se veía en él, si existía, debía ser un lugar abandonado hacía mucho tiempo. A pesar de eso el paisaje era increíble.

Tenía dibujada una cabaña de troncos con techo de tejas coloradas en mal estado. Varios trazos negros magistralmente pintados en los lugares donde faltaban las tejas, no dejaban dudas sobre esto.

El pasto alto y desprolijo, verde en algunos lados y con grandes manchones amarillos en otros, hablaba del abandono y soledad del lugar.

Le llamó la atención la cantidad de árboles. Pocos estaban de pie, la mayoría, sólo tenía una pequeña parte del tronco, aún, los que estaban tirados en el suelo. Uno más chico y sin la copa lo obligó a mirarlo especialmente. Estaba pintado de un color gris plateado, como si reflejara la luz del sol, terminaba de una forma rara y estaba medio tapado por la maleza.

Atrás de la cabaña, más arriba, se veían las montañas con sus picos nevados, pobladas, por bosques de araucarias. A pesar del abandono y la desolación, el paisaje era bellissimo.

Las nubes grises y ocres con tonalidades violáceas daban un marco increíblemente hermoso al paisaje.

Algo inquietó a Julio al estudiar el dibujo. Algo que, pugnaba por salir desde el fondo de su memoria. “¡Diablos! Si no estuviera tan cansado...”

-Haré una copia para llevarle al psicólogo, veamos que saca en limpio.

-No perdamos tiempo, llevémosle éste –dijo Rossi.

Cuando llegaron a la estancia, Marc y el psicólogo estaban tratando de convencer a Mary, para que tomara uno de los calmantes que le había dejado el doctor Lerner, el primer día del secuestro y descansara al menos una hora.

Todavía seguía conmovida por la entrevista con Paúl Tedín.

Marc estaba desesperado, notaba como Mary se consumía día a día y no lograba hacerla salir de su angustioso aislamiento.

Le partió el alma oírle hablar a Meg frente a las cámaras de televisión. Sabía que estaba al borde de sus fuerzas y era poco lo que podía hacer para ayudarla.

No entendía a Greg, y no le gustaba la actitud que había tomado. ¡Se había convertido en un condenado imbécil! ¡No podía creer que hubiera amenazado a los secuestradores! Que dejara que su ira pusiera en peligro la vida de su propia hija, le parecía una necedad y una soberbia que, generalmente se pagaba caro. Lo veía todo el día, hablando por su celular a la oficina ó trabajando en la computadora portátil. Perdía la paciencia a cada rato con Mary y le hacía comentarios mordaces, delante de todos, sobre su descuido a la hora de elegir niñera para Meg.

Cuando Mary le reprochó haber amenazado a los secuestradores, le contestó en forma artera que, Rosa no hubiera entrado a sus vidas, si ella se hubiera quedado como las demás madres en la casa a cuidar a Meg.

Se olvidaba que, gracias al sueldo de Mary, habían podido pagar los masters y cursos que luego le permitieron ascender en la empresa donde trabajaba. ¡Qué imbécil!

En ese momento Greg escuchaba a Brown por su celular. El gerente de la empresa le advirtió que, había pedido una reunión urgente con el consejo directivo después de ver la entrevista por televisión que les hiciera Paúl Tedín.

El periodista lo había llamado varias veces solicitando una entrevista, quería saber cual sería la actitud que tomaría la multinacional, frente, al secuestro de la hija de uno de sus ejecutivos. Por el momento Brown se había negado a dársela.

La política de la empresa en cualquier lugar del mundo en que tuviera una filial era muy clara. No dejarse extorsionar por secuestradores o guerrilleros de cualquier índole o facción.

Pero, este caso, pensaba el gerente, era diferente. La víctima era una niña de cinco años y los directivos no querían mostrar falta de sensibilidad ante una opinión pública manipulada, por políticos de discursos izquierdistas que, les echaban las culpas de sus desventuras económicas a las multinacionales que operaban en el país.

Greg, viajaba esa noche a Buenos Aires y quedaron en reunirse, antes del juicio, para hablar del tema.

Profundas arrugas de preocupación surcaban el rostro de Julio,

se pasaba las noches tratando de dilucidar en donde estaban los secuestradores y repasando una y mil veces lo actuado durante el día esperando hallar algo que hubieran pasado por alto. Cuando al fin el cansancio lo vencía, ya había amanecido y le quedaban apenas un par de horas para dormir. El tiempo apremiaba y él se sentía impotente por la falta de avances en la investigación.

Estaba concentrado hacía un rato largo con Sánchez, estudiando el dibujo:

-Hay algo en él que me resulta familiar, pero, por más tiempo que lo mire, no me doy cuenta que es – advirtió el psicólogo.

-Parece una escena montada. ¿Es así? ¿Es sólo la fantasía de una loca o este lugar existe?... Y si no existe ¿Por qué me resulta familiar a mí también? ¡Carajo! –dijo Julio frustrado y levantándose de la mesa en donde estaban hacía media hora devanándose los sesos.

Rossi, no conocía la zona y el dibujo no le decía nada.

Se ofreció para llevar a Greg al aeropuerto. Quería tener una conversación con él, a solas. Algo le molestaba en su actitud. Todavía no les había contado, donde había pasado las horas siguientes al secuestro, en donde nadie lo había podido conseguir. Quería indagarlo sobre la relación con su secretaria. Había captado varias miradas entre ellos que le llamaron la atención. Roces sutiles, palabras interrumpidas al entrar alguien a la habitación en donde se encontraban solos. Una tensión palpable y difícil de explicar entre un jefe y su empleada. Él tenía experiencia en estas cosas. ¡Vaya si la tenía!

Por otro lado le molestaba la amenaza que había lanzado a los secuestradores frente a las cámaras. “Está demasiado entero, como si estuviera haciendo un negocio, pensó. No parece la vida de su hija la que está en juego”.

Julio volvió a la oficina después que Rossi partió con Greg al aeropuerto. Trabajó en unos informes que le dieron sus oficiales y que no conducían a nada y se fue frustrado a su casa.

Marc se quedó a cenar con el psicólogo y Mary. En un acuerdo tácito, los hombres no tocaron el tema del secuestro.

Sánchez se retiró temprano al dormitorio que había sido de Rosa y ahora ocupaba él. Permaneció desvelado, estudiando una y otra vez el dibujo. A las doce oyó partir el auto de Marc mientras una idea, iba abriéndose paso lentamente, en su mente.

A la una de la mañana, con la boca seca y el corazón latiendo desbocado, tomó el teléfono y llamó a Julio a su casa:

-¿Umm? – contestó dormido.

-¡Creo, que los tenemos! –respiró agitado.

Julio se despertó de golpe. Oyó unos segundos al hombre y le ordenó llamar a Rossi.

-Dile que nos encontraremos allí en cuarenta minutos.

Llegaron al mismo tiempo y las luces de los autos encandilaron al policía que estaba de guardia en la puerta de la casa.

La noche era helada y el viento soplaba fuerte agudizando el frío y cortando los rostros de los hombres al bajar del auto. Entraron sacudiendo sus botas, de la escarcha en el felpudo de la entrada.

-Comandante... Jefe –saludó, Sánchez, alcanzándoles una taza con café bien caliente. Había desplegado sobre la mesa del comedor un mapa de la zona y con un círculo había delimitado un área que, Julio reconoció de una simple mirada.

El dibujo de Rosa ocupaba el centro de la mesa, arriba del mapa:

-Cuando lo miré la primera vez –dijo el psicólogo, señalando el dibujo –el lugar parecía parte de la fantasía de una mente enferma. Me obligué a no pensar en la patología de Rosa y verlo como si fuera un dibujo sacado de la realidad, de una cabaña en algún paraje del sur. Finalmente, esta noche, descubrí qué era lo que daba vueltas en mi cabeza desde que lo vi. El palo de otro color, tirado entre la maleza, es una sierra ó un hacha –les mostró con un dedo el lugar en donde se encontraba–. Los árboles por la mitad o en el piso están talados. El lugar es un aserradero abandonado hace años, yo lo conozco.

Julio, quién con sólo con mirar la zona delimitada por Sánchez en el mapa había hecho el mismo descubrimiento, con la mirada brillante, pensó, que las piezas empezaban a encajar. El también conocía el lugar, quedaba muy cerca de la estancia y más cerca aún, del paso fronterizo de Pino Hachado.

-Sólo hay un aserradero en la zona y es casi invisible para el que no lo conoce –le explicó a Rossi–. ¡Es el refugio perfecto! Aislado, abandonado y olvidado por todos. ¡Que hijos de puta! Estaban delante de nuestras narices. Confirmaré que sean ellos.

Tomó su celular y llamó al oficial que había quedado de guardia en la comisaría:

-Necesito el nombre del dueño del aserradero de Pino Hachado

–esperó en el teléfono.

-Se llama Pierre Flouret –contestó el oficial–. Un viejo borracho que murió ahogado en el río. Lo heredó su hijo Guy Flouret.

-¿Qué sabemos de él? ¿Tiene antecedentes? –esperó unos minutos y oyó con el corazón a todo galope la respuesta que ya conocía:

-Sí, condena de veinticinco años por violación. Se benefició con el dos por uno. Le dicen “el francés”.

Rossi, no perdió el tiempo, tomó su celular y montó el operativo de rescate. Eran las tres y media de la mañana.

Mary oyó las voces excitadas en el comedor y bajó a averiguar que estaba pasando.

-Encontramos el lugar –explicó Julio– llama a Marc y dile que venga a quedarse contigo.

A las cinco de la madrugada estaba todo dispuesto. Julio y el comandante Rossi, se encontraron con sus hombres en la tranquera de entrada a la estancia, sobre la misma ruta que llevaba al aserradero. Eran tres camionetas con cinco hombres cada una.

Un helicóptero esperaba órdenes para despegar y sobrevolar la zona. No querían alertarlos con el ruido.

Mary oyó los autos desde la casa mientras caminaba de un lado al otro del living trémula de ansiedad. Les había suplicado que la dejaran ir, pero, los hombres se negaron sin escuchar sus ruegos.

Llegaron al aserradero en silencio y con las luces y sirenas apagadas. La noche aunque muy fría, era clara y la luna les iluminó todo el camino.

En el lugar reinaba un absoluto silencio. Parecía más abandonado que nunca. Rodearon la cabaña en pocos segundos y ante un gesto de Rossi, dos de sus hombres patearon la puerta y entraron seguidos por los demás.

Las pisadas crujían, retumbando, en los pisos de madera, de la vieja casa. Les llevó unos minutos recorrerla toda y advertir que estaba vacía. Los miserables se habían marchado y llevado a Meg con ellos. El helicóptero, llamado por Rossi, iluminó los árboles buscándolos, la silueta de éstos al pasar el halo de luz sobre ellos se volvió fantasmal. Su radio de acción se hizo cada vez más amplio, pero el comandante estaba seguro que no los encontrarían. Las alimañas habían huido del nido. En la cabaña los hombres de Rossi buscaron huellas que les indicaran que, habían estado allí y hacia donde se dirigían.

En la cocina encontraron una cacerola sobre la hornalla con restos de un líquido espeso y con moho de por lo menos una semana atrás.

El único dormitorio estaba ocupado por un catre con una manta sucia y amontonada a los pies del mismo, Había también un colchón en el suelo. De una de las patas del catre salía una cadena nueva de gruesos eslabones. Enredado en la manta hallaron el saco del pijama de una niña con salpicaduras marrones, probablemente sangre, pensó Rossi estudiándola.

-Señor, ¿vio esto? –preguntó uno de sus oficiales mostrándole una caja envuelta en papel de diario como si fuera un regalo.

– estaba sobre una silla en la sala.

Rossi, dio vuelta la caja entre sus manos. Se fijo que el diario era de la provincia y tenía la fecha de tres semanas atrás.

Sacó la envoltura con mucho cuidado y después de apoyar la caja sobre la única mesa que había, levantó la tapa despacio; con miedo a lo que podía encontrar dentro:

-¡Hijos de mil...! –exclamó

Buscó la birrome que llevaba siempre en el bolsillo de la camisa y con ella levantó una madeja de pelo rubio de su interior.

En el fondo de la caja había una nota escrita sobre papel blanco:

-¡Qué dice? –preguntó mortificado, Julio.

-¡Esto es un adelanto cabrón! Por tu culpa a la mocosa se le enfriará el llanto –leyó Rossi, con las mandíbulas apretadas y le mostró a Julio lo que habían escrito más abajo con una caligrafía que imitaba la letra infantil:

-Papi, ¡pagá pronto! Quiero volver a casa.

Julio debía volver a la estancia a contarle a Mary el fallido intento de rescate y a decirle que Meg seguramente se hallaba con sus captores en Chile desde hacía unos días.

Debía enseñarle el saco del pijama para saber si era de la niña. Conocía la respuesta y se torturaba pensando en su reacción, cuando le mostrara el cabello encontrado junto al mensaje de los secuestradores, pero, atrasar el momento no serviría de nada, tarde o temprano tendría que mostrárselo.

¡Maldito Greg, pensaba furioso, ¿Qué esperaba lograr amenazándolos? Aunque para ser sincero, razonó, seguramente hubiera sido lo mismo.

-Es mejor que me ponga en marcha en seguida – le advirtió a Rossi. Quién asintió, apesadumbrado, sabiendo lo que le esperaba a su compañero.

Lo miró partir y siguió revisando con su equipo la cabaña y sus alrededores. Creía que no sólo le habían cortado el pelo, sino que, se lo habían teñido. Meg era demasiado llamativa para pasar inadvertida.

Su teoría se vio confirmada al hallar entre los pastizales, una caja de tintura usada.

Se comunicó con las gendarmerías Argentina y Chilena para ponerlas sobre aviso y de paso, recabar informes sobre la gente que había pasado por la frontera en la última semana.

Habló con el gobernador Karam, con quién tuvo un duro cruce de palabras cuando éste lo insultó al enterarse del intento fallido de rescate. El caso se complicaba cada vez más. Ahora además, debían dar aviso a INTERPOL.

Mary, oyó el ruido antes de ver las luces del auto. Salió al porche tomada de la mano de Marc y con el corazón palpitando enloquecido.

Vio salir del auto, sólo, a Julio y sintió que la sangre se helaba en sus venas. La cara del hombre no presagiaba nada bueno.

Entró tras él a la casa, arrastrando los pies, demorando aunque sea por unos breves segundos, el informe que éste le daría.

-Mary –dijo con voz firme, mostrando una fuerza que no sentía.

-Se han ido, llegamos demasiado tarde.

-¿Dónde?... ¿Dónde esta Meg? –su cerebro se negaba a registrar lo que Julio le estaba diciendo.

-Creemos que pasaron a Chile –dijo mostrándole la chaqueta del pijama– ¿Es de Meg?

-Sí –contestó atrayéndola hacia su pecho–. Sí, pero, ¿cómo pudieron pasar la frontera? Meg es buscada por todos lados.

-Le han cambiado el aspecto, le cortaron el pelo y casi seguro se lo tiñeron –sacó la nota dejada por los secuestradores y le mostró el mensaje.

-¡Oh Dios!, ¡Oh Dios! –lloró enloquecida, abrazando el saco del pijama– debo buscarla, tengo que encontrarla.

Marc la abrazó en silencio tratando de calmar los violentos espasmos que le sacudían el cuerpo. No podía decirle nada. Nada que la ayudase a pasar éste cruel momento.

La amarga desilusión de no haber encontrado a Meg pesaba en el ánimo de todos. Julio conversó un momento en voz baja con Sánchez y se llevó la chaqueta para que el forense analizara las manchas.

Mary creyó que eran de barro y él no la sacó de su error. “Ya tuvo bastante”, pensó.

Eran las siete de la mañana y recién aclaraba el día, del suelo se levantaba una bruma fría y gris. “Igual a la que hay en mi alma”, pensó Mary. Tenía que hablar con Greg y contarle que se la habían llevado a Chile. Decirle de la nota y la caja con el cabello de Meg que, habían dejado para él los secuestradores.

El pelo que ella cepillaba todas las noches con tanto cariño y del que Meg estaba tan orgullosa.

Trataba de apartar de su mente la escena de los secuestradores cortándole el pelo. ¡Dios mío! Es tan chiquita –rogaba– ¡Por favor protégela!

Marcó como, afiebrada, el número de su casa en Buenos Aires.

-¿Hola? –contestó dormido.

-Greg, ¡se la llevaron! Está en Chile. La policía cree que hace unos días... –Mary oyó con pasmosa claridad la voz de Susan.

-¡Greg! Alcánzame una toalla a la ducha ¿quieres? –pidió con su voz sensual, indiferente al shock que acababa de producir del otro lado de la línea telefónica.

El silencio que siguió a sus palabras, se convirtió de pronto en un muro sólido, difícil de sortear.

Greg alterado, habló rápido:

-¿Mary?... Mary escucha, no es lo que parece, puedo explicarlo. Mary, ¡no cortes! –exigió levantando la voz.

¡No podía creer lo que acababa de oír! Sintió una ira helada descender por su cuerpo. El llanto que había estado conteniendo en su garganta mientras hablaba con Greg se evaporó de pronto.

Puso suavemente el auricular en la horquilla, mientras oía la voz de él, pidiéndole que no corte.

Le dieron ganas de reír, no podía evitarlo, supo por la cara de Marc que parecía una loca y no le importó. Sólo quería reírse.

Marc la sacudió mientras le preguntó que había pasado, pero, ella no estaba en condiciones de hablar.

Finalmente la abrazó sosteniéndola, fuerte, entre sus brazos hasta que, las convulsiones de la risa se transformaron en un llanto suave. La llevó a su cuarto y recostándose junto a ella en la cama, apoyó la cabeza de Mary sobre su pecho hasta que, un rato después, sintió que su respiración agitada se convirtió en un sueño profundo.

Tapó a los dos con la manta y dejó que el sueño perdido esa noche, los invadiera a ambos. Ya habría tiempo más tarde para explicaciones.

Mary, durmió diez horas seguidas. Cuando se levantó a las cinco de la tarde se enteró que había habido otra llamada de los secuestradores.

Sánchez, había logrado que los mal vivientes bajaran la cantidad del rescate a setecientos cincuenta mil dólares.

-Todavía es mucho dinero –advirtió el psicólogo.

-¿Dijeron algo de Meg? –preguntó Marc.

-No, pero preguntaron si habíamos recibido el regalo. Les dije que sí y que queríamos una prueba nueva de vida.

Capítulo XII

Los medios presionaban cada vez más sobre la opinión pública. Se habían enterado del frustrado intento de rescate y del “regalo” dejado a Greg, por los secuestradores. La presión de la gente empezaba a hacerse sentir.

Los diarios recibían miles de cartas de lectores, pidiendo a la empresa que, pagara cuanto antes el rescate.

Los periodistas entrevistaban en la calle a cualquiera que pasaba y especialmente, a las madres que llevaban niños pequeños, para pedirles su opinión. Todos se manifestaban en contra de la ineficiencia del gobierno por no hallar a la pequeña. Pero, más duro le pegaban a la empresa, por no haber pagado todavía el rescate. Las madres mientras hablaban tomaban de las manos a sus niños como, si temieran que, les fuera a pasar lo mismo.

La multinacional adquirió fama de ser un grupo empresarial desalmado a la que, sólo le importaba las cuantiosas ganancias que recibía y la suerte de sus empleados y familias, les tenía sin cuidado.

-¿Cuándo van a poner la plata del rescate de la niña? – escribió uno de los diarios de mayor tirada, debajo de una foto de cuerpo entero de Meg.

-¿Quién pagará para que liberen éste ángel? –puso otro mostrando la cara radiante de Meg, con sus risueños ojos azules bien abiertos y el pelo rubio brillando como una aureola alrededor de la cabeza.

-Así pagan a los fieles empleados, éstas empresas –escribió un diario de izquierda.

Paúl Tedin ofuscado, por la negativa del gerente de darle en exclusiva una entrevista, hacía una feroz campaña en su contra.

La empresa se había visto cercada por piqueteros y asociaciones defensoras de los derechos humanos, en sus oficinas del micro centro porteño, exigiendo el pago del rescate en forma urgente. Llevaban pancartas donde los tildaban de piratas, colonialistas, chupa sangre y varias cosas más.

El gremio había llamado a una huelga con movilización, para el día viernes. La compañía perdía cientos de millones de dólares con cada día de paro que sufría. Mucho más, que si pagaba el rescate. Era una cuestión de principios. Si se dejaba extorsionar, aunque sea una vez, pronto pasaría lo mismo en otras partes del mundo.

Al menos esa era la política oficial, de cara a los medios y a la opinión pública.

A puertas cerradas convocaron a Greg y le hicieron saber que había una fundación dentro de la empresa que, se ocupaba entre otras cosas, del pago de rescate de sus

ejecutivos o familiares, en diferentes puntos del planeta.

La central quedaba en Londres y el dinero entraría al país como parte de un plan de becas e incentivos para el desarrollo y capacitación de sus empleados e hijos.

Por supuesto, le explicaron, debía firmar un contrato de confidencialidad.

Salió de la empresa con el corazón aliviado. ¡Al fin tenía la plata para pagar rescate!

Trató de comunicarse con Mary varias veces, pero, ella no quiso atenderlo. Habló entonces con Sánchez y le avisó que había conseguido el dinero, también, le dio a conocer su indignación sobre el paso de Meg a Chile:

-¿Se sabe algo nuevo? ¿Cómo pasaron la frontera? –preguntó furioso– ¿No estaban alertados todos los pasos fronterizos? Ya hace tres semanas que está secuestrada ¿y qué tenemos como avance en la investigación? ¡Nada, absolutamente nada! Y los pocos datos que logran conducirnos a ella, cuando la policía llega, lo hace tarde. Dígale al comandante Rossi que, en vez de investigar tanto a las víctimas, será mejor que averigüe donde está mi hija – apenas podía contener la furia– dígale que lo hago responsable del fracaso de ayer...

-Le dejaron un mensaje –interrumpió Sánchez el ataque con un dejo de satisfacción en la voz. Le explicó de qué se trataba.

-¡Que hijos de puta! Ustedes son culpables de que pase esto. Avíseles a Julio y a Rossi que son los únicos responsables de la seguridad física de mi hija. Yo estaré ahí el sábado por la mañana. Llegaré en una avioneta de la empresa hasta el aeropuerto militar de Zapala, en donde me esperará un helicóptero para llevarme hasta la estancia. Quiero que organicen todo para pagar cuánto antes el rescate y liberar a mi hija. Y espero que, ésta vez, muestren un poco de eficiencia –le daba órdenes como, si todos ellos fueran sus subordinados.

El sábado, el día amaneció frío y despejado, la luz del sol presagiaba que ese día las temperaturas no serían tan bajas.

El helicóptero que traía a Greg, bajó en el mismo campo, a metros de la casa. El viento de las hélices barría y arremolinaba las hojas y la tierra varios metros a la redonda. El ruido del aparato era infernal. El piloto dejó a Greg en tierra y levantó vuelo enseguida.

Mary, lo oyó desde la cama pero no se movió. No quería verlo en ese momento, ni oír sus estúpidas explicaciones.

¿Qué me va a decir? ¿Qué oigo voces que no existen? ¿Que es habitual que las secretarias se duchen en las casas de sus jefes a las siete de la mañana?, ó, tal vez, qué Susan se había quedado sin agua caliente en su casa y él por caridad le había

ofrecido la de ellos

Una amarga carcajada subió por su garganta. ¡Maldito, maldito Greg! Justo eligió este momento para traicionarla. Con su hija secuestrada hacia tres semanas por tres violentos y desalmados asesinos. Se despreció por sentir lástima de ella misma. ¡Basta! Debo pensar solamente en Meg. Lo otro... no tiene vuelta atrás.

Se levantó de la cama, se duchó y se vistió con un pantalón gris de franela, un sweater polo blanco, y después de pintarse con una base suave de maquillaje, se echó un poco de brillo en los labios y bajó más serena de lo que, había estado en las últimas horas, a tomar un café a la cocina. Con su taza en la mano y otra para Marc que acababa de llegar se dirigió al banco de piedra que estaba debajo del roble centenario del parque. Su lugar preferido desde que era pequeña.

Allí solía sentarse con Doris, tarde enteras, a conversar, mientras la ayudaba a pelar la fruta que, su madre usaría en los dulces que prepararía después. Allí le contó las peleas con sus amigas de la primaria. De aquella maestra que creía que la odiaba porque, le había puesto una mala nota. Su amistad con Marc en la adolescencia y su amor vehemente por Greg, en la universidad.

¡Doris era tan buena confidente!... Peter se burlaba de ellas siempre que las veía “en el confesionario” como, llamaba él al lugar, donde se sentaban a conversar. Decía que parecían dos comadres de barrio cuchicheando, pero, mientras lo decía, su mirada irradiaba todo el amor que les tenía.

Todavía no se había acostumbrado a que no estuvieran. Más de una vez se había encontrado buscando a su madre para preguntarle algo o simplemente para pedirle consuelo. “Ojalá hubiera estado con ellos cuando pasó todo”, pensó.

Ese domingo, la oficina tenía el aspecto de una sala de operaciones en un campo de batalla. Había mapas y papeles con anotaciones, cubriendo la totalidad de la mesa de un metro diez que había en el medio del salón.

Una gran pizarra en la pared, con las fotos de los secuestradores con sus nombres debajo y todos los datos recopilados hasta el momento, era el centro de atención de los tres hombres reunidos allí.

Los celulares no paraban de sonar. Julio presentó a los demás al jefe de carabineros, Martín Hall, recién llegado de Temuco, Chile.

El gobierno chileno ante la advertencia Argentina, del paso de los secuestradores a Chile, le había encomendado sus búsquedas.

Hall, era un policía duro y frío, con una gran experiencia en su haber. Era un hombre alto, de ojos grises y bigotes recortados. Aunque tenía alrededor de cuarenta años, su pelo renegrado estaba veteado de canas haciéndolo parecer mayor.

Con la información que cada uno tenía en su poder y acababan de recibir, fueron

armando como en un rompecabezas la fuga de los secuestradores.

-Sabemos que hace cinco días pasó por el destacamento de gendarmería cercano al paso fronterizo del Arco, un turista francés con su sobrino de seis años. Le contó al gendarme que los paró en la frontera que, lo llevaba de excursión al lago Aluminé en Argentina cuando notó que el niño tenía mucha fiebre. Entonces decidió dar la vuelta y volver a Chile en donde residen sus padres para que, lo llevaran al médico que lo atiende normalmente. Esto fue el martes pasado, a las 8:30 de la noche –informó Julio a los demás

-A lo largo de la frontera, hay muchos pasos de tierra o ripio que carecen de control aduanero –dijo Hall–. A menudo son usados por contrabandistas, cuatros o aborígenes, tanto, argentinos como chilenos para llevar a vender sus artesanías o para trabajar en el país vecino.

Este es el caso del paso del Arco. Sólo tiene un destacamento de gendarmería cerca del hito fronterizo. Creemos que Rosa y Julián pasaron por acá ese día, a la mañana muy temprano, o tal vez la noche anterior. –Hall dejó claro su conocimiento sobre la región.

-¿Y que hay del niño que llevaba el turista francés? –preguntó Rossi.

-Según el gendarme de guardia, el niño no se parecía en nada a Meg y los papeles estaban en orden –contestó Julio.

-Sí es que los pidió –dijo irónico Rossi– ¿Qué nombre dio?

-Pierre Flouret...

-El padre borracho del francés –interrumpió Julio–. Tienen que haber tenido un cómplice chileno esperándolos del otro lado. ¿Se sabe algo de él?

-No. Lo único que sabemos es que tiene auto. Encontramos la camioneta que manejaba el francés abandonada a pocos kilómetros del paso fronterizo. No creemos que hayan ido muy lejos –contestó Hall.

-¿Puede ser otro ex presidiario? –le preguntó Rossi a Julio.

-Pedí información, al director de la cárcel, sobre los chilenos que estuvieron presos al mismo tiempo que Julián. Me dio tres nombres: Manuel Flox, Ramiro Villamil y Elio Ramírez –consultó su agenda Julio.

Hall anotó los nombres en una hoja de un bloc que tenía en la mano y esperó a que Julio siguiera hablando.

-Elio Ramírez falleció en la cárcel, de una hepatitis B, tres meses después que Julián y el francés salieran de prisión.

Ramiro Villamil, volvió a caer preso a los pocos días de salir, por robo a mano armada y continúa en la cárcel.

Nos queda Manuel Flox, quien según nos dijo el director, estaba muy unido a Julián.

Los últimos datos que tenemos de él, nos llevaron hasta una pensión en la calle Lima al 900, en el barrio de constitución, en Buenos Aires. A partir de allí, perdemos el rastro.

Meg no sabía donde estaba. El viaje había sido una pesadilla. Había tratado de dormir, pero, la tos y el dolor de cabeza la despertaban a cada rato. Quiso hacerle una seña que delatara su condición, al gendarme que los paró en la frontera, pedirle auxilio, pero, el hombre casi ni la miró. Estaba pendiente del partido de football que transmitía la radio que llevaba colgada del cinturón de sus pantalones. Le comentó exaltado, al francés, los goles que había hecho su equipo y el pase del jugador estrella al Napoli por una suma de dinero que, le hizo poner los ojos en blanco, mientras lo decía. Revisó apurado los papeles y permisos para pasar la frontera y cuando el francés le explicó que a causa del estado febril de su sobrino había tenido que suspender la excursión que con tanta ilusión planeaba un año antes, al lago Aluminé, recién entonces, el gendarme dirigió una mirada distraída hacia Meg, a quién el francés, había hecho acostar en el asiento trasero y había tapado con una manta que sólo dejaba el pelo oscuro a la vista.

En quince minutos estuvieron del otro lado de la frontera. Hicieron unos kilómetros y pararon al costado de la ruta, detrás de un auto que, los estaba esperando. Adentro estaban Rosa, Julián y otro hombre de nombre Manuel.

Con el calor de los cuerpos pegados a ella y el movimiento del auto se quedó dormida. No supo cuanto tiempo había pasado, cuando despertó por el dolor que le produjo en el brazo los tirones de Rosa para bajarla del auto.

Estaban dentro de un cobertizo cerrado que comunicaba por una gruesa puerta de chapa con la casa de Manuel.

No vio mucho de ella porque, enseguida Rosa la llevó a un dormitorio de paredes blancas y sin ventanas. El único adorno en era una lámina de almanaque vieja, colgada de un clavo, en donde se veía una playa desierta con el mar azul de fondo y unas gaviotas revoloteando sobre él. El almanaque era de diez años atrás.

El dormitorio tenía una cama, una mesa de luz con una lamparita sin pantalla y una silla.

Sin miramientos, Rosa le dijo que se acostara, le apagó la luz y salió cerrando la puerta.

Meg no lloró, había aprendido en este corto tiempo a tragarse el llanto. Sentía muy caliente la cabeza y le dolía el pecho cuando respiraba o tosía. Se acordó de aquella vez que su mamá la llevó a emergencias en el sanatorio porque, no podía respirar bien, como ahora, por la tos. El médico le dijo que tenía un espasmo bronquial y le mandó nebulizaciones con un remedio que no recordaba el nombre. Esa vez se quedó toda la semana en casa y su papá le trajo regalos todos los días.

Se quedó dormida pensando en ellos. De a ratos, cuando el dolor de cabeza se volvía insoportable, llamaba en voz alta a su mamá para que hiciera que se le pasase.

Más tarde, habló con Doris, su abuela, le preguntó, cuanto tardarían su papá y su mamá en ir a buscarla ó si estaban muy ocupados, si no podía ir ella.

¡Eran tan ricas las galletitas que hacía Abu! Veía sus manos finas llenas de harina mientras amasaba. Las mismas manos suaves que, la hacían sentirse tan bien cuando le cepillaban el pelo... Otra vez tenía miedo, no sabía porqué. Ahora siempre tenía miedo. Abu le estaba hablando y le decía que no se preocupara, que ella la cuidaría. Pero no entendía... algo estaba mal con Abu, pero, no se acordaba que era.

Meg, se quejó dormida. ¡Volaba de fiebre!

En el otro cuarto de la casa estaban todos reunidos alrededor de la mesa, comiendo unas pizzas que Manuel calentó en el horno.

-¿No deberías llevarle a la mocosa? –preguntó Julián a Rosa.

-No creo que coma, tiene mucha fiebre. ¡No hace más que, traernos complicaciones, la malcriada esa! –se exasperó Rosa.

-¿Qué tiene?– preguntó Manuel.

-No sé, debe haberse enfriado. Está peor desde hace dos días.

-Dale bastante agua, siempre oí que, en caso de fiebre alta hay que tener cuidado con la deshidratación. ¡Lo único que falta es que se nos muera! –advirtió Manuel, indiferente a la dolencia de Meg– ¿Quieres más pizza? –le ofreció a Julián.

-¡Todos queremos más! –contestó, rabiosa Rosa.

Terminaron de comer y Julián mandó a Manuel a buscar un remedio para Meg, en alguna farmacia de turno.

“A las cuatro de la mañana, sólo estará abierta La continental”, pensó. “Por suerte

Viviana, la empleada, es amiga mía”.

La conocía desde siempre y cada vez que se sentía mal recurría a ella para que le recetara algún remedio ya que, odiaba, ir al hospital. Lo hacía sentirse como en la cárcel.

Tocó el timbre y esperó. Adentro sólo estaban prendidas las luces de los mostradores de vidrio.

Viviana apareció con cara de dormida y con el delantal blanco arrugado como si acabara de levantarse de la cama.

-Hola Viv, necesito un remedio para la tos. Un sobrino mío de seis años acaba de llegar, desde Santiago, con sus padres de visita y tomó frío en el viaje, ahora está con tos y un poco de fiebre.

-¿Hijo de cuál de tus siete hermanos es? –la curiosidad de la mujer era más fuerte que, el sueño que tenía.

-Del mayor, uno de los que no conoces. Se fue a la capital a los quince años a trabajar y se quedó a vivir allí. Lo invité hace un mes y aprovechó las vacaciones para venir con la familia y el hermano de su esposa. Llegaron hace un rato.

-¿Cómo es la tos del pequeño? –preguntó, después de haber registrado la llegada del cuñado, aparentemente soltero o separado ya que, Manuel no había nombrado a ninguna esposa que lo acompañara.

-Es seca, bastante dificultosa.

-Deben llevarlo al médico para que lo revise. Seguro le manda nebulizaciones con suero y algún corticoide. ¿Tienes nebulizador en tu casa?

-No, y tampoco se usarlo.

Buscó uno y le enseñó a usarlo.

-El corticoide te lo debe recetar el médico mientras tanto, usa el suero fisiológico –para la fiebre le dio ibuprofeno–. No dejen de llevarlo al médico, éste es un año muy frío y hay muchas neumonías –advirtió.

-Gracias Viv, en cuanto aclare el día lo haremos ver en el hospital.

-¡Ah! ¿Y cómo se llama nuestro pequeño paciente?

-Robertino –contestó, con una dulce sonrisa– Robertino Fox.

Capítulo XIII

Julio cortó la llamada que en ese momento mantenía con el forense desde la estancia.

-Las manchas en la chaqueta del pijama son de sangre –le advirtió despacio a Sánchez.

-¿Qué manchas?... ¿Cómo? –interrumpió, impresionado Greg que lo oyó.

-Probablemente un golpe en la nariz.

-¡Que hijos de puta! Tienen que hacer algo, rescatarla cuanto antes –caminaba de una punta a la otra de la sala mesándose los cabellos. En alguna de las vueltas se dirigió a la ventana y se quedó con la mirada perdida observando, a Marc y a Mary que, conversaban sentados bajo el viejo roble del parque:

-Mary, ¿sabe lo de las manchas?

-No. Cree que son de barro. No quisimos preocuparla más y la dejamos en su error.

No había podido hablar con ella. Lo había evitado toda la mañana. ¿Por qué se hace la ofendida, qué quiere? Es culpa de ella, se convenció miserablemente, yo también estoy preocupado por Meg o ¿cree que es sólo su hija?, pero, también tengo una vida... necesidades. Hace tres semanas que lo único que hace es vagar por la casa como una sonámbula. Casi no habla y ha descuidado su aspecto personal. Actúa como una víctima, ¡como si no tuviera nada que ver con lo que pasó!. Al fin y al cabo ¿quién tomó a Rosa?... Si hubiera dejado su trabajo y se hubiera dedicado más a Meg y a mí, no hubiera sido necesario tomar una niñera, y, yo, no habría tenido que buscar afuera la pasión y aventura que falta en nuestro matrimonio desde lo de Eddy.

Siempre me echó la culpa de su muerte aunque no lo dijera. Después del accidente nuestro matrimonio nunca más fue igual. En realidad, nada, volvió a ser igual.

Susan es alegre, me entiende y se interesa por mis cosas, además, me excita como hace tiempo no lo hace Mary. Está siempre dispuesta y me hacer sentir joven nuevamente. Es una historia nueva, sin culpas ni reproches.

Observó una vez más a Mary mientras conversaba con Marc. ¿Qué hacía él todo el tiempo allí? Hasta ese momento, no se había dado cuenta lo solícito y cariñoso que era con ella. No le gustaba que se entrometiera tanto en sus vidas. Decididamente debería hablar con ella cuando esto pasara. Siguió observándolos distraído y de pronto un pensamiento fue abriéndose paso lentamente, en su cabeza, hasta salir a la luz.

¡Marc está enamorado de Mary! ¿Cómo no me di cuenta antes? ¡Grandísimo zorro! Ahora entiendo porque está siempre a mano.

¿Le estará ofreciendo consuelo por lo de Susan? Seguramente el cretino, aprovechará la situación para dar el zarpazo.

No se entendía a si mismo. Se encontraba en medio de un mar de sensaciones encontradas. Después del descubrimiento que acababa de hacer, miró a Mary con otros ojos. Me pertenece pensó, es mía. Después de todo, somos una familia. Con algunos problemas. Si, pero, ¿quién no los tiene? ¿Acaso los demás hombres no cometían infidelidades?

El martes a las doce del mediodía sonó el teléfono y se hizo un silencio opresivo en la sala mientras, se puso en marcha, el operativo de rastreo de llamadas. Sánchez levantó el auricular:

-Hola –ladró, la voz del otro lado– ¿Tienen el dinero?

-Antes queremos hablar con la niña

-¡Oírme cretino! Está enferma, sino se apuran va a ser demasiado tarde. ¿Tienen la plata ó no?

-Tranquilízate. Tenemos la plata pero queremos hablar con ella antes de pagar. ¿Qué tiene, de que está enferma? –oyó el tono de la línea indicando que habían cortado.

El teléfono volvió a sonar a las seis de la tarde:

-¡Ponga a la madre! –ordenó la misma voz que habló a la mañana.

-¿Hola? –dijo Mary.

-¡Mami, mami! –se escuchó a Meg llorando– ¿Por qué no me buscan? –tosía y se ahogaba con su propio llanto– ¿Por qué tardan tanto?

-¡Resiste Meg! Ya tenemos el dinero, ¡Pronto estarás con nosotros! –notó que estaba hablando al vacío, habían cortado.

Tenía la cara bañada en lágrimas cuando cortó. En sus oídos aún resonaba el llanto y la desesperación de Meg.

Greg contuvo a duras penas la ira que lo embargó cuando advirtió que se refugiaba en los brazos de Marc, llorando amargamente. Los dos cruzaron, duramente, las miradas por sobre la cabeza de ella. La tensión entre ellos crecía visiblemente.

Cinco minutos después, Hall atendió su celular y le confirmó a Rossi, que la llamada provenía de la ciudad de Temuco; capital de la IX región de Chile:

-Es la tercera ciudad más grande del país y la más importante del sur chileno, con aproximadamente 300.000 habitantes – explicó– Tiene acceso directo al paso de Pino Hachado, pero también se puede llegar en forma bastante directa –siguió con el dedo

el recorrido en el mapa– desde los pasos del Arco y de Icalma. La llamada fue hecha desde un teléfono público de la avenida Alemania... lo interrumpió un nuevo llamado a su celular:

-Acababan de irse cuando llegamos. La gente que estaba en el lugar dio la descripción de Julián y de un niño pequeño, de cabello oscuro que, el hombre llevaba de la mano. Todas las fuerzas están alertas y los están buscando en un amplio operativo que se montó en la zona. En media hora, viene a recogernos un helicóptero – le advirtió a Rossi.

El centro de la investigación se trasladaba a Chile. Julio quedaba al mando en la Argentina.

El cuartel de carabineros en Temuco era un hervidero de actividad. Los teléfonos no paraban de sonar. Los medios se habían enterado que los secuestradores estaban en Chile y estaban agolpados en las puertas del cuartel, esperando noticias.

Los dos hombres se abrieron paso apurados entre ellos, sin contestar ninguna de las preguntas que hacían los periodistas a los gritos

Hall se puso al tanto inmediatamente de la situación. Su segundo a cargo, había mandado oficiales a recorrer las calles de la zona, en donde se vio a Julián, con las fotos de Meg y los secuestradores.

Aún no tenían ningún dato del cómplice chileno. En los registros no figuraba nadie con el nombre de Manuel Flox. Rossi había hablado, con el director de la cárcel argentina, antes de cruzar a Chile y se enteró que, un motín producido hacía dos días había provocado un incendio quemando la sala de archivos de la cárcel. La destrucción había sido total.

Estaban a ciegas en muchas cosas. Lo único que tenían claro era la peligrosidad y astucia de los criminales. Era gente que no se dejaría atrapar fácilmente. Cuando llegara el momento del pago del rescate que, Hall intuía sería en Chile, debían actuar con mucha cautela para poder seguir a los secuestradores hasta donde tenían prisionera a Meg. Rossi se reservaba su opinión en cuanto al lugar del pago.

Hicieron corregir en computadora, el color y el largo del pelo de la foto de Meg y Hall, mandó oficiales a controlar los hospitales y salitas de la zona.

Julio llamó para avisarle que, había hecho oír la grabación con la voz de Meg, a un pediatra muy conocido de Zapala:

-Escuchó la cinta dos veces y diagnosticó espasmo bronquial. Nos dijo que guiado por la tos y el silbido que notaba en su voz, la niña, se oía realmente mal y debía ir cuanto antes al médico si la queríamos hallar con vida. Lamento las malas noticias –expresó, Julio.

Rossi, estudió atentamente el mapa de la zona tratando de situarse en el lugar y de pensar como lo harían ellos. Eran astutos y habían planeado muy bien las cosas, pero, el era un perro viejo y confiaba en su olfato para encontrarlos. No pueden seguir escondidos para siempre, en algún momento alguien los verá o cometerán algún error y ahí estaré yo.

Las personas que habían visto a Julián y al niño, declararon que se fueron caminando, advirtió. Los recordaban porque el chico no paraba de toser y el hombre había tenido que parar, varias veces, para que vomitara en el borde de la acera.

Tal vez hubieran dejado estacionado el auto unas cuadras más allá, pensó.

-¿Cómo está compuesto el gran Temuco –le preguntó, mirando el mapa a Hall.

-Es un conglomerado humano formado por dos comunas: Temuco y Padre de las Casas. La superficie está dividida en urbana y rural. –continuó Hall– en la zona urbana vive aproximadamente el 57,3% de la población y en la zona rural el 42,7%

-¿A que se dedican? preguntó Rossi.

-La actividad principal es el comercio al por mayor y menor. Le sigue en importancia: la agricultura, ganadería, caza y selvicultura y por último la industria manufacturada. Aproximadamente el 20% de la comuna está en situación de pobreza.

Sintió el escozor en la piel que, aparecía siempre que tenía un pálpito. “La zona rural es la que ofrece mayores posibilidades para esconder un secuestro”, decidió.

Hall, organizó para el día siguiente un patrullaje de la zona con gente vestida de civil y Rossi se sumó a uno de los equipos, quería ver el lugar personalmente.

El miércoles, el día amaneció muy nublado y frío. El cielo cargado con gordas nubes negras, parecía a punto de desplomarse.

El servicio meteorológico había anunciado lluvia por la mañana y fuertes heladas para la tarde.

Casi no había gente en las calles a las seis de la mañana. El lugar se veía desolado. Las persianas de las casas, recién comenzaban a levantarse y unos perros flacos y sucios revolvían la basura dejada en el borde de las veredas, buscando algo con que llenarse el estómago. Levantaron la cabeza con indiferencia al ver pasar el auto que los llevaba. Nada parecía alterar la quietud del lugar... a no ser por las miradas curiosas que se vislumbraban a través de las rendijas de las persianas.

Iba sentado adelante, junto al detective que manejaba. El asiento de atrás lo ocupaba, otro policía, también vestido de civil.

A las ocho, después de recorrer varias veces la zona pararon en un bar que, recién abría, a tomar un café caliente.

El mozo que los atendió los reconoció al instante:

-¿Se sabe algo nuevo, sobre la niña argentina? – preguntó, mirando directamente al comandante.

Por suerte vinimos de civil, pensó irónicamente. Sacó las fotos de los secuestradores y la de Meg y las puso sobre la mesa.

-¿Ha visto alguna de éstas personas? ¿Sabe de alguien nuevo en la zona?

-No –dijo, el hombre tomándose todo el tiempo del mundo para estudiar las fotos.

-¿Cree que estén por acá? –imaginaba la conmoción de sus clientes cuando les contara del paso de los investigadores por su bar. La noticia de la búsqueda de los secuestradores en la zona le asegurarían unos pesos extras.

-Es una posibilidad.

-¿Quién puede ser? –preguntó Rosa al oír el timbre de la puerta.

-No sé, tal vez un vecino. Quédate en el cuarto con la niña y avisa a los demás que no aparezcan, iré a ver.

-¡Viv! ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por acá? –en el vano de la puerta estaba la empleada de la farmacia luciendo su mejor sonrisa.

-Hola Manuel, vine a ver cómo estaba tu sobrino. ¿Qué dijo el médico?

-Lo llevó mi hermano junto a su esposa y al tío del niño y todavía no volvieron –notó cómo se había acicalado y comprendió... había ido a conocer al tío del niño–. De paso, comprarían algunos víveres –Manuel bloqueaba con el cuerpo la entrada a la casa.

-¿No me invitas a pasar? –preguntó sorprendida por su actitud– me vendría bien un café caliente, estoy helada.

-Nos quedamos sin café ayer a la noche. Pero si quieres venir a las siete de la tarde te presentaré a mi familia –dijo, rogando que estuviera de guardia en la farmacia y no pudiera ir.

-Ok, trataré de darme una vuelta a esa hora –“éste esconde algo”, pensó. “Esta tarde averiguaré qué es”. No soportaba no saber en qué andaban sus vecinos. Su vida se llenaba con la de ellos.

-¡Estúpido cabrón! ¿Cómo se te ocurre invitarla? ¿Y si nos reconoce? –le gritó Rosa enfurecida.

-La matamos –contestó fríamente Julián, que había alcanzado a oír la pregunta–. No perdamos tiempo, hay que repasar los planes para cobrar el rescate.

-Tiene que ser rápido, la mocosa empeora a cada momento. Hace un rato estaba delirando por la fiebre y le volví a dar el remedio, pero, cada vez es más corto el tiempo entre una toma y la otra – advirtió Rosa.

-Debes mantenerla con vida hasta que paguen –advirtió Julián.

-¿Y después? –preguntó Manuel

Julián se quedó en silencio.

Manuel, quería deshacerse cuanto antes de la pequeña. Sabía por la radio que la estaban buscando en la zona y no pensaba dejarse atrapar. Además Julián le había prometido la noche anterior, en un momento en que habían quedado solos, que una vez cobrado el rescate, abandonarían a Rosa y al francés y se irían juntos.

Hay que terminar con ellos de la misma forma que vamos a hacer con la niña, pensó. Tendremos más dinero para repartir entre nosotros.

Viv llegó puntual. Estaba vestida con una minifalda de *jean* azul que destacaba sus gordos muslos, enfundados en medias largas y transparentes. Arriba llevaba un *top* escotado de flores azules que hacía juego con el color de la pollera. Estaba calzada con botitas cortas blancas de taco aguja. No dejaba nada librado a la imaginación, todo estaba allí, a la vista y en forma abundante.

El pelo largo color naranja, lo llevaba suelto. Se había pintado la cara en forma llamativa, con la boca colorada y sombra marrón oscura en los ojos color miel, tal vez, su mayor virtud. Las pestañas negras, duras y muy arqueadas, daban a su rostro una expresión de sorpresa continua.

-Hola Viv – saludó Manuel, mientras tomaba su abrigo y lo colgaba en el perchero de la entrada.

-Te presento a Rosana, mi cuñada. Está embarazada de cinco meses – sonrió de forma pícaro – Dice que le gustó tanto el proceso que, piensa tener varios más. – una Rosa, muy cambiada, extendió su mano para saludarla. – Juliano, mi semental hermano mayor. Y Guillermo, su cuñado. Ven, siéntate aquí – señaló un sillón.

-¿Quieres una cerveza? – ofreció Rosa.

-Sí, gracias – sonrió, consciente del movimiento que, hizo la pollera al trepar por sus muslos cuando se sentó – Te felicito. ¿Ya sabes qué es?

-No, le pedimos al médico que no nos dijera el sexo. ¡Tenemos tanta ilusión, por que sea mujer! – acarició su falso embarazo mirando con amor a Julián.

-¿Y el enfermito... está mejor? ¿Lo puedo ver?

-Acaba de bajarle la fiebre y por fin duerme tranquilo – se disculpó apenada. “Parece una prostituta” ¿Qué relación puede haber entre ésta mujer y el marica de Manuel?

Viv se sentía cómoda. Había notado que Guillermo, el cuñado de Manuel, no le sacaba los ojos de encima –sonrió satisfecha con el efecto que le había causado.

-Manuel, ese dibujo tan lindo ¿es nuevo, no? –advirtió, mirando la pared en donde Rosa había colgado el dibujo que había copiado en el neuropsiquiátrico.

-Lo hice yo. ¿Te gusta? –preguntó, con una risita rara–. Te lo regalo.

-No, no podría...

-¡Quiero que lo tengas! Me dijo Manuel que eres muy buena amiga y...

Una tos fuerte, acompañada por un gemido, la hizo dejar la frase en suspenso.

-Es Robertino –se compuso rápidamente Rosa–. Iré a verlo.

-Te acompaño –ofreció Julián.

Meg ardía de fiebre. Le costaba respirar. Su pecho subía y bajaba acelerado y de sus labios salía un silbido agudo cada vez que inspiraba. Se miraron preocupados.

-No va a durar mucho –dijo ella–. Debemos hacer algo ya mismo.

Julián volvió al living con cara preocupada y les contó que Robertino estaba mucho peor.

-¿Puedo ayudar en algo? –preguntó Viv.

-No sé... tal vez –dijo con la mirada baja y retorciéndose las manos–. Se nos rompió el frasco del remedio que nos recetó el médico para poner en el nebulizador, un corticoide, no recuerdo el nombre.

-¡Sé cual es! –contestó ansiosa por ayudar–. Me dan lo mismo para el asma, y tengo un frasco casi lleno en casa. Si alguno me acompaña se los doy.

-Gracias Viv –la miró conmovido– nos harías un gran favor. No quisiera sacarlo con este frío para llevarlo al hospital. No olvides llevarte el dibujo que te regaló Rosana, le gustará saber que lo hiciste.

-Lo pondré en un lugar muy especial. ¡Es una obra de arte! – miró con los ojos entrecerrados al francés– ¿tú me llevarás?

-Me gustaría mucho –le guiñó un ojo cómplice– pero tendrá que ser Manuel, es el único que conoce las calles.

Julián, esperaba la vuelta de Manuel mientras analizaba las opciones que tenían. Si la niña se les moría antes, advirtió, no habría botín y además, sería imposible escapar de la policía. Su mente, artera trazó un arriesgado plan. Necesitaban ganar unos días para que la mocosa se recuperara y pudiera pasar nuevamente con Rosa por la frontera. Hablaría con su hermana.

Hubiera preferido mandar a Manuel con ellas, pero, no confiaba en la conducta de Rosa cuando estuviera sola con él. Esa loca es capaz de matarlo por celos y arruinar todo el plan. ¡Lo odia! Además, Manuel sería más útil allí. Era al único que las autoridades no conocían y él lo manejaba como quería.

“Los hombres que, no pueden manejar sus vicios, se vuelven muy vulnerables”, sonrió con desprecio. ¿Y el francés?... A ese lo único que le interesa es el dinero. No dudará en traicionarme si lo cree más conveniente para sus intereses.

Es una lástima tener que matarlos cuando esto termine, pero, Rosa tiene razón. “La familia está primero.” Largó una carcajada. Además convertiría mi vida en un infierno si los llevásemos con nosotros.

El único problema es que no quiere desprenderse de la mocosa, cree que así seríamos una familia normal; padre, madre e hija. ¡Qué loca de mierda! Se rió.

Capítulo XIV

El periodista, salió disparado en dirección a la oficina del director del periódico, para mostrarle el mensaje que acababa de recibir. Subió corriendo los dos pisos por escalera sin esperar al ascensor y entró como una tromba en la oficina:

-Acabo de recibir un sobre, de los secuestradores de la niña argentina, con un mensaje para los padres –dijo, acalorado todavía por la corrida y la emoción que le producía el suceso.

-¿Cómo sabes que es de ellos? –preguntó el director mirándolo por encima de las lentes, y en el tono despectivo que usaba con los novatos.

Era un hombre ácido, de naturaleza desconfiada, manejaba su diario en forma tiránica y despiadada. Sus empleados le temían y se cuidaban, muy bien de confirmar exhaustivamente, antes, cualquier noticia que le llevasen. Pagaba los sueldos más altos del sector y gracias a eso su narcisismo, encontraba siempre, nuevas víctimas a quienes flagelar.

Solía burlar y humillar a los periodistas nuevos delante de los demás. Creía que era un ejercicio valioso en su formación.

-¡Ah, la humildad! –decía a sus íntimos– es una virtud imprescindible en todo buen periodista.

Los que hacía más tiempo estaban con él, miraban para otro lado cuando veían a los novatos pasar por su famoso “cursillo de iniciación”.

-Lo recibí hace diez minutos –contestó el joven sin dejarse amedrentar y poniendo sobre el escritorio un sobre marrón tamaño oficio. Lo abrió y sacó de adentro un mechón finito de cabello rubio, atado con una gomita colorada como las que, usan las niñas para atarse el pelo y una hoja de papel blanco, en donde, estaba escrito con letra de imprenta mayúscula:

AVISEN AL PADRE Y LA MADRE QUE VENGAN A CHILE CON EL DINERO.

-¿No venía nada más?

-No.

El director levantó el teléfono y se comunicó personalmente con el jefe de los carabineros.

-Vamos para allá –dijo, Hall después de oírlo.

Poco después, entraba al despacho del director del periódico acompañado por Rossi. En la oficina también se encontraba el periodista que había recibido el sobre.

Hall les presentó al comandante Rossi y tomaron asiento en la salita contigua al despacho.

-¿Quién recibió el sobre antes que llegue a sus manos? – preguntó, al periodista.

-Una de las recepcionistas que hay a la entrada en planta baja. No sabe quién lo dejó.

Todos los viernes el periódico era un hervidero. Por ser el último día de la semana, había mucho movimiento de gente entrando y saliendo de él. Periodistas apurados por entregar la última nota del día. Pago a proveedores. Reuniones de trabajo para dejar diagramado el periódico del fin de semana.

Mientras algo no llamara especialmente la atención, nadie averiguaba demasiado. Los controles aflojaban su rigor en vísperas del fin de semana.

-Nos gustaría que lo mantenga en reserva por ahora –advirtió Hall al director con voz firme, pero, amable al mismo tiempo. Los tiempos de la dictadura del general Pinochet habían pasado y ya no podían prohibir a la prensa, la publicación, de una noticia como ésta. -Además debemos confirmar que sean ellos.

-¿Cuánto tardarán?

-No se, depende del patólogo. Un par de horas tal vez –dijo, guardando el sobre con las muestras.

-Le doy veinticuatro horas. Saldrá publicado en el periódico del domingo –advirtió–. ¡Ah! Y comandante, espero me devuelva el favor, dándome en exclusiva el resultado que le de el patólogo – dijo, cuando él y Rossi se pusieron de pie para marcharse.

Rossi, no había abierto la boca, iba concentrado en sus pensamientos mientras se dirigían, con el sobre, en la camioneta de Hall, a la oficina del médico forense.

Algo no cierra, le advirtió a Hall, ¡es una trampa! ¿Por qué, sino, harán venir a los padres a Chile a pagar el rescate, cuando acá estarán mucho más expuestos?

El jefe chileno no estuvo de acuerdo– ¿Quién sabe lo que hay dentro de una mente criminal? Esas incongruencias son las que, nos han permitido detener a tantos criminales como ellos. No te preocupes, los crees más inteligentes de lo que son. Al fin y al cabo ¿qué tenemos acá? Un par de delincuentes que si hubieran sido tan astutos como, quieren hacernos creer no hubieran terminado presos ó como la hermana, encerrada de por vida en un manicomio...

-Del que escapó –lo interrumpió.

-Sí, sí, pero todos sabemos que la seguridad de los manicomios argentinos, sin ánimo de ofenderte, no es muy buena.

Rossi, se habían comunicado con el doctor Lerner para que mandara los resultados de las muestras de cabello que, tenía en su poder y así cotejarlos con las muestras que acababan de recibir. La nota mandada por los secuestradores también sería analizada en Chile, aunque Rossi, estaba seguro que no encontrarían huellas digitales. A pesar de lo que, creía Hall, los secuestradores se habían manejado con mucha inteligencia.

Llamó en un aparte a Julio, desde su celular:

-Haz reforzar la frontera –advirtió– especialmente los pasos en

donde no está gendarmería. Con grupos pequeños, tres o cuatro hombres vestidos como paisanos. Que investiguen a todo hombre ó mujer que la cruce, especialmente, si va con un niño.

-¿Crees que intentarán sacar a la niña de Chile?

-Es posible y quiero estar preparado. Avisa a los padres que si se confirma que, el mensaje mandado a un periódico local es auténtico, el rescate se pagará en Chile. Te avisaré en cuanto tenga el resultado. Mantente alerta.

Rosa le preparó el desayuno y le advirtió que comiera todo porque iban a pasar varias horas, antes, que lo volviera a hacer.

Después que Manuel trajo el remedio que le diera su amiga Viv, Rosa, le había hecho nebulizaciones cada cuatro horas, durante una semana, con la dosis prescrita para su edad en el prospecto.

Por primera vez en días, no tenía tos, y se sentía mucho más fuerte. Aunque todavía era de madrugada, ese sábado, no hacía tanto frío como había hecho en los días anteriores. Después de haber vigilado que tomara todo el desayuno, Rosa le alcanzó una camisa celeste, una corbata azul tejida y un pantalón gris con un cinturón marrón para que se vistiera. Para arriba y como abrigo le dio un saco azul con botones dorados. Después de mirarlo por todos lados y largar una agria carcajada, la mujer guardó en el bolsillo del saco, un moño blanco igual al que usan los niños católicos en el brazo derecho cuando hacen la primera comunión.

Manuel había sido un niño de baja estatura, a los seis años de edad y aunque a Meg todavía le faltaban unos pocos meses para tenerlos, la ropa le quedaba perfecta. Bien podía pasar por un niño de esa edad, siempre que no hablara demasiado, y Rosa se ocuparía de eso.

La mujer quedó azorada cuando revisando los roperos de la casa encontró una caja con ropa escolar y juguetes de niño de esa edad. El estado en que se encontraban era deplorable pero, ella se ocupó de limpiar y cocer la ropa hasta dejarla en condiciones de uso. Igual hizo con los zapatos brillantes que le alcanzó para que se pusiera, a los que les colocó algodón en las puntas para que no se le salieran ya que le quedaban grandes.

Cuando estuvo lista, Meg se miró en el espejo y no supo quién era ese chico de cabello oscuro que la miraba pálido y serio desde ahí. Sólo el color de sus ojos delataron a la niña que alguna vez había sido. Pero también para esto, Rosa tenía una solución.

Había mandado a Manuel, el día anterior, a comprar lentes de contacto oscuros a una dirección que Viv le facilitó cuando se enteró que Rosa había perdido los suyos.

Eran un poco grandes para la niña pero eran del tamaño más pequeño y con menor aumento que consiguió Manuel.

Después de varios tirones de pelo que le llevaron la cabeza hacia arriba y hacia atrás, y un fuerte cachetazo para que mantuviera los ojos abiertos mientras los dedos toscos de la mujer los calzaban, la niñera completó su obra.

Estalló en carcajadas al contemplarla. El efecto secundario de las lentes le pareció maravilloso. El niño parecía un poco retardado cuando bizqueaba con los ojos llorosos para poder ver a través de ellas.

Meg había desaparecido. En su lugar un niño flaco y ansioso de grandes y brillantes ojos negros que, por momentos parecía miope, la miraba desde el espejo con profunda tristeza.

Sentía que era otra persona que, su mamá y su papá no la reconocerían y que Rosa tenía razón. La habían abandonado porque ya no la querían y no los volvería a ver nunca más. No sabía porqué la había disfrazado, y no se animó a preguntarle por miedo a que le siguiera pegando.

Cuando estuvo lista y después de haber pasado una exhaustiva revisión por parte de la mujer, se reunieron con los otros en la sala, en donde, Manuel le entregó a Rosa documentos falsos y el permiso firmado por el padre “ante escribano público,” para que el “niño” saliera del país.

-No los pierdas –le advirtió–. Me costaron muchísimo dinero. Nadie quería quedar pegado con el secuestro. La policía está recorriendo los barrios y presionando a la gente para que hable. Hubo varios allanamientos en diferentes casas de la zona.

Junto a los documentos, le dio dos boletos de ómnibus para viajar a Neuquén. Al llegar a la estación argentina, debían abordar otro ómnibus de larga distancia que las llevaría sin escalas hasta la Capital Federal, en Buenos Aires.

El las acompañaría hasta la estación de ómnibus de Temuco, en Chile. A partir de ahí, Rosa quedaba librada a su suerte. Habían controlado muy bien los horarios y a su llegada a Neuquén la mujer debía buscar los pasajes que, Manuel había reservado por teléfono, a nombre de Rosana Fox y su hijo Robertino de seis años de edad. Tendrían tiempo de sobra para pagar los pasajes y subir al transporte, ya que éste partía media hora después, de la llegada a la terminal del ómnibus chileno.

Julián le entregó veinte mil pesos que todavía les quedaban del robo al cajero en Buenos Aires y le dio las direcciones de dos pensiones en Capital Federal, en dónde, no hacían preguntas si uno pagaba por adelantado.

-Apenas estés instalada, llama al teléfono de Manuel desde un locutorio –advirtió.

Rosa asintió mientras dividía la plata en varios montones y la colocaba dentro de un cinturón creado, especialmente, para llevar dinero en los viajes bajo la ropa. Su falso embarazo lo disimulaba muy bien. En su bolso de mano guardó mil quinientos pesos para cubrir los primeros gastos.

Una hora después, Manuel las dejó arriba del ómnibus y volvió a su casa. Era temprano y todavía había poco movimiento en las calles. No se encontró con nadie que lo conociera.

-Julio, los resultados de la investigación confirman que, el sobre que nos dio el periódico es de los secuestradores –advirtió Rossi–. No tenemos alternativa, hay que traer a los padres a Chile, para pagar el rescate. Acabo de hablar con el gobernador y después de presionarlo ha facilitado el avión provincial. ¡El hijo de puta, quería acompañarlos hasta el avión con todos los medios fotografiándolo, como parte de la campaña! Dos de mis hombres estarán adentro del aparato esperándolos. Es importante que todo el operativo sea lo más silencioso posible. Si es necesario, sácalos a escondida de la estancia. La prensa debe quedar fuera de esto.

Estaban hablando con la casera cuando Julio entró al living y les dijo que debían preparar sus cosas para partir esa misma noche.

-¿Por qué de noche? –preguntó Mary.

-No queremos que la prensa alerte a los secuestradores. Rossi los estará esperando junto a sus hombres en el aeropuerto chileno, para trasladarlos hasta un hotel en Temuco. Ahí esperarán las instrucciones de los secuestradores para el pago del rescate.

-¿Cómo se pondrán en contacto con tanta policía alrededor nuestro? –preguntó Greg.

-¿Y a Meg, cuándo la entregarán, cómo? –interrumpió Mary con ansiedad y sin esperar la respuesta.

-Iremos paso a paso –los tranquilizó– una vez instalados, Rossi les dirá lo que deben hacer.

-¿Cuánto tiempo crees que estaremos? –Greg se aferraba a las preguntas prácticas para no caer en el desborde emocional que le producía la situación.

-Es difícil saberlo, todo depende de como se desarrollen las cosas. Lleven ropa para un par de días.

-¿Vendrás con nosotros? –preguntó Mary, casi suplicante.

-No, debo ocuparme de otros aspectos del asunto acá.

Llegaron a Chile a las diez y treinta de la noche. Al aterrizar el avión que los trasladaba, vieron acercarse hasta el borde de la escalerilla, un Mercedes Benz azul manejado por un oficial chileno. Del asiento de atrás bajó Rossi.

Pocos metros más allá, y con las luces apagadas, cuatro hombres armados y vestidos de negro, aguardaban sigilosamente en una camioneta Montero oscura.

Mary y Greg subieron al auto apurados por sus custodios y mientras los hombres metían la valija con el dinero en el baúl. Partieron raudamente hacia el hotel seguidos por la camioneta.

Mary iba recostada en el respaldo del asiento, no había emitido más palabras desde que salió el avión en Zapala que, el saludo que cruzó con Rossi al llegar. Estaba agotada por la ansiedad. Oía a Greg hablar con el comandante mientras iban a toda velocidad hasta el hotel. Hacía diez minutos nada más que habían partido del aeroparque chileno.

El cielo renegrido y cubierto por miles de estrellas, era uno de los más bellos que había visto en su vida. A lo lejos divisó una estrella fugaz que, no supo porque le hizo sentir mucho más su soledad. Cerró los ojos, y le pareció oír la voz de su padre como cuando era niña que, la instaba a pedir un deseo. “Dios, por favor, haz que me la devuelvan sana y salva” rogó, con los ojos cerrados.

Terminaba de suplicar por su niña cuando sintió un chillido de gomas y una brusca frenada que, le hizo perder el equilibrio y abrir los ojos sobresaltada.

Adelante en la ruta, a pocos metros de ellos, apareció intempestivamente un Corsa gris con los faros apagados bloqueando la carretera. No hubo tiempo para nada. De él bajaron tres hombres enmascarados apuntándolos con armas de grueso calibre. Tenían las cabezas y caras cubiertas por pañuelos a cuadros blancos y negros que sólo dejaban a la vista los ojos.

Rossi avisó rápidamente por radio a la escolta que venía pegados a ellos que no hicieran ningún movimiento.

-Bajen del auto –dijo el que parecía ser el jefe del grupo–. Si quiere ver a la mocosa de nuevo comandante, llame a sus hombres y dígales que entreguen las armas.

Estos ya habían sido encañonados por los cómplices del delincuente.

-¡Rápido! Abra el baúl y déme el dinero –ordenó a Rossi, sin levantar la voz.

Rossi sacó la valija del auto y después que el delincuente la abrió para comprobar que estuviera el dinero adentro, siguió las órdenes del enmascarado y la metió en el Corsa. Su cara lívida demostraba la ira e impotencia que sentía.

-¿Y mí hija? –preguntó Greg.

-Ya tendrás noticias de ella, cabrón –dijo pegándole un fuerte culatazo con el arma en la cara–. ¿O preferís volvernos a amenazar? –se rió, compartiendo el chiste con sus secuaces.

Rossi notó que varios de los custodios hacían un movimiento instintivo hacia el secuestrador, pero, lograron vencerse a último momento. Eran concientes que un solo movimiento en falso y no volverían a ver más a la niña.

Miraron impotentes como juntaban todas las armas y los celulares y después de inutilizar los radios de los autos, los hicieron subir a la camioneta en que venía la escolta. Cerraron las puertas con llave y cortaron con navaja las gomas. Lo mismo hicieron con el Mercedes Benz. Luego se subieron al Corsa gris y desaparecieron amparados en la oscuridad de la noche. Todo el operativo había durado diez minutos.

-¿Cómo se enteraron de nuestra llegada? Creía que era secreta. Greg, hablaba con dificultad ya que el corte de la mejilla sangraba profusamente y estaba empezando a hincharse.

-No para ellos –advirtió Rossi– recuerda que exigieron el pago del rescate en Chile. Sólo tenían que vigilar la llegada de ustedes al aeropuerto.

Mary trató de restañar la herida de Greg con un pañuelo que llevaba en el bolso, pero éste le apartó la mano, enfurecido por la respuesta del comandante.

Eran demasiados dentro de la camioneta y estaban realmente apretados. Rossi se sacó el saco por medio de una contorsión y cubriendo con él el parabrisas, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al oficial que estaba sentado en mejor posición que él, para que rompiera el vidrio de una patada.

El hombre lo logró recién al tercer intento. Después, con los puños y siempre usando el saco, hizo un boquete de un tamaño suficientemente grande cómo, para poder salir del encierro.

Una vez en la ruta pararon al primer automovilista que pasó y usando su celular, Rossi se comunicó con el jefe Hall.

Meg, apenas veía el paisaje por la ventanilla del ómnibus. La ruta larguísima y la visión nublada por el aumento de las lentes le hacía llorar los ojos y le daba sueño. Rosa había armado una almohada con el saco y una bolsa que llevaba, para que se acostara.

Acababa de pasar el ayudante del chofer repartiendo las bandejas con el almuerzo. Cada una traía un sándwich de milanesa con lechuga, tres galletitas envueltas en papel transparente y un alfajor de chocolate. Además, les había entregado una botella con agua mineral y una pajita.

Se comió todo, hacía horas que estaban viajando y tenía hambre. A su lado, Rosa estaba de muy buen humor. ¡Hasta hablaba con la vecina de asiento, del otro lado del pasillo!

No había sido así, cuando pasaron más temprano por las fronteras Chilena y Argentina. En esa oportunidad, la obligó a hacerse la dormida y le repitió en voz baja sibilante que,

no olvidara si le preguntaba algún gendarme ó carabinero que, se llamaba Robertino Fox. Debía decir que iba con su mamá de visita a lo de su tía en Neuquén, después de haber tomado, el día anterior, la primera comunión.

No los detuvieron mucho tiempo. En el ómnibus viajaban varios chicos más, aparte de Meg. Dos bebés en brazos de sus madres se pusieron a llorar en cuanto el ómnibus se detuvo.

Rosa le entregó al gendarme chileno los papeles que acreditaban sus identidades con una risita extraña, pero cuando éste fijó los ojos en ella, uno de los niños mayores se trezó en una pelea con otro y cayó sobre la falda de una anciana que se puso a gritar a viva voz, insultando al niño y a la madre por no poder controlarlo. Esto bastó para que el gendarme apurase el trámite y diera el visto bueno al chofer para continuar el viaje.

En la frontera argentina, fue aún más rápido, tal vez confiados en la revisión chilena.

Al llegar a Neuquén buscaron sin demora los pasajes reservados telefónicamente por Manuel, y media hora después estaban camino a la Capital Federal, en Buenos Aires.

Rosa suspiró profundamente y se rió con esa risa extraña que Meg tanto se había acostumbrado a oír. ¡Estaba eufórica! El humor le había cambiado. La miró con cariño y le habló con voz dulce, de un lugar al que iban a ir, cuando se encontraran nuevamente con Julián. “Tu papá” le dijo. Te va a gustar. Tendremos una casita frente al mar con un jardín con flores para que juegues. Seremos una familia.

Sacó de su cartera, un bloc de hojas blancas y lápices de colores, con los que hizo un dibujo tan perfecto y vívido del lugar que describía que, a Meg le pareció sentir el sol y la brisa del mar en el rostro.

-Es una lástima –dijo, la mujer pensativa– que Annie no haya podido disfrutar de esto.

-¿Quién es Annie? – preguntó Meg.

-Una mocosa desagradecida y malcriada, a quién cuidé como a una hija.

-¿Dónde está? –quiso saber Meg.

-Donde deben estar las niñas malas –contestó con una risita perversa y enloquecida que impidió que Meg siguiera preguntando.

La vecina de asiento observó, desde su lugar, el dibujo que Rosa había hecho.

-¡Qué bello dibujo! –ponderó amable.

-Sí, ¿no?... Es la casa que mi marido y yo vamos a comprar – contestó orgullosa.

-¿No vino con ustedes?

-No, debía terminar primero un trabajo.

-¿Puedo darle caramelos al niño? –preguntó, sacando algunos caramelos del bolsillo de su cartera y mostrándoselos.

-Si –sonrió bondadosa, se sentía exultante. Habían pasado la frontera y engañado a todo el mundo con sus disfraces. Tuvo que contener varias veces la risa, al notar la cortesía con que la trataban por su embarazo.

-¿Cómo te llamas niño? –le preguntó la vecina, alcanzándole un caramelo.

-...Robertino –contestó en voz baja.

-Es tímido –explicó Rosa, echándole una mirada de advertencia a Meg.

-Bueno ya se le pasará –la vecina había notado la mirada intimidante de Rosa al niño y quiso seguir conversando, pero, la mujer abrió ostensiblemente una revista y cortó de cuajo la charla. El viaje siguió en silencio y después de cabecear unos minutos, Rosa, cayó rendida por el movimiento del ómnibus y se durmió. Una mano de ella envolvía el brazo de Meg como si temiera que fuera a escapar. Cuando el ómnibus se bamboleaba o saltaba por algún desperfecto de la ruta, apretaba fuerte su mano, rodeándole el brazo con sus dedos huesudos y largos.

Meg, miró por la ventana pensando en su mamá mientras sin advertirlo las lágrimas corrían silenciosas por su rostro.

Quería escapar de Rosa pero no sabía como hacerlo. No la dejaba ni un minuto sola. Además, ¿dónde iría? No conocía las calles ni sabía como hacer para encontrar su casa en Buenos Aires. Sabía que iban ahí, porque la oyó, cuando sacó los pasajes en Neuquén. ¡No quería vivir con Rosa y con Julián! Tenía que hacer algo, ¿pero qué?

Alguien le tocó el hombro mientras cavilaba atormentada. Era la vecina que, con un dedo en la boca señaló a Rosa para que no hiciera ruido y le dio otro caramelo. Con una mano le secó las lágrimas y le palmeó la cabeza acariciándole el pelo para animarla.

Meg le agradeció con una sonrisa tan triste y angustiada que a la mujer se le partió el corazón. La niña miró con miedo a Rosa para ver si había presenciado el intercambio, pero, gracias a Dios, seguía durmiendo.

¿Y si le cuento todo a ésta señora? Parece buena... ¡No! Rosa me mataría. Tengo miedo, pensó. ¡Quiero ir con mi mamá! Ella me prometió que estaríamos juntas pronto. ¿Por qué tardan tanto en buscarme? Ahora me llevan a Buenos Aires y no me van a encontrar más. ¿Se habrán cansado de mis caprichos y de mi maldad, como dice

Rosa? Tal vez sea cierto y ya no me quieran más.

Capítulo XV

-Mary, debemos hablar –dijo Greg, mientras se acomodaba en el silloncito de la sala contigua al dormitorio, de la suite del hotel.

Habían llegado hacía una hora y se habían instalado en una suite reservada especialmente para ellos, por Rossi, en el último piso.

-No hay nada de que hablar –contestó en voz baja, mirando hacia el balcón decorado con geranios colorados y helechos– elegiste el peor momento para que pase esto Greg. Asesinaron a mis padres, secuestraron a mi única hija y cuando llamo a mi marido, lo encuentro con otra mujer en mi propia casa. Nada que digas puede cambiar eso – dijo con calma.

-Te olvidas que no eres la única víctima en ésta historia –dijo con ira–. ¿Acaso crees, que yo no siento miedo y angustia por Meg? ¿Crees que no he sentido durante todos éstos años tu mudo reproche por lo que le pasó a Eddy? o ¿Tu ausencia física y espiritual culpándome por su muerte?... No Mary, no es tan simple. Tú también tienes responsabilidad sobre lo que pasó. ¡Tú también tienes la culpa! –se había puesto de pie y caminaba de un lado al otro de la sala destilando en sus palabras todo el veneno que sentía dentro.

Mary no podía creer lo que oía. Lo miró sorprendida y vio a un extraño con los rasgos de Greg que hablaba y hablaba como un enajenado.

-...¿Por qué no podías quedarte en casa, como tantas otras mujeres, cuidando de tu hija y tu marido? ¡Ah, no! Tú no podías. No te conformabas con ser solamente un ama de casa. ¡Necesitabas más! Y ahí tienes, la niñera que tomaste para que te reemplace en tus funciones maternas, secuestró a nuestra hija –la miró furioso– Y es nada menos que “La hiena,” la loca más peligrosa y sádica que haya tenido alguna vez nuestro país. Sin embargo, actúas como si fueras una víctima de las circunstancias y no tuvieras la más mínima responsabilidad sobre los hechos. ¡Crece de una vez, Mary! Hay un mundo de buitres, ahí afuera, acechando a sus presas, esperando sólo una oportunidad. Y tú, y ¡tu estúpido egoísmo! – dijo con la cara contraída por un rictus de rabia mientras la señalaba con un dedo–. Se las brindó entregándoles a nuestra hija. ¿Crees que fui desleal porque salí con Susan? ¿Te importa? ¿O es sólo tu orgullo el que quedó malherido? –le preguntó venenosamente–. Supongo que es una buena excusa para correr a los brazos del ¡imbécil de Marc!.

Greg se había dejado caer en el sillón y por unos minutos la contempló con una sarcástica sonrisa en la boca.

-Ya vez Mary, no somos tan distintos –le dijo con voz artera.

La incredulidad de Mary, parecía no tener fin. La indignación y el cansancio moral que había caído sobre ella mientras lo escuchaba, pesaba en su cuerpo como si la hubieran sujetado al sillón con pesadas pesas de plomo. “Es mejor así, sin caretas” pensó

tremula de ira. Hacía un momento mientras Greg hablaba, quiso interrumpirlo para recordarle que gracias al sueldo que ahora despreciaba tanto, habían pagado los cursos y masters que él había hecho para ascender en su carrera. También estuvo por decirle que nunca lo había culpado por la muerte de Eddy, pero, después de escucharlo no estaba tan segura. Tal vez tuviera razón e inconcientemente lo hubiera hecho.

En cuanto a Rosa... posiblemente fuera cierto. ¡Ella misma se echaba la culpa todos los días! Nunca debería haberla tomado... ¿Pero cómo se le iba a ocurrir que la agencia que conocía hacía tantos años, le mandaría una asesina a trabajar en su casa?...

¿Y Susan? ¡Ah, no! De eso no pensaba hacerse cargo. El podría haber hablado con ella y decirle como se sentía. En realidad, poco después del accidente en donde perdiera la vida Eddy, Greg empezó a viajar y pasar cada vez más tiempo fuera de casa. A muchos de esos viajes iba con Susan. ¡Qué estúpida había sido! Ahora lo veía claro. No permitiría que diera vuelta las cosas. Era él, el que permanecía ausente y distraído en casa, cuando llegaba de los viajes. ¿Cuánto tiempo haría que salía con Susan? Seguramente bastante. ¡Qué hipócrita! ...Además, tratar miserablemente de involucrarla con Marc para lavar su consciencia ¡era el colmo!

Pensó en Marc, en su inquebrantable lealtad, su preocupación por ella. En la calidez de su cuerpo fuerte y viril cuando la abrazó después de la llamada de Meg, obligada por sus secuestradores. Y sobre todo pensó, en sus ojos burlones y risueños que, ahora se daba cuenta había extrañado tanto. Quería oír de nuevo su voz. Sentir su pecho fuerte junto al de ella. Que le dijera que Meg estaba bien. Que la iban a encontrar y que si la policía no lo hacía, él la ayudaría a buscarla. Una súbita y desmedida urgencia por estar con Marc, la dejó sin aliento. No pudo evitar la ironía; “gracias Greg, me has abierto los ojos”. Ojos, que sabía, nunca hubiera abierto sola.

Se levantó del sillón en donde había permanecido escuchándolo y con voz cansada, le dijo:

-Voy a recepción, pediré que nos den dos habitaciones comunicadas por una sala.

-Bien –contestó Greg, sin mirarla.

Julio y el jefe chileno se encontraban en ese momento brindando una conferencia de prensa. Los medios se habían enterado de la llegada, de noche y en secreto a Chile, de los padres de la niña argentina secuestrada. También, supieron, que por medio de una emboscada en la ruta los secuestradores se habían quedado con el dinero del rescate.

Estaban furiosos, les habían ocultado información y se vengaban haciendo quedar a la policía como ineficiente y estúpida.

El público opinaba a toda hora por televisión; “Hall debe renunciar, ha demostrado su incompetente y necia soberbia para llevar el caso” –era la crítica que más fuerte se oía.

En el hotel donde se alojaban, Mary y Greg, había una fuerte custodia policial y no dejaban acercarse a las cámaras de televisión a más de una cuadra de allí.

Todas las fuerzas policiales, estaban en estado de alerta. Nadie tenía la menor idea de cuando ni donde, sería la liberación de la niña. Lo único que había eran especulaciones. Sólo cabía esperar... y rezar.

Rossi, no creía que fueran a liberarla en Chile. Insistía en buscarla cerca de los pasos fronterizos. Había discutido fuertemente con Hall antes de la conferencia de prensa, para que montara operativos similares a los que él había ordenado en la Argentina:

-No pienso dividir mis fuerzas por un palpito tuyo sin ningún asidero – le advirtió, obcecado después de haber discutido con él por media hora. En sus rostros se leía la tensión a la que se encontraban sometidos.

Más temprano, esa mañana, había hablado con Julio y notó la duda en su voz:

-No hay novedades –le informó–. ¿Cuánto más, deberán quedarse mis hombres en la frontera?

Estuvo a punto de largar una palabrota pero lo pensó mejor.

-Hasta nuevo aviso. Diles que mantengan bien abiertos los ojos. ¡Que no se confíen! Son extremadamente peligrosos.

Se dirigió malhumorado a la conferencia de prensa. No había mucho para informar, aparte de la humillante encerrona a la que habían sido sometidos. Iba sólo para que supieran que él, era el otro de los “estúpidos” que, había planeado la estrategia para la llegada de los padres.

Quince minutos, más tarde, de haber comenzado la conferencia y enfurecido por una pregunta sarcástica de una periodista, Hall, se levantó de la silla y la dio por terminada. En medio del griterío mostrando su disconformidad de los periodistas, se dirigió a su oficina a organizar los equipos que saldrían nuevamente a recorrer las zonas.

Cada móvil llevaba dos hombres y minutos antes que salieran Rossi se sumó al oficial que recorrería la zona de Padre de las Casas. Su compañero, conocido en la fuerza por sus chistes malos, no paraba de hablar mientras recorrían los suburbios. Entendió, ahora, las miradas cómplices del resto del equipo cuando lo eligió para hacer la ronda.

-¿Conoces el último de ...?

Era el quinto chiste malo que le contaba en menos de media hora y su paciencia amenazaba con estallar en cualquier momento. Estaban dando la vuelta a una esquina en donde había una farmacia abierta.

-Para, compraré aspirinas –pidió, de mal modo. “Si tengo que aguantar este payaso dos horas más deberé comprar arsénico” pensó agrio, mientras bajaba del auto.

Entró en la farmacia y se dirigió al único dependiente que había en el lugar.

-Necesito aspirinas.

El empleado metió una caja en una bolsita plástica haciéndole señas para que pase a otro mostrador en donde estaba la caja registradora.

Esta quedaba a un costado de una gran vidriera repleta de carteles con anuncios de fuertes liquidaciones en perfumes y otros artículos importados. “los chilenos saben de que hablan cuando dicen liquidación”. Tomó el frasco de su perfume favorito y advirtió que estaba a la mitad del precio que se vendía en Argentina. Fue a devolverlo a su lugar cuando algo que le llamó la atención detuvo el movimiento de su brazo. Un dibujo enmarcado en madera de pino y colocado como escenario y fondo para varios artículos alemanes de pesca, resaltaba por su colorido y bello paisaje.

-¿Y esto? –preguntó señalándolo con un dedo, mientras sentía el familiar escozor en el cuerpo.

-No está a la venta. Es de una compañera de trabajo.

-¿Quién lo hizo? –lo sacó de la vidriera sin esperar la respuesta del empleado.

-No se, lo puso ahí hace unos días. Dijo que engalanaba la vidriera y daba el ambiente apropiado a los implementos de pesca.

-Debo llevarlo a la central –advirtió.

-Pero no puede... no es mío.

El oficial chileno entró justo a tiempo para oír las últimas palabras del empleado.

-Podemos y lo haremos –interrumpió, intrigado por el interés de Rossi en el dibujo.

-¿Cómo se llama su compañera? –preguntó Rossi con la boca seca.

-Se llama Viv. Es decir Viviana. Hoy está de franco.

-Déme su dirección –ordenó el oficial sin entender que estaba pasando–. Le prohíbo hablar con su amiga sobre esto –le advirtió– Si lo hace se expondrá a cargos muy serios.

Salieron de la farmacia y se sentaron en el auto, en donde Rossi le explicó que el dibujo que tenía en la mano, era una copia idéntica al mandado por la doctora que había atendido en el neuropsiquiátrico a Rosa.

-Puede ser una casualidad –dijo, mirándolo de reojo con escepticismo.

-Puede, pero no lo creo –contestó, ácido Rossi.

Viv, vivía en una casa blanca de una planta, con un pequeño jardín en el frente muy bien cuidado y dividido en dos por un camino de grava que llevaba hasta la puerta de entrada.

Tocaron el timbre y escucharon del otro lado de la puerta, una palabrota acompañada por un ruido de vajilla que se rompía al caer al suelo.

Les abrió la puerta una mujer vestida con una bata floreada y con rulos en la cabeza disimulados por un pañuelo que apenas lograba su cometido.

-Hola –dijo, abriendo grandes los ojos al ver a dos policías en la puerta de su casa.

-¿Usted es Viviana Burgos? –preguntó el oficial chileno.

-Sí... ¿Qué pasa?

-Tenemos que hacerle algunas preguntas –dijo después de haberse presentado–. ¿Podemos pasar?

Abrió del todo la puerta y con un brazo les indicó el camino hacia la sala.

-¿Sobre qué quieren preguntarme? –dijo, sintiéndose culpable sin saber porqué.

Rossi le mostró el dibujo– ¿Quién se lo dio?

-Una amiga mía – sonrió contándoles como había sido.

-¿Vio al niño?

-No pude, estaba muy enfermo –explicó que les había dado el remedio que ella tenía para el asma, en su casa–. Me dio lástima la madre, encima embarazada. ¡Pobre mujer! Se la veía terriblemente preocupada, aunque lo disimulaba con una risita absurda.

El comandante apartó un minuto al oficial y le ordenó llamar a Hall. Estaba anotando la dirección de la casa de Manuel cuando dos móviles policiales pararon en la casa de la mujer. Puso al jefe chileno lo más rápido que pudo al tanto de los hechos mientras el oficial que lo acompañó durante la recorrida llevó a Viv a la central para tomarle declaración.

Le llamó la atención que no saliera ningún vecino de su casa ante semejante

despliegue policial.

-Es un barrio humilde, casi marginal. Todos por diferentes motivos evitan complicaciones con las fuerzas del orden –explicó Hall.

Organizaron la vigilancia a la casa de Manuel como si fueran las rondas que, hacía días, daba la policía en la zona. No querían alertarlos antes que llegara la orden del juez para allanar la casa.

-El fiscal ya viene en camino –advirtió Hall, después de hablar por teléfono con él.

En lo de Manuel no se observaba ningún movimiento. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas. Una quietud sospechosa aceleró el corazón de Rossi haciéndolo fruncir el seño... Algo andaba mal.

En lo poco que se veía, desde la calle, del jardín de atrás de la casa advirtieron que estaba vacío.

El fiscal llegó a los veinte minutos y Hall hizo cortar ambos extremos de la calle con dos patrulleros. Rossi notó como cientos de ojos espiaban a través de las ventanas de las casas linderas. En la calle no se movía nada, todos estaban a la espera de lo que iba a suceder.

Una combi oscura, se apostó delante de uno de los patrulleros estacionados cerca de la esquina. Del vehículo bajaron doce hombres vestidos de negro y fuertemente armados. Eran hombres duros, fríos, adiestrados en comandos especiales. Una orden rápida y seca de Hall, hizo que se desplegaran rodeando la casa. Dos de ellos abrieron de una patada la puerta de calle y entraron rápidamente seguidos por ocho hombres más, los cuatro restantes se apostaron afuera en lugares estratégicos para tener controladas las salidas.

Recorrieron rápidamente todos los ambientes de la casa, hasta llegar a la gruesa puerta de chapa que comunicaba con el garaje. Pasaron por ella y tropezaron con el cuerpo del francés atado de pies y manos y recostado sobre una de las paredes. Tenía un tiro en la frente.

Varios metros más allá, un desconocido con la mirada fija y cara de sorpresa, como si no entendiera lo que estaba pasando, se tapaba con una mano un agujero de bala en el pecho. Supieron en el acto que se trataba de Manuel Fox, el dueño de casa. Por las temperaturas de los cuerpos y el grado de coagulación de la sangre entendieron que hacía varias horas que habían sido ajusticiados. Julián, Rosa y la niña habían desaparecido

Capítulo XVI

Rosa despertó de su breve siesta y su primera mirada fue para Meg.

-Vamos al baño –dijo.

-Pero... ahora no tengo ganas –contestó bajito Meg.

-No importa, ¡vamos! –la tomó fuerte del brazo y la empujó hacia el pasillo del ómnibus.

-Deje al niño que yo se lo cuido –dijo, la vecina notando el trato que recibía el niño–. No quiero meterme, pero el baño es chico y...

-Si no quiere meterse no lo haga –interrumpió enfurecida–. Él también debe ir al baño y quiero que lo haga conmigo. ¡Vamos Robertino! –le repitió, apoyándole una mano en la espalda y empujándola para que camine más rápido.

Meg bajó la cabeza, y se dirigió al baño en la parte de atrás del ómnibus.

¡Qué mujer horrible! pensó la vecina, con razón el niño es tan tímido. Parece tenerle miedo a su propia madre. Bueno, yo también se lo tendría si fuera la mía.

No tuvieron más intercambio durante el resto del viaje.

Llegaron a la estación de ómnibus de Retiro en Buenos Aires, el domingo, a las ocho de la mañana, veintiséis horas después de haber salido de Temuco, Chile.

La terminal de ómnibus en la ciudad de Buenos Aires está situada entre las avenidas Antártida Argentina y Ramos Mejía. Ocupa doce hectáreas y tiene cien boleterías y setenta y cinco plataformas de embarque. Además de comercios, oficinas de empresas transportistas y estaciones de venta de combustibles.

Rosa, bajó del portaequipaje la única bolsa que había llevado y con el rostro visiblemente afectado por la ansiedad apuró a Meg a bajar del ómnibus. La estación era un caos. Estaba colmada de gente y varios policías controlaban y dirigían el tráfico humano hacia las ventanillas de ventas de pasajes o hacia las plataformas de salida y llegada de los ómnibus.

Meg miraba todo con los ojos bien abiertos. Estaba asustada por la marea humana que avanzaba hacia todos lados. Le dolía la mano que Rosa llevaba apretada en la de ella. La gente la empujaba al pasar, como si fuera invisible, pero Rosa seguía tironeando de su brazo para que fuera más rápido. Nada detenía el paso decidido de la mujer. Vio azorada como un joven de pantalón gris y camisa blanca, se acercó por la espalda a Rosa y le abrió el cierre de la bolsa que llevaba colgando del hombro. La mujer se dio vuelta como una saeta y con cara enloquecida, le mostró una navaja que llevaba oculta en la palma de la mano. El hombre la miró con estupor y trastabillando para atrás salió corriendo. Todo fue tan rápido, que nadie alrededor de ellas lo notó.

Llegaron a la parada de taxis y después de acomodarse en el que les tocó, Rosa le dio al chofer, la dirección del hotel "9 de Julio". En el barrio de constitución. Veinte minutos después, el taxi las dejaba en la puerta.

El dueño del hotel, un hombre de sesenta y cinco años le pasó un cuaderno grande a Rosa para que anote sus nombres y con una uña larga y sucia le mostró el renglón donde debía escribir.

-La habitación doble sale veinte pesos por día. El pago es por adelantado y no se permiten visitas en las habitaciones ni ropa colgada en las ventanas. Al fin y al cabo, aunque nuestro hotel es modesto, nos gusta conservar la estética –largó una carcajada–. El baño queda al final del pasillo. ¿Los documentos? –alargó la mano en dirección a Rosa.

-Acá los tengo.

-¿Cuánto tiempo piensan quedarse? –preguntó, mirando los documentos con suspicacia.

-Entre quince días y un mes. Le agradecería sea discreto con nuestra estadía. Por supuesto le pagaré el mes por adelantado.

-En ese caso, son cincuenta pesos por día. ¡Cada una! –dijo, mirándola con sorna.

Subieron por una escalera oscura de madera hasta el segundo piso buscando la habitación número 18. La encontraron casi al final del pasillo y entraron a un cuarto con la pintura de las paredes en mal estado que tenía una ventana alta y angosta tapada por un visillo sucio. Había dos camas de madera y una mesita de luz en el medio y un ropero con un espejo en una de sus dos puertas.

-Por lo menos las colchas de las camas están limpias –señaló Rosa, abriendo las camas y notando las sábanas verdes recién puestas.

-Rosa, necesito ir al baño –pidió apurada Meg.

-¿No puedes aguantar? Recién llegamos y ya estás pidiendo cosas –la miró con ira.

Salieron del cuarto y caminaron por el largo pasillo hasta encontrar una puerta con un cartel que avisaba que era el baño.

-De paso date una ducha –le dijo.

-Pero no tengo otra ropa para cambiarme y no trajimos toalla.

-¡Qué niña delicada! –se burló la mujer–. Usa la que está colgada del toallero –dijo, dándole un empujón que la hizo caer dentro de la ducha–. Tienes cinco minutos para bañarte. Voy hasta el cuarto y vuelvo. No le abras a nadie –se fue cerrando de un

portazo.

Meg se desnudó y se metió rápidamente en la ducha. La primera canilla que abrió era la del agua caliente, trató de abrir la otra rápido porque se estaba quemando, pero estaba muy dura y no pudo.

Con los dientes apretados para no gritar de dolor, se bañó lo más rápido que pudo y salió de la ducha.

Estaba terminando de vestirse cuando notó que la puerta se abría despacito, casi sin ruido. Una cabeza de un chico de alrededor de once años asomó por la abertura.

-Hola –dijo, mirándola con dos ojos negros como el carbón– ¿Eres nuevo? ¿Cómo te llamas?

-Robertino –agradeció haberse apurado a vestir.

-Mi nombre es Lorenzo pero todos me llaman laucha. Mi padrastro me puso ese apodo porque dice que como y molesto como una de esas. Yo prefiero pensar que, es por lo rápido que corro –dijo, sentándose arriba de la tapa del inodoro.

Meg apenas lo oía. Miraba con miedo la puerta esperando ver aparecer a Rosa en cualquier momento.

-Debes irte –le dijo ansiosa.

-¿Por qué? ¿No quieres tener amigos nuevos? Nosotros llegamos hace una semana de Perú y todavía no conozco a nadie y eso que me recorrí todo el barrio.

-Sí, sí quiero, pero mi niñer... digo mi mamá –le costaba llamar así a Rosa– se va a enojar si te encuentra acá. Por favor vete– suplicó aterrada.

-Te entiendo, mi padrastro también es un cretino. No te asustes, ya encontraré la forma de que nos podamos ver. Todos los otros en éste hotel son viejos y malhumorados –se fue igual que como había llegado, sin hacer ruido.

Meg se quedó sentada en el lugar que había ocupado Lorenzo, esperando que Rosa fuera a buscarla. Por primera vez desde el secuestro, conocía a una persona que la trataba amablemente, pero, sabía que la mujer no la dejaría tener amigos y que se pondría furiosa si se enteraba que había estado hablando con alguien.

La puerta se abrió, y Rosa entró agitada al baño. Se tranquilizó al verla sentada esperándola, bañada y vestida.

-La próxima vez, vuelves directo al cuarto y me esperas ahí –le ordenó– ¡Mira, te traje caramelos! –dijo, agachándose y poniendo la cara a la altura de la de Meg–. A ver, un beso para mamá –rió feliz–. Papi ya viene a buscarnos. Terminó lo que tenía que hacer y ya salió para acá.

-¿Papi? –preguntó, esperanzada Meg y con el corazón latiendo fuerte en su pecho.

-Sí. Papi ¡Tu papi! –le dio un cachetazo con toda su fuerza–. Es mejor que te acostumbres, Robertino. Somos una familia y no permitiré que le faltes el respeto a tu padre. Ven, vamos, no discutas con tu querida madre –volvió a hablarle con voz suave– te traje unos sándwiches para que comas, luego, podrás acostarte a dormir una siesta mientras salgo a recorrer la zona.

Estaba despierta en su cama cuando oyó el golpecito en la puerta. No se podía dormir. Rosa había salido hacía media hora dejándola encerrada con llave y le había advertido antes de irse que, el dueño del hotel era su amigo y que vigilaría que no intentara escapar.

-Robertino –llamó bajito Lorenzo.

Meg, pegó la oreja a la puerta y le contestó:

-Estoy acá, encerrado.

Oyó como algo se metía en la cerradura y luego de un clic, se abrió la puerta y apareció Lorenzo con una sonrisa de suficiencia iluminándole toda la cara.

-Hola –dijo entrando y sentándose en el borde de la cama de Rosa.

-Debes irte. Ella puede volver en cualquier momento –le

advirtió aterrada.

-No hay cuidado, la seguí tres cuadras hasta que se metió en un

bar. ¿Cuántos años tienes? ¿Por qué te deja encerrado?

-Cinco –dijo, sin darse cuenta y poniéndose a llorar. Me pega

todo el tiempo. Es muy mala.

Lorenzo se sentó junto a ella y le pasó un brazo por los

hombros.

-Los hombres no lloran –dijo–. Mi padrastro también me pega,
sobre todo cuando se emborracha, pero yo me aguanto el llanto.

También le pega a mi mamá... ¡Algún día lo voy a matar! –dijo,
mirando fijo un punto en la pared. Meg le creyó.

Mi habitación queda del otro lado de la pared, si me necesitas,
da dos golpecitos cuenta hasta diez y da otros dos. Así hasta que yo
venga.

-¿Y si me oye tu padrastro?

-No creo que lo haga, cuando está en casa siempre está
dormido y mi mamá está todo el tiempo en la calle buscando
trabajo.

Unos gritos seguidos por el ruido de fuertes golpes las despertaron a las tres de la mañana.

Rosa prendió la luz y se quedó escuchando extasiada. Todo su cuerpo estaba en tensión. Sus ojos brillaban con una luz enfermiza.

-...¡Mocoso inservible!, bueno para nada –un golpe terrible acompañó el insulto–
¿Cuándo vas a buscar trabajo en vez de vagar todo el día por las calles como la inservible de tu madre? –el ¡ay! de dolor de Lorenzo, encogió el corazón de Meg. Un llanto de mujer seguido por dos fuertes cachetazos hicieron que Rosa se riera saltando de la cama para acercar su oído a la pared. Mientras escuchaba, la miraba en forma malévola. Meg se encogió aterrada dentro de la cama.

Un rato después, un portazo en la habitación vecina y las pisadas tambaleantes de un hombre alejándose por el pasillo, les dijo que la discusión había terminado. Del otro lado de la pared, oyeron la voz del niño consolando a su madre.

Esperaba la llegada de Julián en cualquier momento de la tarde. Se había comunicado

al celular de él, desde uno que le compró a un vendedor ambulante en la calle. Estaba eufórica, acababa de sacar tres pasajes de ómnibus para Paraguay. Los controles en la frontera con ese país, eran fáciles de “arreglar”. Desde ahí viajarían a Santos en Brasil en donde se establecerían. Vida nueva, familia nueva y su casita soñada frente al mar... Sentía ganas de ponerse a bailar y cantar en el medio de la calle. Ahora que había domado a la mocosa, nada se interponía en su felicidad. Tendré que comprarme ropa nueva, pensó, ahora soy una respetable ama de casa y madre de familia. Largó una carcajada que hizo que la gente que se cruzaba con ella en la vereda le cediera el paso en forma aprensiva.

Había salido temprano y la había dejado encerrada como siempre. No le dijo donde iba. Fue hasta la pared varias veces para golpear como él le dijo que hiciera, pero no se animó. ¿Y si estaba el padrastro?

Un rato más tarde oyó que Lorenzo la llamaba:

-Robertino –la llamó bajito mientras abría la puerta. Meg, lo miró horrorizada. Tenía un ojo casi cerrado, de color

violáceo, la boca hinchada y el labio partido apenas le permitían hablar, tuvo que esforzarse para entender lo que le decía. Lo abrazó espantada tratando de consolarlo.

-Lo voy a matar –dijo, apoyando su frente en el hombro de Meg.

Las emociones, mantenidas tantos días ocultas, afloraron ante las lastimaduras de su amigo. No pudo callar más y le contó todo. ¡Estaba fuera de sí! El llanto descontrolado le sacudía el cuerpo con violentos espasmos, ya no había barreras que lo detuvieran. Lorenzo era su único amigo. Estaban solos, lastimados y abandonados y debían hacer algo. Su mente infantil pegó un salto madurando rápidamente cuando se dio cuenta de esto. Aceptó por primera vez, la posibilidad de que no hubiera rescate por parte de sus padres o de alguien de afuera. Sólo se tenían el uno al otro y debían actuar rápidamente antes que Julián llegara a Buenos Aires y la llevaran afuera del país.

Lorenzo retrocedió impresionado al oír su historia y se olvidó de sus dolores y del maltrato recibido. Abrió grande los ojos y no le sacó la vista de encima mientras ella hablaba.

-Debes ayudarme a escapar –suplicó Meg–. Hoy llega el hermano y nos iremos todos juntos a Paraguay. ¡Si me llevan ya no podré volver! –lo miró angustiada–. Sé donde guarda la plata Rosa, si quieres, puedo sacarle un poco para comprar comida. ¡Por favor Lorenzo, escapémonos!

La mente de Lorenzo funcionaba a toda velocidad. Pensó en su padrastro. En su madre y su debilidad para abandonarlo. Le daba lástima dejarla, pero sabía que no serviría de nada pedirle que fuera con ellos. Al fin tomó una decisión.

-¡Vamos! –dijo–. Busca la plata y vámonos.

Meg, buscó debajo de la almohada de Rosa, el cinturón en dónde guardaba el dinero. Sacó varios billetes de cien pesos de un fajo rodeado por una banda de papel y se los guardó en el bolsillo del Jean azul que se había puesto esa mañana. Le dio la mano a Lorenzo y bajaron rápidamente por la escalera hasta llegar a la recepción.

Por suerte estaba vacía y Lorenzo, escondió a Meg detrás de uno de los dos sillones

polvorientos que había en el lugar. Se dirigió a la puerta de entrada del hotel para espiar la calle.

En ese momento, Rosa, bajaba de un taxi cargada con las bolsas de las compras que había hecho más temprano esa tarde. Saludó molesta al niño al entrar al hotel y subió la escalera de madera con paso frenético como si la corriera el diablo.

Hizo acopio de una gran fuerza de voluntad para calmar su ansiedad y esperó a oír los pasos de la mujer en el rellano del primer piso, antes de sacar de su escondite a Meg. Cruzaron la puerta a toda velocidad mientras oían los gritos hieráticos de la mujer llamando a la niña.

Meg, quedó momentáneamente paralizada al oírla y Lorenzo que iba unos pocos pasos adelante, se dio vuelta y entendió que si no la arrastraba con él, la niña no podría seguir. Le dio la mano sacándola de su aterrorizada parálisis y la llevó corriendo lo más lejos que pudo del hotel.

Corrieron y corrieron sin parar hasta que Meg cayó rendida en el vano de la puerta de un edificio, apretándose con una mano el costado del cuerpo.

-Ya sigo... dame unos minutos –dijo, con la respiración entrecortada.

-No podemos parar ahora –la urgió Lorenzo–. Ven, tomaremos un colectivo. Sacó unas monedas de su bolsillo y paró al primer colectivo que iba hacia la estación de trenes de Retiro.

El barrio de retiro debe su nombre a un vecino español que, en la época de la colonia, mandó a construir una mansión que llegó a tener cerca de cuarenta habitaciones y le puso de nombre El Retiro. Cambió más tarde su destino cuando se construyó una plaza de toros que podía albergar hasta diez mil visitantes. También sirvió, como punto de llegada, para todos los esclavos que entraban a Buenos Aires y que eran reclutados por una empresa inglesa que funcionó en el lugar.

La estación de trenes está compuesta por tres grandes ramales ferroviarios, cabeceras de líneas, FF.CC. General Belgrano, FF.CC. General Mitre, y FF.CC. General San Martín.

Fue construida por arquitectos, ingenieros y contratistas ingleses en el año 1.909. Los edificios que conforman las estaciones terminales tienen estructuras fabricadas en Inglaterra y fueron traídas por barco al país, desembarcándolas en el puerto de Buenos Aires que queda a pocos metros de las vías férreas. Su inauguración se produjo el 2 de agosto de 1915 mientras Europa vivía el primer año de la guerra. Es la más importante de Latinoamérica.

A pesar de su esplendor pasado, la estación hoy era un lugar donde Meg y Lorenzo podrían pasar desapercibidos entre los muchos niños que por pobreza extrema o porque se habían escapado de sus familias vivían allí.

Era un lugar duro, inhóspito, tal vez la muestra más acabada de las dos realidades que convivían dentro de la capital argentina. Por un lado, hombres y mujeres apurados por llegar o volver a sus trabajos ó casas. Niños bien comidos y vestidos, de las manos de sus padres regresando satisfechos a sus hogares en el conurbano.

Por otro, la soledad, el desamparo, el frío y el hambre. El abuso de los menores sometidos por un miserable plato de comida. El alquiler de bebés e infantes a familias,

con varios niños, por otros mendigos igual de necesitados que ellos, para usarlos para pedir en la calle. Tullidos que no eran tales. Mujeres vendiendo estampitas con imágenes de santos entregadas por algún puntero político que luego se quedaría con buena parte de las ganancias. Una corte de los milagros en plena capital.

Sin saberlo Meg y Lorenzo estaban por entrar en un mundo despiadado y salvaje. Un infierno, en el que no sería fácil sobrevivir.

Lorenzo que algo de esto había vislumbrado cuando acompañó a su madre, hacía unos días, hasta la estación, no le dijo nada a Meg.

Estaban arriba del colectivo y a veinte cuadras del hotel. Los corazones de ambos recién comenzaban a normalizar sus latidos.

-Debemos ir a la policía –dijo Lorenzo sin mirarla. Sabía lo que eso implicaría para él.

-¿Y si no me creen y me meten presa por haberle robado dinero a Rosa? O, ¿si ella los convence que es mi mamá como hizo con los gendarmes cuando viajábamos?... ¿Y qué pasará contigo?

La mente infantil era un remolino de preguntas sin respuestas. Había perdido la fe en los mayores. No quería separarse del único, que la había ayudado a escapar de Rosa.

-No, eso no va a pasar. La policía te creerá. En cuanto a mi... me devolverán a mi padrastro –dijo, con la cara vuelta hacia la ventanilla para que ella no la viera.

-Pero te golpeará de nuevo –advirtió desesperada-. ¡No! no vayamos.

Lorenzo, la miró agradecido. Sabía que si su padrastro lo encontraba los mataría a golpes a el y a su mamá.

Llegaron quince minutos después a la estación y la recorrieron toda. Lorenzo le mostró donde quedaban los sanitarios. Los puestos de comida. Las boleterías. Meg, miraba todo con los ojos bien abiertos. Había perdido una lente de contacto, en la corrida escapando del hotel y Lorenzo le hizo sacar la otra al subir al colectivo. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a calibrar su vista sin el aumento de las lentes. El contraste entre los dos niños era enorme. Y no era sólo, una cuestión del color de la piel o de los ojos. Lorenzo se manejaba por toda la estación con una soltura y naturalidad, propia de alguien, acostumbrado a manejarse solo en la calle. Meg, en cambio, no podía disimular su miedo y confusión ante un terreno que no le era propio. El tamaño inmenso del edificio y la cantidad de gente bajando como una gran ola humana de los trenes y atropellando todo a su paso la espantaban.

Un niño flaco y sucio, vestido andrajosamente, surgió de atrás de una columna. Tendría tan sólo dos años más que Lorenzo. Llevaba en su mano derecha una bolsa de nylon que llevaba de a ratos a la nariz para aspirar su contenido. Se paró delante de Lorenzo y extendió su mano pidiéndole dinero.

-Sólo tengo éstas monedas –le dijo, sacando dos monedas de su bolsillo.

El niño advirtió que, en la muñeca que había quedado al descubierto al estirar la mano con las monedas, Lorenzo, llevaba un bonito reloj de acero. Fue tan rápido el movimiento que hizo para arrebatárselo que Meg se sorprendió cuando los dos niños se trezaron a golpes.

Lorenzo tenía habilidad para esquivar los golpes. Años de maltrato de su padrastro le habían enseñado. Su vida había sido dura, buena parte de ella, había transcurrido en las calles. Dejó al ladrón sangrando por la nariz y la boca, después de asestarle un fuerte cabezazo en el rostro. La mirada resentida en los ojos negros del herido, no presagiaba nada bueno.

Sin perder un segundo tomó de la mano a Meg y se mezcló a toda velocidad entre la gente alejándose lo más que pudo del lugar y sin mirar atrás. Sintió frío en la nuca y en la espalda. ¡Y tenía razón en sentirlo! Porque, si hubiera mirado hacia atrás; hubiera visto como se iban juntando alrededor del agresor una decena de chicos y chicas sedientos de sangre. Su líder había sido golpeado por alguien de afuera. La alarma corrió rápidamente. En la estación imperaba la ley de las pandillas.

Capítulo XVII

Habían pasado dos meses desde su vuelta de Chile. Greg se había mudado a la casa de Susan y había continuado con su vida. Finalmente había aceptado la explicación dada por la policía de que los secuestradores habían matado a Meg y ocultado su cadáver.

Querían convencerla para que hiciera lo mismo. Pero ella no pensaba hacerlo. Su corazón le decía que Meg estaba viva en algún lado y hasta que hallaran su cuerpo seguiría pensando eso.

El comandante Carlos Rossi, había abandonado la fuerza, para poner por su cuenta una agencia de rescate de rehenes de secuestros extorsivos para toda Latinoamérica. En los dos meses que llevaba abierta, habían solicitado sus servicios muchas importantes empresas extranjeras y nacionales.

Hacía quince días, ella lo había contratado para que se ocupara del secuestro de Meg.

Rossi acababa de llegar de Méjico, en donde su equipo, había liberado con vida a un empresario de los medios de comunicación que había sido secuestrado por una banda de narcotraficantes.

Se hallaba sentado en el living de su casa tratando de hacerle entender porque no podía ocuparse de su caso:

-Mary, el caso de Meg es diferente. La policía tiene razón. Los secuestradores ya habían cobrado el rescate y no necesitaban más a Meg. Se razonable. No quiero sacarte dinero, sabiendo que, es casi imposible que aún esté con vida. Se que es doloroso pero, debes hacerte a la idea cuanto antes.

Lo miró inmutable— La palabra es “casi” —dijo—. Y créeme Carlos, ese “casi” vale toda mi fortuna.

Quince días después de esta conversación, Rossi, la había llamado para advertirle que a las tres de la tarde estaría en su casa con información nueva sobre el caso.

No quería hacerse demasiadas ilusiones pero algo en la voz del hombre le dio esperanzas.

Eran las doce del mediodía y ya no encontraba tareas que realizar para que el tiempo pasara más rápido. Se preparó un té y salió al jardín a limpiar los canteros de flores. El jardinero había pasado el día anterior y había dejado todo impecable. ¡No había ni un maldito yuyo que arrancar! Nada que pudiera distraerla. Bueno ¡Al cuerno con el jardín!. Volvió adentro y se sentó en el living a pensar, una vez más, si debía avisarle a Greg del llamado de Rossi...

¡No! Antes, esperaría a conocer lo que tenía para decirle. Estaba harta que Greg la mirara en forma condescendiente, cuando poniendo en duda la conclusión a la que había llegado la policía, sobre el secuestro, le pedía que contratara a un detective privado que investigue el paradero de Meg.

El día por terminada la búsqueda de su hija apenas la policía y los medios dejaron de ocuparse del tema. Los investigadores habían decidido finalmente que los secuestradores habían matado a la niña y se habían deshecho del cuerpo. “Nunca estuvo en sus planes liberarla”, les explicaron. Una vez cobrado el rescate, “la niña quemaba”. Había que deshacerse cuanto antes de ella...

...Y Greg se apresuró a creerles, pensó resentida. “Caso cerrado, pasemos a otra cosa”, habrá pensado su mente jurídica. Otra cosa concernía a la cretina de Susan.

¿Qué me pasa?, se sorprendió.

Miró en derredor fijando la vista en cada rincón, cada mueble y cada cuadro del living. Todo la hacía recordar su vida anterior. Le pareció que había pasado un siglo, desde la última vez que, estuvieron los tres juntos en esa sala. Las fotos sonrientes de Meg y ellos dos abrazados o en poses risueñas por todos lados de la sala, parecían ahora, una burla de su pasado. Iba a sacarlas cuando volvió del campo, pero, la detuvo ver a Meg fotografiada en todas ellas.

El timbre de la puerta interrumpió sus oscuras cavilaciones. La abrió y se encontró con Rossi y una mujer de mediana edad. Los miró sorprendida.

-Esta es la señora Cáceres –la presentó Rossi. Y sin mayores preámbulos, dijo– Viajó con Meg y la niñera en el ómnibus que las trajo de Chile a Buenos Aires.

A Mary se le cortó la respiración. Le costó hacerlos pasar al living y no ponerse a gritar en la puerta de calle. Los latidos del corazón martillaban en sus sienes y le impedían pensar con claridad.

-Pero... ¿Cómo?... ¿Por qué lo cree? –balbuceó.

-En el asiento vecino al de ella, en el ómnibus, viajaba un niño como de seis años de edad con su madre. Una mujer embarazada y de humor cambiante que, no paró de hacerle dibujos al niño del lugar a donde irían a vivir cuando se reunieran con su marido. El nombre del niño era Robertino. Cuando la señora Cáceres le preguntó a la mujer por el marido; le dijo que tenía que terminar un trabajo en Chile y después se reuniría con ellos. Fue todo lo que le habló. El resto del viaje la mujer la ignoró deliberadamente.

Las vio subir a un taxi y desaparecer cuando llegaron a la terminal de ómnibus en Retiro. Las recuerda porque ella estaba unos lugares más atrás de la fila, en la misma parada.

Le mostró la foto de Meg en la computadora, con el pelo corto y oscuro y me pidió que le cambiara, por marrón, el color azul de los ojos . . . No tuvo dudas. La reconoció al instante. También reconoció la foto de Rosa.

-¿Cómo, los ojos color marrón? Entonces no es ella –sintió, la amarga hiel de la desilusión.

-Sólo se necesita un par de lente de contacto para cambiarle el color de ojos a una persona –le explicó Rossi.

Mary, se sintió en medio de un subibaja emocional. Quería creerle con toda su alma, pero, tenía miedo al desengaño si se equivocaba. Por otro lado dudó... “La reconoció en la foto de la computadora”... ¡Oh Dios! Por favor haz que sea ella. Se dirigió a la mujer:

-¿Cómo estaba? ¿Se encontraba sana? ¿La persona que iba con ella la trataba bien?

-Tenía buen aspecto y la trataba bien. Aunque iba muy calladita. Parecía muy triste y me di cuenta que le tenía miedo a la mujer –no le contó el episodio del baño.

Mary bebía sedienta sus palabras. Su rostro torturado se volvió hacia Rossi:

-¿Avisaste a la policía? –preguntó tuteándolo.

- No. Antes estoy tratando de localizar al taxista que las levantó en la estación. En cuanto a la policía, tú decides Mary...

-Después de lo que pasó en Chile. Creo que es una pérdida de tiempo –se interrumpió–. ¡No! Ocúpate tú. Y ¡Por Dios! Tráela cuanto antes. No importa lo que debas pagar. Liquidaré la estancia, ésta casa. Lo que sea necesario.

Cuando se fueron, Mary marcó el número de Greg. Esperó unos minutos y la atendió el contestador automático:

-Está hablando con la casa de Susan y Greg. En éste momento no podemos atenderlo –dijo la voz sensual de Susan.

¿Por qué no pueden atender? se preguntó resentida mientras practicaba mentalmente el mensaje que iba a dejar. “Greg soy Mary. Tu ex. ¿Recuerdas? Te llamo para avisarte que la hija que diste tan rápido por muerta. ¡Está viva!. ¿Increíble, no?” ...O, tal vez, sólo le dejara un mensaje impersonal... “Greg, soy Mary. Tengo novedades sobre Meg. Si tienes tiempo llámame”. Optó por éste último. No podía sacudirse de encima el humor negro y vengativo que dirigía sus pensamientos. Nunca antes le había pasado. “Bueno, nunca antes habían secuestrado a mi hija y matado a mis padres mientras mi marido se dedicaba de lleno a su secretaria”. Se justificó.

El sarcasmo era el indicativo más fuerte de como había cambiado desde el secuestro. Cuando miraba hacia atrás, no podía creer que hubiera sido la mujercita sumisa y

dependiente de Greg que había sido. Había estado tan ciega. ¡Bueno, basta! Esto no lleva a ningún lado.

Se quedó en la casa toda la tarde aguardando el llamado de Greg.

-¿Mary?, oí tu mensaje. ¿Qué quieres decir, con que hay novedades sobre Meg? –preguntó impaciente. Estaba seguro que era alguna estrategia nueva de Mary, para no aceptar la realidad. ¡Meg estaba muerta! ¿Por qué no se hacía, de una vez a la idea? Sería mucho mejor para todos.

-Rossi, trajo ésta tarde a una señora que viajó con Meg y Rosa desde Chile hasta Buenos Aires. La llevó a su oficina y reconoció las fotos de las dos en la computadora. Le dio detalles que sólo nosotros y la policía conocemos. Las vio tomar un taxi cuando llegaron a la terminal de ómnibus. Estaban en la parada delante de ella.

El jadeo de Greg que siguió a sus palabras puso un paño frío en su ánimo vengativo.

-¿Está seguro que era ella? ¿Dio aviso a la policía? –preguntó, cuando al fin pudo hablar.

- Le pedí que no lo hiciera. Va a investigar por su cuenta y cuando tenga algo concreto les avisaré.

-¡Creo que debería avisarles ahora!. Tienen muchos más recursos que él para encontrarlas.

-¿Cómo en Chile? –preguntó irónica—. No Greg. Quiero que sea Rossi quién se ocupe de buscarla. Lo contraté para hacerlo y confío plenamente en él – y en mi instinto, pensó.

-¡Meg, también es hija mía!. Ahora sé que no debí haber aceptado que estaba muerta. Pero la policía me aseguró que no había otra posibilidad. ¡Ellos son los profesionales! No tenía porque dudar de lo que decían –se sentía como el demonio y no quería que sus palabras sonaran a excusas. A pesar de lo que pensara Mary, él, no había encontrado motivos para no creer en la policía y alargar más tiempo la agonía de seguirla buscándola como si estuviera viva.

Colgó el teléfono y se quedó mirando el vacío con un gesto amargo en la boca. Susan lo miró preocupada.

Ella había elegido justo esa noche para darle la noticia. ¡La había tomado totalmente por sorpresa! Hacía días que se sentía mal por la mañana, con náuseas y vómitos y un cansancio en el cuerpo que no estaba acostumbrada a sentir. Al principio, pensó que era algo que había comido. Después, que seguramente estaba incubando una gripe. Cuando el tiempo pasó y su malestar no mejoraba, empezó a hacer cuentas y notó que tenía un atraso importante en su período. Decidió tomar el toro por las astas y compró en una farmacia un test de embarazo.

Esperó esa mañana a que Greg se fuera a trabajar y se encerró en el baño para hacerse la prueba. Tardó quince minutos, en juntar el coraje necesario para ver el resultado. Estuvo todo ese tiempo sentada sobre la tapa cerrada del inodoro, pensando, en como se lo diría y en su reacción ante un resultado positivo. Las dos líneas rojas confirmaron lo que ya sabía.

Preparó una cena con flores y velas para darle la noticia. Quería que fuera un momento único. Se había comprado un vestido que le había costado una pequeña fortuna y pasó buena parte de la mañana en la peluquería arreglándose el cabello y las uñas. Volvió a su casa y preparó la comida de esa noche, la dejó lista para que sólo con un golpe de horno pudiera llevarla a la mesa. Cuando terminó, se dirigió al baño y se desvistió despacio delante del espejo, trató de hallar alguna huella en su cuerpo del embarazo. Sonrió a su imagen. Advirtió que sus pechos, estaban más redondos. Los sentía más pesados y sensibles, calientes. Se sumergió feliz dentro del baño de espuma pensando en Greg y en el hijo que ambos esperaban.

Justo cuando empezaba a vestirse sonó el teléfono. Oyó que Greg abría con sus llaves la puerta de calle y se apresuraba a atender. Era alguien del trabajo de él. Alguna duda de último momento, se encogió de hombros. Se dio los últimos retoques en el maquillaje y bajó a prepararle un whisky con hielo y controlar que no faltara nada en la mesa.

Greg estaba en el escritorio oyendo los mensajes del contestador automático en altavoz cuando ella entró. Se quedó paralizada al oír la voz de Mary diciendo que había novedades sobre Meg.

“¿Es que nunca los iba a dejar en paz? ¿No podía simplemente seguir con su vida y olvidarse de ellos?”

Le alcanzó el vaso con whisky sin hacer comentarios de la llamada mientras él marcaba el número dejando el altavoz abierto.

Notó, la rigidez de su cuerpo y la transformación de su cara cuando Mary le dijo que Meg estaba viva.

De pronto el ambiente se volvió asfixiante. Con un simple y estúpido llamado, Mary, había destruido sus expectativas para esa noche.

No pensaba posponer la noticia. Sentía mucho lo de Meg, pero, a partir de ahora también debía pensar en su hijo. Además... ¿quién sabe si era a Meg, a quién vio esa señora? Según recordaba todavía estaba vigente la recompensa que había ofrecido la provincia.

“Mary está tan desesperada por oír que la niña está viva que, es capaz de creerle a cualquiera. ¡No pienso dejar que Greg se involucre en una investigación sin fundamento!” Lo sentía mucho, pero, Mary debía entender que su tiempo con él había pasado y que lamentablemente Meg estaba muerta.

Decidió dejar la comida para más tarde. Le sirvió otro whisky y colocándose detrás del

sofá, le masajeó los hombros y el cuello hasta que sintió que se relajaba. Subió al baño, le preparó una ducha caliente y cuando Greg estuvo adentro, se desnudó y entró ella también.

Capítulo XVIII

Carlos Rossi, se dirigió a la estación terminal de ómnibus, de Retiro, en donde la señora Cáceres había visto por última vez a Meg y a Rosa.

La terminal está situada entre las avenidas Antártida Argentina y Ramos Mejía. Ocupa doce hectáreas y tiene cien boleterías, setenta y cinco plataformas de embarque. Además de comercios, oficinas de empresas transportistas y estaciones de venta de combustibles.

Como siempre, pensó fastidiado, estaba llena de pasajeros que llegaban o salían de ella en una oleada incesante de gente apurada por llegar a sus lugares de destino. Uno de sus laterales, la separaba tan sólo una calle, de las estaciones de ferrocarriles Mitre, Belgrano y San Martín. El otro quedaba a pocos metros de la villa de emergencia 31.

Eran las seis de la mañana del primer domingo de diciembre. A esa hora en la ciudad, corría una brisa muy agradable, pero, Rossi no se engañaba, los últimos días el calor había apretado hasta convertir la vida de los ciudadanos en un infierno y hoy no sería diferente.

Faltaba poco para las vacaciones de verano y menos aún para la navidad.

El movimiento de gente por donde mirara, era incesante. La terminal sólo repetía lo que pasaba en las calles. El tráfico de autos y peatones era un caos, todos trataban de hacer sus compras navideñas lo antes posible para poder escapar del centro. El malhumor habitual, a fin de año, de la ciudad se notaba por todos lados. La gente se mostraba más nerviosa de lo habitual y se oían insultos, discusiones y bocinazos por todos lados.

Los más privilegiados, aprovechaban ésta época para escapar al mar o a las montañas. A algún lugar que les hiciera olvidar el caos que dejaban atrás.

Rossi, esperaba encontrar al chofer que había levantado a Rosa y a Meg en la terminal y las había trasladado. Sabía que era un tiro por elevación pero, no había otra forma para empezar a buscarlas.

Tuvo que “aceitar la mano” del hombre que abría las puertas a los pasajeros en la fila de taxis para que le permitiera hablar con los chóferes en la parada. El hombre se llamaba Miguel, un urso codicioso y taimado que parecía manejar férreamente la parada. No lo dejó pasar hasta que le puso varios billetes de diez pesos en la mano. El se ocupaba que los taxistas que trabajaban en la terminal fueran siempre los mismos. Las pocas veces que alguno de afuera intentó meterse descubrió, rápidamente, lo difícil que se le podía volver la vida.

Después de pasar un rato observando el lugar, Rossi, entendió como funcionaba el sistema y que no sería fácil hablar con los chóferes sin antes pasar por el hombre, se resignó.

Recién entonces, recorrió toda la fila mostrando las fotos de Rosa y de Meg haciendo preguntas, pero, no logró más que miradas indiferentes y unas sacudidas impacientes

de cabezas.

Algunas horas después, volvió a hablar con el urso:

-Acá le dejo mi tarjeta y una foto de cada una. Si sabe algo llámeme –le dijo—. Hay recompensa.

-¿Por qué las busca? ¿Es policía? –preguntó desconfiado.

-No. Investigador privado. La mujer se escapó con el niño de la provincia de Salta y el esposo las está buscando. Parece que el hombre es muy celoso y pone buena plata para quién aporte datos que nos lleven hasta ella –le hizo un guiño, notando como le brillaban los ojos de codicia.

No tenía nada más que hacer allí y salió agradecido del tumulto de la terminal. Hacía varias horas que estaba y se sentía sofocado por el gentío y por el calor. Todo lo que podía pensar, en ese momento, era en darse una ducha de agua bien fría y meterse bajo el aire acondicionado de su casa. Cuando salió a la calle, la temperatura ya llegaba a los 32° grados.

Se maldijo al abrir la puerta de su departamento y notar que había dejado las ventanas abiertas y el sol daba de lleno en el living, el ambiente era un horno. Cerró las ventanas, prendió el aire y se dirigió al baño a darse una ducha, llevando con él, una lata de cerveza bien fría que bebió bajo el chorro helado. El alivio al refrescarse le sacudió el malhumor que traía de la estación. Con una toalla envuelta en la cintura entró en la cocina y se preparó un par de sándwiches de atún y mayonesa. Tomó de la heladera otra lata de cerveza y se sentó debajo del aire a comer mientras estudiaba el fax enviado por uno de sus hombres desde Colombia, con los datos de la investigación que estaban realizando en ese país. Seguían las huellas de los secuestradores del director de la Mercedes Benz de Bogotá.

Largó una interjección cuando el teléfono lo hizo dar un salto y volcó parte de la cerveza en el papel del fax.

-¿Señor Rossi?

-¿Quién es? –preguntó, impaciente.

-Miguel, el de la parada de taxis de la terminal. Le conseguí los datos que quería... y algo más.

Quedaron en encontrarse en una hora.

El hombre lo esperaba tomando café, en uno de los bares que había en la terminal.

-Esta es la dirección del hotel a donde los llevó el taxista –le pasó, el papel en cuanto se sentó–. Parece que encontramos una “pequeña” discrepancia en lo que nos contó –rió irónico–. Si le interesa el resto de la información deberá pagar aparte.

Rossi no le contestó. Tomó su celular y le pasó a uno de sus hombres la dirección escrita en el papel.

Veinte minutos después sonaba su celular y su hombre confirmaba el dato. Le advirtió que Robertino había escapado junto a otro niño, unos años mayor que él, llamado Lorenzo. Hijo de una peruana residente del hotel, recién internada en el hospital a causa de los golpes que recibió de su concubino cuando se enteró de la fuga del niño. El hombre estaba preso. De Julián y Rosa todo lo que se sabía es que pagaron la cuenta y desaparecieron.

Anotó los datos del dueño del hotel para ir a verlo más tarde y cortó.

Sacó un sobre con mil pesos del bolsillo cuidando que el urso viera la cantidad escrita en el margen superior y lo puso sobre la mesa.

-¿Qué hay de la otra noticia? –preguntó, con brusquedad.

-Por esa quiero tres mil. Está más actualizada –rió, sin dejarse amilanar.

-Me quedan quinientos dólares. Es todo lo que hay.

El hombre lo estudió unos minutos y al final se encogió de hombros y alargó la mano hacia el sobre.

-Los vieron hoy en la estación de trenes. El niño iba acompañado por uno más grande. Hubo una pelea con el jefe de la banda, dueña de la estación y él y sus amigos los están buscando por todas partes. Es difícil que escapen. Si ellos los encuentran antes que usted... –dejó la frase inconclusa y tomó un trago de café, estudiando su reacción por encima del borde de la taza–. ¡Ah! Es hora que cambie el color de ojos de la foto del más chico –se rió–. Dicen que no parecen hermanos. El más pequeño tiene la piel muy blanca y ojos azules. ¿Sabe cómo se pagaría eso acá no? – preguntó, con voz ladina.

Rossi tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no borrarle de una trompada el gesto libidinoso con que acompañó sus palabras.

En vez de eso, dijo con voz indiferente:

-Cualquier dato que tenga ¡avíseme!. De donde vino ésta, hay mucho más – señaló con

un gesto el sobre que el urso acababa de guardar en el bolsillo de su campera y se levantó. Tiró unos billetes sobre la mesa y salió del bar.

El hombre se quedó cavilando con los ojos entrecerrados y una sonrisa despectiva en la boca.

En la silla que había quedado libre, se sentó un hombre flaco de mediana edad y barba hirsuta. Un viejo amigo de la villa situada a un costado de la terminal.

-¿Sospecha algo?

-No –contestó el urso.

Eran las diez de la noche y Lorenzo estaba asustado. Habían permanecido toda la tarde en movimiento, esquivando al grupo de salvajes que los buscaban. No creía que Meg aguantara mucho más. Por primera vez se sentía responsable de alguien más chico y no sabía que hacer. Debían escapar cuanto antes de la estación, pero, ya lo habían intentado más temprano y habían advertido que todas las salidas estaban bloqueadas por miembros de la pandilla.

Mientras corría mezclado entre un contingente enorme, recién bajado del tren de las 9:30 de la noche, su mente trabajaba al máximo de velocidad tratando de idear un plan de escape. Volteó la cabeza sobre su hombro para calcular la distancia que había entre ellos y sus perseguidores y alcanzó a distinguir sus caras. Al igual que perros rabiosos, sedientos de sangre, los buscaban entre el gentío.

Su mirada, se cruzó sorpresivamente con la de uno de ellos y éste pegó un grito triunfal alertando a los otros.

Dio vuelta la cabeza desesperado para seguir corriendo y chocó de frente contra una pared humana que casi lo derribó al suelo.

Un muro infranqueable plantado delante suyo impidiéndole el paso. Levantó la mirada y se encontró con el hombre más grande y feo que había visto en su vida.

-¿Qué tenemos acá ? –preguntó, el hombrón levantándolo por el cuello de la camisa como si fuera una pluma. La sonrisa siniestra en la cara marcada por viejas cicatrices, hizo palidecer a los dos niños.

Sus perseguidores pararon en seco cuando vieron al hombre y sin hablarse entre ellos pegaron la vuelta. Definitivamente se les habían escapado de las manos.

A pesar de ser domingo, se sentó en el escritorio de su oficina y llamó a todos los hombres disponibles a una reunión de emergencia. Contó doce. Cinco estaban en misiones especiales en otros países. Y tres se estaban recuperando de heridas de bala en un sanatorio privado.

Dividió la zona de Retiro en sectores y apostó a dos hombres en cada estación. No

quería perder ni un minuto en la búsqueda de Meg. Algo había en el hombre de la terminal que le había erizado la piel. “El urso sabe mucho más que lo que dijo” pensó, y puso tres hombres a seguirlo.

El se dirigió al hotel 9 de Julio para hablar con el dueño. El hombre era un asco. Corroboró todo lo que le habían dicho los vecinos sobre él, un rato antes. Lo amenazó con denunciarlo como cómplice de secuestro para que largara toda la información. Se aseguró que no supiera a donde habían ido los niños, antes, de sacarle el nombre del hospital a donde la ambulancia había llevado a la señora Solís, casi muerta, por los golpes de su pareja. Había interrogado a los vecinos al llegar al lugar, que la habían hallado desmayada y ensangrentada, en el hall del segundo piso del hotel.

La mujer se había arrastrado desde su cuarto con las pocas fuerzas que le quedaban para pedir ayuda y había quedado tirada en el suelo. Parecía muerta, dijeron.

Los residentes del hotel alertaron al dueño, quien no perdió un segundo y llamó a la ambulancia para sacársela de encima y evitar que muriera en el lugar.

Los médicos debieron hacerle maniobras de resucitación antes de subirla a la ambulancia. Dieron aviso de inmediato a las autoridades.

El marido estaba completamente borracho e iracundo cuando llegó la policía al bar donde concurría siempre.

Fue necesario pedir refuerzos para meterlo dentro del móvil policial.

Según le dijo el dueño del hotel a Rossi, esto había sucedido el mismo día que Lorenzo y Meg huyeron. Hacía una semana.

Cuando el lunes temprano sonó el despertador, Rossi maldijo en voz alta y se apuró a apagarlo. Se quedó en la cama unos minutos más recordando la conversación que había mantenido, la noche anterior, con Mary por teléfono. Notó que ella disimulaba su ansiedad detrás de una voz artificialmente calma.

“Es mucho más fuerte de lo que parece”, pensó con admiración. Si no hubiera sido por su insistencia nunca nos hubiéramos enterado que la niña seguía con vida. Le impresionó que, hubiera convencido a Greg para que no fuera a la policía, todavía se acordaba de lo necio que podía llegar a ser. Esta era su mayor preocupación, si la policía intervenía ahora se daría la alerta y arruinarían las pistas que estaban siguiendo. ¡No volverían a ver más, a la niña! Estaba seguro. Necesitaban ganar tiempo y tener más información sobre Manuel. “El urso”, como lo llamaba internamente. La mirada huidiza mientras hablaba dejaba claro que mentía. Algo sabía que no había dicho. Esperaba que sus hombres descubrieran que era.

Se levantó de la cama y se dirigió a la cocina a prepararse el desayuno. Metió unas tostadas en el tostador eléctrico y puso agua a calentar para el café. Mientras tanto se dio una ducha y salió del baño justo cuando la pava empezaba a silbar.

Estaba disfrutando de su desayuno que siempre le parecía la mejor hora del día cuando sonó su celular. Atendió y se enteró que la policía de la estación estaba interrogando a varios de sus hombres.

Marcó el número directo del jefe de la seccional que, por suerte era uno de sus amigos dentro de la fuerza y le debía varios favores. Le advirtió sin darle mayores detalles que

sus hombres estarían investigando por un tiempo en la zona.

El resto de la mañana, atendió a un empresario de Brasil que llamó solicitando sus servicios. Era un mercado al que le interesaba mucho entrar y se tomó un buen tiempo para explicarle como funcionaba su empresa y los servicios que prestaba.

Terminó de hablar. Miró apurado su reloj y se puso en marcha. Estaba impaciente por hablar con la madre de Lorenzo en el hospital y sabía que el horario de visita empezaba a las tres de la tarde y duraba sólo dos horas.

A las 2,30, subió a un taxi en la esquina de su casa y le dio la dirección del hospital Dr. Cosme Argerich, situado en el barrio de la Boca.

Al llegar, preguntó a una de las mujeres que atendían en el sector de internaciones por la señora Solís.

Le pareció que había caminado kilómetros cuando encontró la sala en donde estaba internada la mujer.

Era un cuarto grande y con varias camas. Iluminado por tubos fluorescentes que despedían una luz blanca mortecina.

-La pasaron hace nada más que seis horas desde terapia intensiva a la sala de recuperación –le dijo la enfermera que lo acompañó hasta la cama en donde estaba la madre de Lorenzo.

La mujer tenía los ojos cerrados y la palidez de su rostro lo asustó. Estaba muy golpeada, hacía una semana la habían operado de emergencia para extraerle el bazo perforado por una costilla rota. Parecía que en su cuerpo magullado no quedaba nada sano. Además de la operación que había sufrido, tenía rotos un brazo y dos costillas ¡El hijo de puta, la había pateado con saña!

-Sobrevivirá –le dijo la enfermera mirándolo de reojo mientras cambiaba la vía principal del suero.

Acercó una silla a la cabecera de la cama y cuando la mujer se retiró, la llamó en voz baja:

-Señora Solís –la mujer no se movió. Repitió el llamado levantando un poco la voz y vio como se agitaban las pestañas y aparecía un rictus de dolor en su boca.

Abrió los ojos lentamente y lo miró. Rossi, se vio inmerso en dos lagos negros y profundos. Parecía que todo el dolor del mundo se reflejara en ellos. Notó que a medida que la mujer recobraba el pensamiento, una expresión de terror veló su semblante.

-Señora Solís, no se asuste –habló, despacio con voz calma– soy un amigo. Estoy

buscando a su hijo Lorenzo y a otro niño que estaba con él, en el hotel.

Lo miró con las pupilas dilatadas por el pánico pero permaneció en silencio.

-No tenga miedo –apoyó su mano en el brazo sano y notó como encogió su cuerpo debajo de las sábanas. Un ¡Ay! involuntario de dolor escapó de su boca.

-Me contrató la madre del otro niño para que lo busque. ¡Está desesperada y necesita su ayuda!

-Yo... no sé nada –dijo, acorralada mirando para todos lados.

-Su marido está preso por lo que le hizo. No tiene ninguna posibilidad de salir y volver a lastimarlos a usted o al niño.

Alcanzó a ver como se llenaban sus ojos de lágrimas, antes que volteara la cara. Unos minutos después estaba dormida.

La enfermera le hizo gestos con la mano para que saliera y la dejara descansar. En la puerta cuando se iba, oyó que dos policías preguntaban por ella.

Mary escuchó horrorizada la situación de la mujer.

-¿Crees que hablará conmigo?

-Es posible. Mañana voy a volver a insistir para que me diga

todo lo que sabe. Tal vez sea bueno que vengas y hables con ella. Sé que no me creyó cuando le dije que el marido estaba preso y no podía volver a lastimarla. Estoy convencido que cree, que me mandó a averiguar el paradero del niño.

¡Pobre mujer!, pensó Mary cansada. Ojalá sepa algo que, ayude a ponernos sobre la pista de los niños. ¡Dios! Meg parece tan cerca y sin embargo, tan inalcanzable. ¿Dónde estará en éste momento? ¿Tendrá frío? ¿Hambre? ¿Cómo será Lorenzo? ¿La cuidará? Prefiero que haya escapado de Rosa pero, la calle no me da menos miedo.

Tomó su chequera y le extendió un cheque por varios miles de pesos a Rossi. Lo acompañó a la salida mientras arreglaban encontrarse al día siguiente a las tres de la tarde en el hospital.

Como eran las seis y el sol ya no pegaba tan fuerte, decidió salir a dar una vuelta por el barrio para bajar su ansiedad. Estaba segura que de no hacerlo, no podría dormir a la noche.

Belgrano había sido su barrio desde que se casó con Greg. A medida que caminaba por él, se sintió como una extranjera. “¿Es posible que el barrio hubiera cambiado tanto? No. Es mi mundo el que cambió. No queda nada de la mujer que partió de

vacaciones con su hija, al campo de los padres, hace tan sólo unos meses. No hay padres, no hay marido y ni siquiera sé donde está mi hija. ¿Qué le diré a Meg, cuando la encuentren?” En su fuero íntimo, nunca dudaba que lo harían. “¿Podrá adaptarse? ¿Sentirá otra vez el desarraigo cuando no vea a su padre en casa? ¡Maldito Greg! Por fin había abierto los ojos y lo había visto tal cual era”. ¡Pero no era fácil sacarse de encima tantos años de matrimonio!.

Había llamado esa mañana a una inmobiliaria de la zona para que tasaran la casa. Les dijo que volvería a llamar en un par de días para ponerla en venta. No lo quería hacer antes de la vuelta de Meg, pero, si tardaban más de dos meses en encontrarla, entonces se mudaría igual. ¿Quién sabe, tal vez para Meg, fuera más fácil empezar de nuevo en otro lugar? Volvió distraída a su casa y con la cabeza llena de dudas y preguntas para las que no tenía respuesta. A medida que se fue acercando al portón del jardín de su casa, observó, una camioneta azul estacionada bloqueando el acceso. La rodeó sorprendida y entró, el corazón se saltó un latido cuando lo vio.

Marc la esperaba apoyado en la puerta de entrada y a pesar de su sonrisa socarrona sintió su intensa mirada sobre ella.

-Hola chiquita. Te extrañaba –dijo acercándola hacia él y dándole un beso que la dejó sin aire. Le sacó de la mano, las llaves de la puerta de entrada y con un brazo rodeándole los hombros abrió la puerta.

-Pero... el auto...

No la dejó terminar. Selló con su boca la de ella en un beso profundo mientras sus manos fuertes y experimentadas le recorrían el cuerpo haciéndola olvidar todo lo que no fuera ese momento.

Un par de horas después, la oscuridad de la noche había invadido todos los rincones de la casa. Prendieron las luces y se sentaron a la mesa de la cocina en donde Mary preparó unos huevos revueltos y le contó todo lo último que sabía de Meg. Hablaron durante mucho tiempo, horas enteras, compartiendo sus vidas, sus ilusiones y sus desdichas. Cuando quisieron darse cuenta, la luz de la mañana empezaba a iluminar la cocina. Mary nunca se había sentido tan cerca de otro ser humano, ni tan amada y protegida. Le vinieron a la mente los rostros sonrientes de Doris y Peter. “¡Ojalá la estuvieran viendo allá donde estaban! Ellos sabrían”, pensó.

Había quedado con Rossi en encontrarse en la puerta del hospital. Eran la una de la tarde y todavía seguía en la cama. Oyó que Marc estaba abajo en el escritorio hablando por teléfono con su banco. La noche anterior la había convencido a que aceptara un préstamo de él y no vendiera la estancia. Se levantó de prisa, se duchó y bajó a tomar café en la cocina. Marc, le había dejado una nota sobre la mesa avisándole que regresaría a las cinco de la tarde. Aprovecharía su estancia, en Buenos Aires, para reunirse con el exportador de lana y vender el producto de la esquila del campo. Había intentado acompañarla a visitar a la madre de Lorenzo al hospital pero ella no lo dejó. Tenía miedo de asustar a la mujer si llevaba más gente.

A las tres de la tarde, parada en la puerta del hospital, buscó nerviosa a Rossi entre la gente que entraba y salía del lugar.

Lo vio llegar apurado hablando por su celular. Cuando estuvo a su lado la tomó del brazo y la llevó hasta la sala en donde estaba internada la mujer.

A Mary le impresionó la fragilidad de la misma. Estaba recostada sobre la almohada y su cuerpo flaco apenas abultaba bajo las mantas. Miraba el techo con una mirada hipnótica, sumida en sus propios pensamientos. Mary le hizo un gesto a Rossi para que se quedara en el pasillo y la dejara hablar a solas con ella.

Cuando llegó a su lado la mujer permaneció indiferente.

-Señora Solís. Soy Mary, la madre de la niña que escapó con su hijo.

La mujer volteó la cabeza sobresaltada—. No tengo nada que ver con eso —dijo despacio.

La policía había estado el día anterior y le había pedido que hiciera la denuncia contra su marido. No se animó. “¿Qué saben ellos? Si lo denuncio, me matará cuando salga”. No era la primera vez que la amenazaba.

Aunque sufría terribles dolores por los golpes recibidos, más, sufría por la situación de Lorenzo. Lo iba a extrañar pero ya lo tenía decidido. No diría nada que pudiera llevarlos a él. Por lo menos en la calle tendría una oportunidad. ¡Se sentía tan culpable de la vida que le había dado! Su primer marido le había insistido que abortara cuando se enteró del embarazo. Pero ella se negó y resistió sus embates como pudo. Era devota de la virgen de Guadalupe y le había encomendado al niño desde su concepción. Dos años después, del nacimiento, él se marchó con otra mujer. Cuando conoció a Alan creyó que, por fin, su vida había cambiado. Unos meses más tarde, la vida se burlaba despiadadamente de ella desengañándola. Pero ya no tenía fuerzas para escapar a su destino.

¿Quién era ésta mujer y qué quería de ella? ¿Qué tenía que ver Lorenzo con una niña? Por lo que sabía, él había huido con un niño de seis años. No entendía en que momento lo había conocido. Ella no vio a ningún niño de esa edad en el hotel. Estudió a la mujer bien vestida parada al lado de su cama.

-Lo siento señora, no se de que me habla.

Mary corrió la silla y se sentó al lado de la cabecera. Inspiró profundamente y en voz baja, sin inflexiones, le contó del secuestro de Meg, del frustrado intento de rescate, de cómo la habían dado por muerta para enterarse varios meses después que, Rosa la había llevado a Buenos Aires disfrazada de varón. Su voz mientras hablaba se entrecortaba reprimiendo el llanto.

-Por favor señora Solís, usted es madre como yo. Necesito su ayuda para encontrarlos.

-No se como podría ayudarla...

-¿Lorenzo tiene algún lugar al que vaya siempre? ¿Conoce a alguien que lo pueda refugiar en su casa?

-No. Acabamos de llegar al país. Es un niño acostumbrado a estar en la calle. Es la forma de escapar que tiene de su padrastro. Yo me paso el día buscando trabajo y no me puedo ocupar de él. Esta vez si Alan lo encuentra lo va a matar –dijo con una seguridad que impresionó a Mary.

Quedó en silencio. Buscaba frenética en su cerebro las palabras que pudieran convencer a la mujer y les dijera donde hallarlos. La hora de visita estaba por terminar y la enfermera iba a venir a buscarla para decirle, que se fuera, en cualquier momento. Se puso en su lugar. Su mente repasó todo lo que sabía de ella. Y... ¡Por fin entendió!

Habló sin parar durante más de veinte minutos. Calló y esperó con el corazón en vilo la respuesta de la mujer, después, hizo dos llamadas telefónicas y se dispuso a esperar sentada en silencio al lado de su cama.

La policía y su médico personal llegaron una hora más tarde. La mujer declaró durante una hora y firmó la denuncia contra su concubino. No sin antes, dar una larga mirada a Mary quién, permaneció a su lado todo ese tiempo.

El médico la revisó exhaustivamente y llamó a la enfermera para que avisara al jefe de internaciones que quería hablar con él.

Tres horas más tarde partía en una ambulancia, acompañada por Mary, hacia la casa de ésta.

El nombre de pila de la mujer, era Juanita y le contó que había trabajado de empleada doméstica durante diez años con una familia en Lima. Alan, su concubino, trabajaba como obrero de la construcción antes de que, lo echaran por quinta vez del trabajo, por llegar borracho. Como nadie quería volver a contratarlo, decidió juntar a su familia y probar suerte en la Argentina. Estaba seguro que allí lo apreciarían. Juanita oyó con desconfianza sus planes de mudanza pero no se animó a contradecirlo.

Mary acomodó a la mujer en el cuarto que había sido de Rosa. Le preparó una comida liviana y se la llevó en una bandeja a la cama. La acompañó mientras comía.

-Estuve pensando –le dijo Juanita– que en Perú, Lorenzo se pasaba el día en la estación de trenes. Era un lugar al que le fascinaba ir. Acá me acompañó al día siguiente de llegar, a la estación de Retiro y quedó deslumbrado. Tal vez habría que buscarlos allí.

Mary le contó lo último que sabía de los niños tratando de no asustarla. Ya había sufrido bastante, como para agregarle además, la pelea de Lorenzo con el cabecilla de una banda de la estación. Conversaron un rato sobre ellos y cuando vio que a la mujer se le cerraban los ojos, recogió la bandeja y salió del dormitorio para dejarla descansar.

-¿Cómo está? –preguntó, Rossi. Acababa de llegar de su oficina, en donde había verificado los antecedentes de la mujer, con un viejo contacto que tenía en Perú.

-Bien, pero muy cansada. Dijo que debemos buscarlos en la estación.

Rossi, había hecho algo más que hablar con su contacto. Estuvo reunido con Luis Glazer. Miembro de su equipo y ex agente de la SIDE, experto en computación. Era el mejor para descifrar mensajes codificados enviados por Internet. Había dedicado buena parte de sus cuarenta y seis años a esto y conocía mucho de los logos que usaban en sus páginas, las redes de pedofilia y prostitución. Se metió en ellas tratando de hallar fotos o mensajes que tuvieran que ver con Meg.

Al igual que Rossi aborrecía con toda su alma a los pedófilos o a cualquiera que sometiera vilmente a la esclavitud a otra persona. En el caso que, el sometido fuera un niño, su odio no conocía límites.

La Trata de blancas y el tráfico de personas en el país, había aumentado terriblemente en los últimos años. “Es increíble lo poco que les importa a nuestros políticos. En realidad, lo poco que le importa a nadie de la clase dirigente”, pensó Rossi. Cada tanto leía en los diarios, alguna noticia relacionada con el tema ó lo rozaban los canales de televisión. Sobre todo había un periodista que se ocupaba del tema, pero era el único. Nunca se producía un debate serio y profundo a nivel nacional que, obligara al gobierno a tomar medidas serias sobre la trata de personas. El ciudadano común también es responsable, se dijo. Piensa que a ellos no les va a pasar, que esas cosas les ocurren a los otros... hasta que llega el día en que su propia familia lo sufre y entonces, es tarde. De nada sirve, ahora, que vaya a los canales de televisión para reclamarle al gobierno leyes más duras. Que llore pidiendo ayuda a sus conciudadanos. Que organice marchas iguales, a las que él, no fue. Que despotrique contra la policía. Todos oirán su caso horrorizados por televisión y después de una propaganda u otro programa que les acorte la angustia, seguirán indiferentes con sus vidas. Sacudió la cabeza asqueado.

La venta de bebés a extranjeros para su adopción ilegal. El uso de niños y niñas por redes internacionales de pedofilia. Adolescentes y mujeres jóvenes escondidas y encerradas, durante años, en prostíbulos de provincias ó del extranjero, sometidas a esclavitud sexual hasta que sus cuerpos agotados y envejecidos por las enfermedades eran dejados de lado por inservibles. Todo manejado por grupos mafiosos que cuentan con la anuencia de jueces, políticos, abogados y policías”. Se indignó. Estaba seguro que la mayor parte de los pedidos venían de afuera y se hacían en su gran mayoría por Internet. “Es como una gran subasta de esclavos del siglo XVIII y principio del XIX pero con todas las herramientas tecnológicas de éste”. Pensar que, se denominó trata de blancas porque las organizaciones encargadas de traer mujeres, lo hacían desde

Europa del este, especialmente las traían de Polonia y Rusia.

Sabía que las ganancias de estas mafias eran enormes, pero la ruta del dinero era muy difícil de seguir con tantos paraísos fiscales en el mundo.

Se quedó un rato más en su oficina, revisando las fotos ó mensajes que Luis Glazer bajaba de las páginas.

Rosa y Julián habían pasado la frontera y entrado a Paraguay, el mismo día que Meg se escapó con Lorenzo.

La indignación de la mujer no tuvo límites cuando se dio cuenta que, la mocosa le había robado parte del dinero que tenía escondido en su cinturón debajo de la almohada de la cama del hotel.

Había intentado de todas las maneras posibles convencer a Julián para buscarla, pero él no quiso saber nada. Quería salir del país cuanto antes. Tenían el dinero del rescate y podían seguir adelante con sus planes.

-¿Cómo? –le gritó Rosa– Sin la niña, no seremos una familia.

Veía romperse en mil pedazos su sueño por culpa de la mocosa y no estaba dispuesta a irse del país sin ella. Además debía castigarla. “Se ha portado muy mal. No es una niña buena. Debe aprender”

Hablaba sola mientras recorría el cuarto del hotel de una punta a la otra.

-Buscaremos otro niño en cuanto lleguemos a Paraguay y lo llevaremos con nosotros a Santos, en Brasil –le prometió para tranquilizarla.

-¡Niña!, no niño –gritó furiosa.

Julián, la conocía demasiado bien como para dejarla sola y se convirtió en su sombra hasta que el ómnibus partió.

Capítulo XIX

Era de noche tarde y estaban en la cocina de una casa de material dentro de la villa 31. El hombre les había dicho que esperaba a una persona. Había tratado de separarlos cuando llegaron, pero, Meg, lloró, pateó y mordió impidiéndolo. El hombre entendió que sólo maltratándola podría alejarla del niño. Con una filosofía basada en su espíritu mercantilista, se encogió de hombros y prefirió no arruinar la mercadería hasta que su jefe la viera.

Pensó regocijado en el detective privado. ¡Qué idiota! creyó que se había tragado el cuento del marido furioso buscando a su mujer y su hijo. No sólo se los había birlado delante de las narices, sino que, le había pagado para hacerlo. Rió. Le había bastado un simple llamado al hotel para enterarse lo que pasaba.

Por un momento estuvo tentado en hacer su propio negocio cuando se enteró que la niña que, tenía en su casa hacía una semana, era víctima de un secuestro. Pero era muy difícil escapar al brazo de su jefe. Tenía relaciones políticas y alcahuetes pagados con los planes de asistencia social que, daba el gobierno a los punteros políticos que, no dudarían en denunciarlo si se enteraban. El sistema estaba muy bien aceitado y llegaba hasta las esferas políticas más altas. Incluía ministros, senadores, jueces, fiscales, abogados y varios jefes policiales.

Miró a los niños estudiándolos astutamente. El peruano es demasiado avisado para su edad. “Este traerá problemas” pensó. “La niña, en cambio, valdrá su peso en oro”.

El ruido de voces y ladridos de perros en la calle lo alertaron de la llegada del jefe y su séquito.

Llevó a los niños a un cuarto al fondo de la casa, antes, de abrirles la puerta.

-¿Y dónde está la sorpresa? –preguntó Daniel, su jefe, cuando entró. Por la forma burlona de preguntar, advirtió, que no creía que fuera nada especial. Los hombres que lo acompañaban festejaron el tono. Daniel, estaba de muy buen humor. Le acababan de entregar el producto de la venta de drogas de la quincena y el resultado había sido mucho mejor de lo esperado. Las drogas y el negocio del juego clandestino iban viento en popa. ¡Ni hablar de lo otro!.

Miguel se levantó de la silla con ganas de mandarlo a la mierda por la condescendencia que sintió en su voz y buscó a los niños. Lo que vio en el rostro del puntero cuando apareció Meg, lo compensó.

-Prepárala –dijo el hombre, después de estudiarla unos minutos. Había un respeto nuevo en su mirada.

-¿Qué hago con el niño? –preguntó.

El otro se encogió de hombros dándole una palmadita en la cabeza a Lorenzo y se marchó.

Las fotos de cuerpo entero y desnudo, de los niños y mujeres, se habían mandado por

Internet hacía diez días, estaban acordes al pedido de edad, raza y color que hicieron los clientes. Las edades oscilaban entre los seis y los veintiséis años. A las niñas y mujeres, las habían traído desde las provincias de Misiones, Chaco, Formosa y Salta. De la provincia de Buenos Aires, tenían sólo dos niños varones de seis y siete años.

Habían dividido al grupo en dos y los alojaron en dos casas del conurbano bonaerense, controladas por dos viejas prostitutas de confianza. En una semana los trasladarían a todos a San Miguel, provincia de Buenos Aires.

Los mandamás de los más selectos y secretos prostíbulos del mundo, se reunirían allí, para hacerse cargo de la entrega. Habían depositado unos días antes, un fuerte anticipo del pago a nombre de una firma internacional, exportadora e importadora de muñecas, llamada Dolly's S.A. Los depósitos fueron hechos en bancos ubicados en paraísos fiscales. Como siempre, el pago final, lo realizarían el día de la entrega, a la mañana.

A último momento, se cursaron invitaciones con la foto de Meg para participar en una subasta. Por los montos de las ofertas recibidas en la computadora notaron que había mucho interés en ella. Astutamente el jefe de Miguel, decidió que, las ofertas finales se recibirían el día de la reunión.

La niña apareció en la foto, vestida con un camisón largo y blanco que acentuaba su apariencia angelical. Sus ojos azules miraban directamente a la cámara agrandados por el miedo y su boca daba la impresión de estar temblando. Parecía a punto de echarse a llorar.

Miguel esperaba con ansiedad la llegada del japonés, era el cliente que mejor pagaba y siempre agregaba un extra para él. Venían también, un alemán, dos españoles y un canadiense. Todos clientes habituales que querían terminar con "el trámite" antes de navidad. "Es una fecha para pasar en familia y no, para estar viajando" explicó uno de los españoles por teléfono cuando arreglaron la fecha de la entrega. Miguel se rió encantado con la salida del hombre y eso le dio una idea:

En el aviso codificado que mandó por Internet, colocó otra foto más de Meg, en donde se la veía sentada en las rodillas de un papa Noel con el torso desnudo y compartiendo, el chupetín que tenía en la mano con el hombre.

Miguel, había avisado a sus contactos dentro de la policía y ese día habría varias cuadras liberadas alrededor, del lugar, en donde sería la entrega. Sabía que cada uno de sus clientes viajaba con sus propios custodios, pero, igualmente ellos tendrían varios hombres apostados en las intermediaciones, por si acaso. No se podían permitir sorpresas de último momento.

Observó a la niña y vio que seguía tomada de la mano de Lorenzo. Tenía el pulgar de la otra mano en la boca. ¡Sólo ese gesto, vale una fortuna!, pensó, acostumbrado a mirar a los niños en función de la plata que le dejaban. El gesto inocente y la mirada límpida de sus ojos azules los volvería locos. ¡Sería la estrella de la reunión! Sara, su novia, la había preparado para las fotos.

Cuando la trajo a su casa, el nacimiento del pelo dejaba ver un manchón bastante grande de raíces rubias. Hubo que decolorarle el cabello para sacarle toda la porquería que le habían puesto y vestirla de blanco. El color de la pureza, se rió. ¡Será un buen regalo de navidad!

¡Qué poco falta para navidad! pensó Mary. Poco después venía el cumpleaños de Meg.

La consoló, algo, saber que la niña estaba con Lorenzo. Juanita le repetía todo el tiempo que Lorenzo era un buen chico y trataría de protegerla. “Un niño de once años... ¿qué puede hacer? pensó. Aunque, once años vividos prácticamente en la calle, avivan y maduran a cualquiera...”

Habían pasado dos días desde que llevara a la madre de Lorenzo a vivir a su casa y durante ese tiempo habían hablado horas enteras de sus hijos, de ellas y sus matrimonios. Hicieron un repaso de sus vidas y se contaron cosas que en otro momento no hubieran dicho a nadie. La desaparición de sus hijos las había unido muchísimo.

El médico que iba todos los días a revisar a Juanita estaba sorprendido por la recuperación de la mujer. La había autorizado a levantarse de la cama y dar pequeños paseos por el jardín.

“El no entiende, sonrió Juanita, lo que significa sentirse segura y protegida. Es lo que más ayuda para sanar las heridas físicas y espirituales”.

Mary, le había ofrecido que trabajara para ella cuando se curara. Lo que quería decir, pensó, que viviría en esa casa tan linda, y con gente buena y amable. ¡Estaba muy ilusionada! Por primera vez miraba el futuro con esperanza. “Sólo espero que encuentren rápido a los niños para ser completamente feliz”, se dijo íntimamente. Quería ver la cara de Lorenzo, cuando le dijera que Alan estaba preso y no lo verían más. ¡Al fin podría darle, algo más que miedo! Lo mandaría al colegio, tendría muchos amigos. Más adelante iría a la universidad. “Siempre fue un niño despierto, si Dios me ayuda, algún día será alguien”, soñó despierta.

Tocó con su mano la medallita que siempre llevaba colgada en el cuello y le prometió a la virgen de Guadalupe que, si encontraban a los niños, iría hasta el santuario y entraría de rodillas por la nave central hasta llegar al altar. Le pidió que bendiga a Mary y les devuelva, a las dos, los niños sanos y salvos. Le rogó:

“Madre, llega navidad. Recuerda que ese día tuviste por primera vez a tú hijo, el niño Jesús, en tus brazos. ¡Ayúdanos para que nosotras, madres también, podamos tener en nuestros brazos a los nuestros”.

A cada hora que pasaba se sentía más fuerte. Quería limpiar la casa o hacer la comida, pero, Mary no la dejó.

-Ya habrá tiempo para eso Juanita, siéntate en el jardín un rato y toma un poco de sol, eso te ayudará a recuperarte.

Se sentó afuera en el jardín y exprimió todo lo que pudo su cabeza intentando adivinar a donde se habría dirigido Lorenzo con la niña.

Rossi habló varias veces con ella para estar seguro que, no había pasado por alto algún otro lugar al que al niño le gustara ir, o del que hablara todo el tiempo. Pero por más que ella se estrujara el cerebro una y otra vez, no encontraba una respuesta para darle.

Supo que los niños habían estado en la estación y de la pelea de Lorenzo con el

cabecilla de una banda. Pero a partir de ahí nadie los había vuelto a ver.

Notó que Mary tenía una fe inquebrantable en que los iban a encontrar. ¡Ella, ahora también!, sonrió, desconociéndose.

Se levantó apurada para atender el teléfono que estaba sonando en el escritorio desde hacía unos minutos. Había estado tan metida en sus pensamientos, que se había olvidado que, no había nadie en la casa.

Marc, había partido temprano al centro y había avisado que no volvería hasta las cinco de la tarde. Mary, había salido hacía quince minutos a comprar unas cosas que faltaban para el almuerzo y todavía no había regresado.

Cuando advirtió que estaba sola en la casa su estado de ánimo se ensombreció cambiando por completo. Fue a atender el teléfono, con el corazón galopando enloquecido en el pecho. Todavía no se había acostumbrado a que Alan no estuviera cerca de ella amenazándola y esperaba verlo aparecer en cualquier momento cuando se quedaba sola. Hizo un esfuerzo para atender.

¡Gracias a Dios, era Greg!. Quería hablar con Mary porque al día siguiente se iba a Londres por veinte días.

-Dígale que me llame cuando llegue, estaré en la oficina hasta tarde.

Apenas cortó, oyó que se abría la puerta de entrada y entraba Mary cargada de bolsas del supermercado. Le avisó del llamado.

-¿Hola? –habló, distraída por el teléfono que había en la cocina mientras sacaba las compras de las bolsas y se estiraba para guardarlas en las alacenas. Le hizo gestos a Juanita con la mano para que le pasara un paquete de azúcar que tenía al lado.

-Hola Mary, te llamé porque mañana me voy a Londres por veinte días y quiero decirte algo antes.

Mary, escuchó en silencio. Por el tono de su voz estaba segura que no le iba a gustar lo que tenía para decirle.

-Susan está embarazada.

Se quedó muda, absorta... ¿Qué debía decir?... ¡Felicitaciones! ¡Qué buena noticia! Estoy tan contenta por ustedes dos... ¡Ahora entiendo porque no podías ayudarme a buscar a Meg!. Sintió salir a flote el viejo resentimiento.

-¿Mary? –la llamó preocupado.

-Estoy acá. No se que decirte... Espero que tengas un buen viaje. –Se arrepintió apenas lo dijo. Sonaba como si le echara una maldición. El no se dio por aludido.

-Mary, estuve pensando detenidamente y si a mi vuelta no hay noticias de Meg, iré a la policía.

Cortó en estado de shock. Juanita, que estuvo a su lado todo el tiempo mientras hablaba por teléfono, al ver su cara le alcanzó una taza de té bien cargado que acababa de preparar.

-¿Qué hace que algunos sean tan miserables? –preguntó angustiada.

-Si lo supiera, no tendría al mío preso.

La lógica sencilla de la mujer, la hizo reír.

Rosa, ya había puesto los ojos en la próxima presa. Su víctima tenía aproximadamente tres años y vivía junto a su madre en el hotel de Asunción, en Paraguay, en donde estaban parando. No llenaba completamente sus requisitos. Tenía el pelo de color negro azabache y sus ojos eran oscuros. La contrariaba terriblemente que, no calzara con la imagen que tenía en la cabeza, desde hacía años, de cómo debía ser físicamente la hija de la familia perfecta. “Pero, peor es ni siquiera tener una hija”, pensó, con la mirada afiebrada.

Habían llegado al hotel hacía una semana y conocía todos los movimientos de la pequeña y su madre.

Había advertido que todos los días durante dos horas y después del almuerzo, la madre la dejaba jugando con otros pequeños, en la plazoleta que, había enfrente del hotel mientras ella se iba a descansar a su dormitorio. “Con los peligros que hay hoy en día ¿cómo puede dejarla sola?” Se preguntó, indignada, mirándola jugar desde un banco de la misma plazoleta.

El día anterior había estado hamacándola, un rato largo, mientras conversaba con ella.

La niña había formado fila ante, una de las dos hamacas que había en el lugar y cuando llegó su turno, un niño mayor que ella la empujó sacándola de la fila.

Sintió como si le clavaran un puñal en el pecho. Se levantó de un salto con la cara roja de ira y de un sople estuvo ante el niño.

-¿Cómo te atreves? – le dijo, frenando de golpe la hamaca y haciendo que el chico perdiera el equilibrio y cayera en el suelo cubierto de arena.

-¡Ven, sube! –dijo a la niña, ayudándola a hacerlo– ¿Cómo te llamas?

-Soledad, pero me dicen Sole.

“Debo cambiárselo, no va con nuestra familia.”

Un día después, desde su cuarto en el hotel, miraba por la ventana esperando que fuera la hora en que apareciera en la plazoleta. Había arreglado con Julián encontrarse en la terminal de ómnibus. El llevaba el dinero y el equipaje con la ropa nueva comprada en Buenos Aires. Una vez más, había cambiado su aspecto apenas llegó a Paraguay y se alojaron por unas horas en un hotel cercano a la terminal de ómnibus. Largó una risita mientras miraba su nueva imagen en el espejo de la puerta del ropero.

“Ahora soy una anciana respetable”. “La abuelita que todos quisieran tener”.Largó una carcajada. Se había teñido el pelo de blanco y se compró ropa imitando la que había visto en una revista de moda, en donde venían, modelos para madres y abuelas de última generación.

Se dio los últimos toques en el maquillaje y se asomó por la ventana. “Ahí está, puntual como siempre” Ese era un rasgo que le gustaba.

Se sentó en la cama a esperar pacientemente que pasara media hora para bajar a buscarla. Quería asegurarse que la madre estuviera profundamente dormida antes de hacerlo.

Media hora después, cruzó la calle y se dirigió a donde estaba ella.

-Niña ¡rápido! Tu madre tuvo un accidente y me encargó que te lleve junto a ella. Debemos tomar un ómnibus porque la trasladaron a un hospital que queda a varias cuadras de aquí.

Notó que la chiquita se puso pálida y no dudó de sus palabras. Se dirigió a la terminal llevándola de la mano. Caminaba apurada, casi corriendo.

-Si alguien te pregunta, debes decirle que soy tu abuela. Sino, no me dejarán llevarte junto a tu madre. ¡Entiendes?

-Sí.

Capítulo XX

Algo se está cocinando, pensó Pablo. Había notado un nerviosismo nuevo, casi febril, en los hombres que rodeaban al puntero de la villa. Hacía cuatro días que seguía a Miguel, el urso, y lo había observado mantener frenéticas reuniones, con varios mafiosos conocidos. Los notaba excitados, ¡como en ascuas!. El tenía una larga experiencia y sabía como se ponía la tropa antes de pasar a la acción. Llamó a Rossi, su jefe.

-¿Tienes idea de que se trata? –le preguntó, después de oírlo atentamente.

-Sólo sé que es una entrega importante antes de navidad. Es todo lo que pude averiguar.

-¿Dónde?

-En la provincia de Buenos Aires.

Llamó por teléfono a Juan Minelli, hombre de su total confianza dentro del departamento de inteligencia de la policía federal. Rossi había estado bajo su mando en otra época y en la actualidad, era uno de los jefes de mayor rango dentro de la fuerza.

-Te hacía en Méjico –dijo, después de oírlo–. ¿Qué tienes que ver tú, con todo esto? No hay guerrilleros entre ellos. Es una banda mafiosa dedicada al juego, las drogas y la prostitución. Llevamos meses siguiéndola. Debes correrte, acá no hay nada que pueda interesarte. Logramos infiltrar a uno de los nuestros y su vida corre serios riesgos. Hay gente involucrada muy importante. Va a producir mucha impresión cuando se sepa.

-Busco a una víctima de secuestro y todo me dice que ésta banda tiene que ver con ello.

-¿La niña?

¡Que hijo de puta! Todo este tiempo mientras hablaban, sabía de qué se trataba, se rió. Él, mejor que nadie debía saberlo. Los conocía a fondo y sabía lo buenos que eran. De hecho, a muchos de sus hombres los había sacado de allí.

Todos provenían de grupos comandos con capacitación a nivel internacional, entrenados duramente para llevar a cabo misiones dentro y fuera del país.

El y Minelli habían pertenecido al grupo táctico Halcón. Una unidad policíaca que actuaba dentro de la provincia de Buenos Aires, formada para combatir ataques terroristas, recuperación de rehenes, narcotráfico, recuperación de objetivos tomados, piratería aérea, seguridad del presidente de la nación, del gobernador de la provincia de Buenos Aires y de dignatarios y altos funcionarios extranjeros que visitaran el

ámbito provincial.

Había organizado a sus hombres siguiendo los parámetros de su antiguo equipo dentro del grupo Halcón, sólo que en vez de quince hombres como tenía cada uno de los equipos, él tenía veinte. Su equipo estaba formado por tres francotiradores, un médico, un negociador, dos expertos en explosivos y demolición, un especialista en comunicación, dos expertos en inteligencia y computación y diez miembros de asalto y tácticas. El entrenamiento riguroso en disparo, inserción, paracaidismo, explosivos, tiro a distancia, inteligencia, artes marciales y manejo ofensivo; lo hacía un comando de elite, apto, para las arriesgadas misiones para las que era contratada su empresa.

Entró en la oficina en donde trabajaban los dos expertos en computación. Estaban tan concentrados en las pantallas de sus computadoras, que apenas notaron su presencia. Los dos mostraban signos visibles, de no haber dormido suficientes horas en los últimos días. Se habían dividido el trabajo y mientras uno revisaba las páginas codificadas que tenían que ver con la prostitución. El otro se metía en las que pudieran llevarlo hacia las redes de pedofilia. Casi todas estaban encriptadas y había que hacer un trabajo largo y tedioso para poder abrirlas.

Luis Glazer, miró a su compañero pensativo y estiró los brazos por encima de su cabeza para aliviar la tensión de la espalda.

-Salgo a almorzar, ¿quieres que te traiga algo? –le preguntó a León Perez, el otro experto.

-No, te acompaño, necesito tomar aire. ¿Vienes? –le preguntó a Rossi.

Contestó que no, quería hacer unos llamados y averiguar de qué se trataba la entrega que, haría antes de navidad, el grupo que estaba investigando su ex jefe.

Se sentó en el escritorio y comenzó a hacer las llamadas. Advirtió, sorprendido, un hermetismo muy fuerte en cada una de las personas con las que habló.

A las tres, recibió una llamada:

-Empresa Dolly's –dijo una voz conocida del otro lado y cortó.

Acercó la guía comercial y entre sus hojas encontró seis empresas que llevaban ese nombre. Cuatro de ellas, eran jugueterías de una misma cadena y estaban ubicadas en las principales avenidas comerciales de la capital. Las dejó para investigar más tardes. La quinta, era una empresa de exportación de ropa de niñas y la última, era una fábrica de muñecas, que exportaba lo que producía a los Estados Unidos y a varios países de Europa y Asia. Según decía en los avisos. Anotó las direcciones y salió decidido a darse una vuelta por ellas.

Le costó encontrar a Dolly's. S.A. empresa exportadora e importadora, en la localidad de San Martín, provincia de Buenos Aires. Estaba ubicada en una calle sin salida en plena zona fabril. El local estaba formado por dos plantas de ladrillo colorado sin ventanas, con un enorme portón verde en el frente. A un costado de éste y en una pequeña placa de bronce, se leía el nombre de la empresa.

Estacionó el auto enfrente al portón, y tocó el timbre del portero visor que estaba ubicado bajo la chapa con el nombre. Un zumbido le indicó que podía pasar.

Nada más pasar, se encontró dentro de un salón de aproximadamente cien metros cuadrados, con largas estanterías que ocupaban todo el centro y las paredes laterales del mismo. Todas ellas estaban cubiertas por una increíble variedad de muñecas de diferentes tamaños formas y colores. Al final de cada uno de los pasillos formados por las estanterías, notó, varias oficinas de vidrio ocupadas por gente trabajando en sus escritorios. Supuso que eran las oficinas administrativas. Hasta el momento nadie se había acercado a recibirlo.

Eligió una oficina, en donde, sentada detrás de un escritorio había una mujer como de cuarenta años y se dirigió hacia allí.

La mujer levantó los ojos de la pila de facturas que tenía en frente suyo y lo miró sorprendida.

-¿En que puedo servirlo? –preguntó sin sonreír.

-Estoy por abrir un local comercial de venta de juguetes en Uruguay y me interesaba conocer sus productos.

-¿De donde nos conoce? –su voz, áspera, sonó poco amable.

-De la guía comercial. Quisiera dar una recorrida por el salón con alguien que me de los precios de la mercadería expuesta y me informe de la cantidad mínima de producto que, debo comprar para exportar.

-Debería haber llamado antes de venir. En éste momento tenemos el cupo de ventas cerrado para cualquier empresa nueva. Por suerte –dijo con la única sonrisa que le dedicó– tenemos toda nuestra producción ubicada hasta el mes de abril del año que viene

-lo fue guiando hacia la salida.

-¿Como dijo que se llamaba?

-No lo dije –contestó en tono seco.

Cuando salió a la calle y se subió al auto, vio que detrás de él se estacionaba una camioneta y que de ella se bajaba “el urso”.

El hombre entró apurado en la fábrica sin dirigirle la mirada.

Puso el auto en movimiento y tachó mentalmente de la lista que había hecho antes de salir, las otras direcciones. Ya tenía lo que

Lo despertó el ruido de la puerta al abrirse lentamente. Dejó que sus ojos se habituaran a la oscuridad y reconoció el bulto enorme que se acercaba con sigilo a la cama de Meg.

El hijo retardado de Sara, la novia de Miguel, se quedó inmóvil parado al lado de la cama de la niña mirándola dormir. Contuvo la respiración preparado para saltar, si el otro hacía algo. Pero, sabía de ante mano que no tenía muchas posibilidades. Raulito era un gigante de catorce años mucho más alto que él, y con unos músculos enormes en sus brazos. Caminaba con las piernas abiertas como si estuviera escaldado, con bastante dificultad. Después de quedarse un rato observando fijamente a la niña, se fue tan silencioso como entró.

Meg siguió durmiendo sin enterarse del escrutinio al que había sido sometida.

Cuando despertó por la mañana no recordó lo que había pasado la noche anterior, hasta que la miró. La niña con los ojos todavía cargados de sueño, le dedicó una sonrisa que le embargó el pecho de calidez. Habían pasado tantas cosas juntos que la veía como su hermana menor y estaba seguro que ella también lo sentía así.

Debo protegerla de Raulito y de los otros, ¡pero no se cómo!, pensó.

El día anterior había vuelto a oír a los hombres que, se reunían todas las tardes con Miguel, hablar de la entrega en San Miguel. Por frases sueltas que pescó al vuelo, supo que pensaban vender a Meg a unos extranjeros que llegarían al país antes de navidad. Oyó que hablaban de trasladar al mismo tiempo a todas las demás mujeres y niños.

Así se enteró que había más como ellos, pero, no tenía la menor idea en donde estaban. Faltaba pocos días para navidad y todavía no sabía como iban a hacer para escapar.

Esperaba que ayudara ser amigo de Raulito. El chico se había convertido en su sombra y gracias a la dificultad que tenía para caminar, podía escapar, fácilmente, de sus puños cuando se enojaba porque no quería jugarle al policía y el ladrón. El tenía que hacer de policía y debía dejarse matar por el retardado que, le tiraba con una pistola

con balines de goma que dolían de verdad. Como pensaba usarlo para su fuga no quería desairarlo y jugaba cada tanto con él.

La tarde anterior había dado el primer paso cuando le estuvo hablando de lo divertido que sería jugar en la calle que separaba la terminal de ómnibus, de la villa.

-Mi mamá no va a querer.

-¡Qué lástima! Pensaba ayudarte con el chico que te molesta todos los días. Seguro que, si te ve con un amigo no se anima a decirte nada – lo había oído quejarse a Sara, de un vecino de la misma edad que lo burlaba cada vez que lo encontraba por su forma de caminar.

Leyó regocijado los pensamientos que cruzaron su mente y notó aliviado que no dijo nada sobre su tamaño y el del otro chico. La diferencia era tan enorme que movía a risa el ofrecimiento de Lorenzo.

Esa mañana arremetió de nuevo con el tema.

-Puedes decirle que, estando Meg encerrada acá no voy a escapar. Dile que me deje acompañarte a comprar el pan como prueba. No tardaremos mucho –insistió, dándole otro argumento. Sabía que el chico conseguía todo lo que le pedía a su madre. Sólo tenía que poner un tono de voz lastimoso en su boca abierta y babeante, para que su madre accediera a su pedido. ¡Es increíble cómo lo logra!

Pensó en su padrastro y en lo que le haría a Raulito, de ser él su padre.

Poco después estaban los dos juntos en la panadería. Sintió que el aire tenía otro olor. Más dulce y fresco. ¡Más intenso!. Lorenzo inspiró profundamente y dejó que sus pulmones se llenaran lentamente con el olor inigualable de la libertad.

Miró para todos lados mientras caminaban, tratando de hallar algo que le sirviera más tarde en su fuga. Ni siquiera sabía que

Pasó una pareja de policías caminando a su lado y saludaron al hijo de Sara.

-Vas a rodar si sigues comiendo tanto pan –le dijo uno de ellos en broma.

-¡Mejor! Así llego más rápido a todos lados –contestó con la boca llena y señalándose las piernas.

Los policías rieron de su ocurrencia y siguieron su recorrida por la avenida.

Cuando volvían, Lorenzo trató de asegurarse otra salida:

-Ves, si vienes conmigo, nadie te molesta –notó, respeto en la mirada de Raulito.

Sara los esperaba en la puerta cuando llegaron y la expresión de alivio en su cara al ver a Lorenzo, lo decía todo.

Entraron en la casa y advirtieron que Miguel estaba reunido en la sala con tres hombres. A dos de ellos, Lorenzo se había acostumbrado a verlos dando vueltas por allí. Al tercero era la primera vez que lo veía. Se quedó en un rincón jugando con un MP3 de Raulito aparentemente abstraído de la conversación que mantenía los hombres.

-¿Cómo se que hará un buen trabajo? –le preguntó Miguel al desconocido.

-Diez mil dólares son una buena razón –contestó, rápido el hombre.

Miguel largó una carcajada.

-Está bien, no me gustan los extraños pero tú me caes bien. Un amigo de Manuel, también es mi amigo –le dijo dándole la mano–. Estás adentro –sirvió café y le explicó– La cosa es así; por un lado tenemos el embarque con seiscientos kilos de cocaína disimuladas dentro de muñecas de plástico. Parten hacia los Estados Unidos el día veintitrés, a nombre de la empresa Dolly's. Una sociedad anónima exportadora e importadora, creada por nosotros. El barco sale con el cargamento y vuelve unos días después con la materia prima para fabricarlas. Debes estar en el puerto el día anterior y controlar la carga en nombre de la empresa. No vas a tener problemas, ya está todo arreglado.

Por otro lado, el veintitrés a la noche, está la entrega en San Miguel de...

Sara entró desde la cocina justo en ese momento y descubrió a Lorenzo jugando en el rincón. Lo tomó de un brazo y lo empujó fuera de la sala.

-¡Ve al dormitorio! –le dijo enojada por el descuido de los hombres.

Lorenzo logró, hacerse un panorama más completo, de las operaciones de los hombres en los próximos días. Esto lo terminó de convencer de la necesidad de escapar cuanto antes del lugar.

Llegó al dormitorio y se tiró boca arriba en la cama a pensar una solución rápida para sus problemas. No les quedaba demasiado tiempo a juzgar por lo que había oído. Miró el techo en forma hipnótica mientras su mente contemplaba todo tipo de ideas a la velocidad del rayo.

Meg, extrañada por su actitud, dejó de colorear el libro que le había dado Sara para mirarlo con fijeza.

-¿Qué pasa? –preguntó, con miedo.

-No hay manera de que podamos escapar juntos –dijo con tristeza–. Y no tenemos más tiempo. La única forma de que puedas salir de acá es avisando a la policía –notó que las lágrimas asomaban a sus ojos– Meg, debes oírme y hacer lo que digo. En pocos días más, te llevarán a otro lugar. ¡Los escuché!. Voy a escapar y avisarle a la policía que te tienen secuestrada para que te busque antes que te trasladen.

-No me dejes sola, tengo miedo –lloró aterrorizada.

-Tienes que confiar en mí –se sentó en el borde de su cama y le pasó un brazo sobre los hombros–. Yo también tengo miedo, pero, si no busco ayuda te llevarán a otro lugar y no te veré más. ¡Mira! haremos un juramento que se hace en mi país cuando dos personas elijen ser hermanos para toda la vida –notó que lo escuchaba.

Se levantó de la cama y buscó en el piso del dormitorio algo filoso que sirviera para su propósito. Encontró un trozo de madera tirado debajo de una de las camas. Tomó con la mano derecha la punta más filosa de la madera y se hizo un pequeño tajo en el dedo pulgar de la mano izquierda. Luego, hizo lo mismo en el pulgar de la mano de Meg.

-¿Ves?, ahora debemos juntarlos para que la sangre de cada uno se junte con la del otro –los dos unieron sus dedos durante un minuto– ¡Ya está!. Ahora somos hermanos para siempre y nadie podrá separarnos. Por eso mañana, voy a convencer a Raulito que me lleve con él cuando vaya a comprar pan y aprovecharé para escaparme y buscar un policía. Si Sara o los demás te preguntan, debes decir que no sabías nada. Quisiera llevarte conmigo Meg, pero no te dejarán salir y no se de que otra forma conseguir ayuda – su voz, traslucía la desesperación que sentía por tener que dejarla.

-¿Y si la policía no te cree?

-Me creerá Meg –no le dijo que, pensaba lo llevarían de vuelta con su padrastro. No quería preocuparla más. Sólo tenía once años y se daba cuenta que no podía hacer mucho más por ella.

Cuando Sara les trajo el almuerzo, le dijo que, le dolía la cabeza y se quedó el resto del día en el cuarto con Meg.

Raulito entró varias veces a buscarlo para jugar, pero, él se hizo el enfermo hasta que el otro se cansó y se fue dando un portazo.

Lo oyó desde su cuarto criticarlo a su mamá.

La ansiedad no lo dejó dormir durante toda la noche. Su cuerpo cansado y tensionado no lograba relajarse. Esperaba ver entrar en cualquier momento, a Miguel, al cuarto en donde dormía y que le dijera que había descubierto su plan.

Oyó que estaba reunido con varios de sus hombres y al filtrarse sus voces y carcajadas desde la sala, tenía toda clase de premoniciones negativas que le impedían descansar.

A las diez de la noche se levantó para ir al baño y se cruzó en el pasillo con el amigo de Manuel, Héctor Maza, el hombre nuevo que había visto el día anterior, antes que, Sara lo echara de la sala. Le pareció que estaba por preguntarle algo, cuando un ruido de pasos viniendo de la sala, lo detuvo. La sensación fue tan fuerte que le costó volver a conciliar el sueño.

Cruzó por su mente mientras daba vueltas en su cama que no vería más a Meg una vez que hablara con la policía. Tragó con dificultad tratando de deshacer el nudo que atenazaba su garganta. Pero, fue inútil, sintió como las lágrimas caían de sus ojos recordando todo lo que habían vivido juntos y, como la niña había confiado ciegamente en él todo éste tiempo. Pensó en el juramento que le había hecho. “¿Cómo reaccionará cuando se de cuenta que no puedo mantenerlo?”, se mortificó pensando, “¿pero, qué puedo hacer? Una vez que me entreguen a mi padrastro, no la volveré a ver.”

Pensó, en su madre y el nudo en la garganta se hizo más apretado. Iba a tener que volver a vivir la impotencia, de ver como la lastimaba su padrastro, sin poder hacer nada para defenderla. ¡Lo odiaba con toda su alma! Algún día iba a tener la edad suficiente para matarlo.

¡Por suerte Meg estaba dormida y no podía ver que estaba llorando! Tenía terror, de enfrentar el día siguiente. “No hay otra forma de ayudar a Meg que esta, y no la voy a dejar en manos de estos rufianes por miedo”.

Con los primeros rayos de luz se despertó y se quedó en la cama esperando oír la voz de Raulito para levantarse. Estaba seguro que le llevaría buena parte de la mañana convencerlo para que hablara con su mamá. Al fin, cerca de las nueve, lo oyó.

Se levantó y se vistió con la sensación que caminaba hacia el matadero. Sus manos temblaban tanto por el miedo que le llevó un buen rato abrocharse los botones de la camisa.

Cuando estuvo listo no quiso despertarla para despedirse. Tenía miedo a echarse a llorar y malograr todo. La miró dormir tratando de grabar en sus retinas su cara, y salió silenciosamente del cuarto. Atrás, pensó, dejaba a la única amiga que había tenido en su vida. A su hermana del alma. Sacudió la cabeza y se esforzó por no llorar.

Capítulo XXI

Héctor Maza, el hombre que había logrado infiltrarse en la banda estaba seguro que lo seguían. Apuró el paso, debía llegar hasta la estación y hacer contacto con uno de los hombres apostados allí como ordenanza de la empresa de limpieza encargada del lugar, para avisarle del embarque de cocaína hacia los Estados Unidos el día veintitrés. No se tragaba el cuento de que Miguel confiara tan rápidamente, en él, sólo, porque era amigo de Daniel.

Después de reclutarlo, Miguel, le había pedido su celular y a cambio, le entregó uno de su flota. Habían previsto que esto pudiera pasar y le entregó sin problema un teléfono preparado con un directorio inocente. Recordó la insistencia en su entrenamiento, en que no llevaran nada personal cuando se infiltraran en los grupos mafiosos que perseguían.

Su contacto, vestido con el mono azul de la empresa de limpieza, lo vio venir de lejos y le hizo señas para que se dirija al sector de los sanitarios. Héctor buscó la puerta de los servicios y notó que, detrás suyo, entraba un hombre como de cuarenta años con aspecto de haber sido boxeador en otra época. No le dirigió la mirada mientras estuvo en el lugar pero, por la forma en que ganaba tiempo y tardaba en salir, advirtió que no sería posible ponerse en contacto con su hombre.

Salió y compró un diario en un kiosco de la misma estación y con el ejemplar en la mano se dirigió a tomar un café a la cafetería tradicional del lugar. Buscó una mesa desde donde pudiera ver la entrada. No le resultó difícil ya que las grandes vidrieras de la cafetería, además de permitirle ver quien entraba y salía, le daban una vista panorámica del hall central de la estación.

Pidió un cortado con una medialuna al mozo que lo atendió y desplegó ostensiblemente el diario en la sección de las palabras cruzadas. Estuvo un rato completándolas y veinte minutos más tarde, se retiró del lugar. Pasó cerca del carrito de la limpieza y tiró el periódico adentro. Se fue del lugar sin mirar atrás y por eso no vio al hombre con cara de boxeador que lo retiraba de la basura.

-¿Hola? –ladró Rossi en el teléfono. Era la tercera vez que la estúpida de su secretaria interrumpía la reunión, para pasarle un llamado. “¿Qué parte de “no me pase llamadas”, no entenderá?, se preguntó exasperado. Escuchó unos minutos lo que le decían del otro lado del teléfono y el tono malhumorado de su voz cambió para convertirse en uno de alerta.

-¿Está seguro? ¿En cuanto tiempo pueden estar acá? –escuchó, la respuesta y cortó. Comunicó la noticia a su equipo.

Media hora más tarde la secretaria hacía pasar a Héctor Maza y Juan Minelli a la reunión.

-Tengo poco tiempo –dijo Maza– me tienen muy controlado.

-Estas son las fotos –dijo, poniendo sobre la mesa las fotografías de Meg y Lorenzo.

-Este es el niño que vi. Desconozco donde está la chica. Puede ser que la tuvieran adentro, en los cuartos de la casa. Yo sólo estuve en la sala y el baño.

-¿No hay ninguna duda que es el niño que vio? –Rossi, volvió a señalar la foto que le diera Juanita unos días antes, de Lorenzo.

-No.

-¿Dónde será la entrega? –preguntó, uno de sus hombres que participaba de la reunión.

-Por ahora, todo lo que sabe es que será en San Miguel, provincia de Buenos Aires –interrumpió Minelli, que había permanecido en silencio–. Será el día veintitrés a la noche. –no les habló del cargamento de cocaína. Era de la teoría que mientras menos personas estuvieran al tanto, menos posibilidades habría que, se filtrara algún dato.

-¿Qué necesitas? –Rossi, miró con agudeza a su antiguo jefe, sabía que la información no era gratuita.

-Que saques del medio a tus hombres. Lo que buscas es probable que, lo encuentres en San Miguel el veintitrés a la noche, mientras tanto puedes poner en peligro toda la operación. Hace un año que los seguimos y no estoy dispuesto a correr el riesgo de que la operación fracase.

Carlos Rossi, se quedó en silencio unos minutos. Al fin tomó una decisión. Levantó el teléfono y ordenó suspender la vigilancia del Urso. Dio por terminada la reunión.

Si no actuaban pronto, perderían a la niña. Sabía de la velocidad con que operaban estas mafias, pero, buscar sin tener ningún dato, un lugar apropiado para la entrega dentro del partido de San Miguel, era como buscar una aguja en un pajar. La zona estaba llena de escondites. Llamó a su secretaria y le pidió una guía comercial de San Miguel. Una idea rondó su mente. La mujer entró y le dejó el tomo sobre el escritorio

Abrió la guía en la letra D y no encontró nada. Buscó en la letra E, en el rubro empresas exportadoras. Nada. Estaba a punto de cerrarla frustrado, cuando su intuición hizo que la abriera en la letra M. Sonrió. ¡Allí estaba! Dolly's empresa exportadora e importadora, sucursal San Miguel. ¡Los tenemos! Sintió como la adrenalina le aceleraba el corazón.

-Pablo. ¡Ven! –llamó, por el intercomunicador al líder de su equipo.

Cuando el hombre entró, le mostró con una sonrisa lobuna la hoja con la dirección.

A las cinco de la tarde y con el sol pegando fuerte en el parabrisas de su auto, circulaban por el carril rápido de la panamericana.

Usaron el GPS para encontrar la dirección que figuraba en la guía. Una vez más, al llegar al lugar se encontraron con una calle sin salida. Rossi sospechaba que las buscaban a propósito. “La sucursal no difiere en nada de la casa central que visite hace

unos días en la zona fabril de San Martín”. Tal vez el portón de entrada fuera un poco más grande.

Tomaron nota, rápidamente de las tres cámaras de seguridad que había en el lugar; una en el portón y dos más en las esquinas.

-No hay mucho, en donde esconderse –advirtió Pablo, pensando en el día veintitrés.

Sacaron con sus celulares algunas fotos de la planta y sus alrededores para estudiarlas cuando llegaran a la oficina. Advirtieron asombrados que no había custodios afuera.

-Mantienen bajo perfil –dijo, Rossi. Si no fuera por el minúsculo cartel que hay a un costado del portón, no se sabría a quien pertenece el lugar. Vuelve a las diez con alguien más. Quiero saber como es el lugar de noche. Quién lo vigila ó si queda alguien adentro. Especialmente revisen que hay detrás.

Desde donde estaban, alcanzaban a ver la parte de atrás de un viejo edificio de ladrillos de dos plantas. Daba la sensación de estar abandonado.

-Averigua que es ese edificio y a quién pertenece.

El ruido de un timbre agudo sonando dentro de la empresa Dolly's lo interrumpió. Diez minutos después, se abrió el portón y una veintena de empleados salió del lugar. Registraron las siete de la tarde como la finalización del horario laboral.

Cuando volvieron a la capital, el tráfico en la panamericana iba en sentido contrario, lo que les permitió, estar nuevamente en la oficina a las ocho y treinta. Su secretaria se había quedado esperándolo y le pasó una hoja con todos los mensajes que había recibido en su ausencia. La despidió y se arrellanó en el sillón para hablar con el jefe de inteligencia de la división investigaciones de la policía federal. Más tarde, habló también con el fiscal general. Quedaron en mantener una reunión todos juntos, allí mismo esa noche. Oyó desde la puerta abierta de su oficina que Pablo se preparaba para volver al lugar.

Raulito estaba en la cocina tomando el desayuno cuando él entró. Al lado de su taza tenía la pistola con balines de goma. Cuando se sentó a su lado en la mesa, el chico le demostró claramente su disgusto, por no haber jugado con él, el día anterior.

-Podemos hacerlo hoy.

-Hoy, no se si tengo ganas –respondió, taimado.

-¡Qué lástima! Pensé que podíamos jugar camino a la panadería. Es mucho más divertido que hacerlo acá –trató de hacerlo picar.

El otro no contestó. Se quedó mirando dentro de su taza, como si allí fuera a encontrar

la respuesta a su sugerencia.

-Oh bueno, ¡olvídalo! Nada más, me pareció que lo podíamos pasar bien –se levantó de la mesa y lo dejó rumiando cómo comportarse con el desertor que lo había plantado el día anterior.

Se dirigió a la sala y se puso a jugar con una pelota de tenis que encontró en un rincón. Sintió la presencia silenciosa de Raulito, que lo estudiaba desde el vano de la puerta. No levantó la mirada. Siguió jugando, con una sonrisa en la boca, como si fuera lo más divertido que hubiera hecho en su vida. Poco después, Raulito que había salido de la sala, apareció con plata en la mano para comprar el pan.

-¡Vamos! –dijo victorioso y apuntándole con la pistola de balines de goma.

Lorenzo trató de no pensar en Meg mientras partía del lugar.

Marc, Mary y Juanita contemplaron satisfechos el resultado de su trabajo.

El enorme árbol de navidad los enfrentaba desde una de las esquinas del living. Lo habían ubicado al lado de la chimenea y desde allí sus luces de colores y las bombitas doradas que, habían colgado de sus ramas, iluminaban todo el sector dándole un aire festivo.

Marc había recorrido toda la avenida Santa Fe del barrio norte de capital, buscando un árbol que tuviera un buen tamaño para llevar a lo de Mary. En la misma casa que se lo vendieron, compró las pelotas doradas, espuma y guirnaldas para decorarlo. A último momento recordó la estrella para el vértice superior y compró una colorada y plateada que atraía la atención desde todos lados de la sala. En otro local consiguió varias medias tejidas para llenar con golosinas y otros regalos pequeños.

Juanita, miraba la obra realizada por los tres con los ojos brillantes. “Sólo deseo que Lorenzo pueda ver esto” pensó. Nunca, a lo largo de su vida y de la del niño, habían tenido un árbol de navidad. Lo más cerca que habían llegado, era cuando llegaba esa época y salían a pasear por las calles de la ciudad de Lima, pegando las caras a los escaparates de las vidrieras tratando de decidir cual sería el árbol que comprarían si pudieran hacerlo. “Algún día Lorenzo” le decía, invariablemente, mirándolo con tristeza. Después se tomaban de la mano y se metían en una heladería, en donde la mujer, pedía el cucurucho más grande que tuvieran y Lorenzo fascinado encargaba todos los gustos que lo dejaran meter en él. Era el mejor momento del año. Y lo disfrutaban a fondo.

Lorenzo sabía que a su vuelta no debía decir nada a su padrastro. El hombre creía que sólo habían salido a mirar y se divertía burlándose de ellos durante horas. Si hubiera imaginado que Juanita gastaba en el niño, las únicas monedas que había podido esconder de él durante el año, no se hubiera reído tanto.

Sacudió la cabeza y alejó sus pensamientos. “¡Basta!, esa parte de nuestra vida terminó. Ahora sólo falta encontrarlos” Miró al cielo y elevó una plegaria.

Acababan de almorzar y miraban televisión en el escritorio mientras tomaban el café. Se sentaron justo a tiempo para oír, las noticias centrales, en el noticiero de la una. No hablaban. No lo necesitaban. Se sentían tan íntimamente unidos que no hacía falta decir nada.

Marc, pasó su brazo sobre los hombros de Mary atrayéndola hacia su pecho. Se sentía pleno. A su lado estaba la mujer que había amado toda su vida. Hubiera dado cualquier cosa porque apareciera Meg.

Levantó la barbilla de Mary con su mano izquierda y después de hundirse en la mirada profunda de sus ojos azules, besó sus labios tratando de infundirle todo el amor que sentía por ella.

La veía todos los días luchar valientemente, para no perder la fe y creer que Meg aparecería. La escuchaba hablar con Juanita y ayudarla a creer lo mismo respecto a Lorenzo. La compra del árbol de navidad había sido un intento por llevar un poco de distracción a la rutina de Mary y Juanita.

No podía creer que el idiota de Greg, hubiera dejado a Mary. ¡Menos en un momento como ese!

Fijó la mirada en el televisor y notó que el periodista principal del noticiero repasaba las noticias de la mañana. Una noticia de último momento anunciaba un crimen en la estación de ferrocarriles de Retiro.

-En momentos más, daremos los detalles –dijo el periodista.

Mary se arrebujó en los brazos de Marc, sintiendo el calor del cuerpo varonil. A pesar del agobiante calor de los días pasados, ese día, hacía frío. El servicio meteorológico había anunciado un frente frío proveniente del sur del país, para las próximas horas. Eso daría un respiro a los habitantes de Buenos Aires que habían sufrido temperaturas mayores a los 33° en los últimos días.

Juanita entró en el escritorio a retirar la bandeja con las tazas de café. La mujer no quería saber nada de esperar unos días más para empezar a trabajar. Decía que le hacía mejor ocuparse de los quehaceres que, pasar el día sin hacer nada y abusar de la hospitalidad de Mary. Notó que estaban viendo el noticiero cuando entró.

-Si no necesitas nada más...

La bandeja cayó al suelo desparramando su contenido sobre la alfombra. Juanita tenía las dos manos tapando su boca y los ojos desenfocados miraban con incredulidad la pantalla.

-¡Lorenzo!, es ¡Lorenzo! –gritó.

En la pantalla se veía el interior de la estación colmada de policías y a un hombre tirado, aparentemente muerto, en el piso.

Un niño parado entre dos policías y sostenido amablemente de los hombros, por uno de ellos, miraba desde la primera fila la escena del crimen con los ojos agrandados por el miedo. Se encontraba dentro del circuito delimitado por la cinta amarilla que los oficiales habían desplegado para proteger la escena del crimen.

El lugar se había llenado rápidamente de periodistas que intentaban llegar hasta el chico para hacerle preguntas. Aparentemente había tenido que ver con el episodio que se había desarrollado en el lugar.

Vieron como un policía lo tomaba de la mano y lo sacaba de allí custodiado por dos de sus compañeros.

Mary ayudó a Juanita a sentarse en el sillón y levantó la vajilla del suelo mientras Marc se dirigió al teléfono, para hablar con Rossi.

En ese momento, la oficina era un caos. Los teléfonos no paraban de sonar. Varios de los hombres de su equipo estaban reunidos en la sala cuando recibieron la llamada que desató el pandemónium. Acababan de confirmarles la muerte de Héctor Maza.

-Jefe, lo llama Marc Stuart por la línea dos.

-¿Hola? –Rossi, hubiera preferido hablar más tarde con ellos. Todavía no tenía en su poder toda la información sobre lo que había pasado y debía ser muy cauto con las respuestas que le diera a Marc. Le prometió llamarlo en cuanto supiera algo más y contestó lo mejor que pudo las preguntas que le hizo.

-Por ahora se lo mismo que ustedes... Esperen la llegada de Lorenzo. Seguramente, antes, hablará con el juez de menores ... No, es mejor que no vayan al juzgado... Veré que puedo hacer para apurar las cosas... Dile a Juanita que está bien, asustado pero en buenas condiciones físicas. Escucha Marc, es importante que no se filtre nada sobre Meg, a la prensa... Dijo que estaba bien en el momento que la dejó. Los llamaré en cuanto sepa algo más –los hombres que estaban escuchando a Rossi, imaginaban perfectamente las preguntas y el grado de ansiedad que había del otro lado del teléfono. Pero a ésta altura de los acontecimientos era poco lo que se podía hacer. No podían devolver al niño a su madre hasta que no fuera debidamente interrogado. De ese interrogatorio dependía la suerte de Meg.

Aunque nadie lo dijo, en el aire flotaba el miedo a las consecuencias que tendrían la muerte de Maza y la fuga de Lorenzo en la vida de Meg. El tiempo se había acortado considerablemente y debían rescatarla cuanto antes. ¡Si es que todavía estaba viva!, pensaban.

Entró su secretaria para avisarle que Lorenzo ya estaba en camino al juzgado. Le dejó algunas instrucciones a Pablo y se dirigió rápidamente hacia allí.

Una hora y media antes, Raulito llegó corriendo agitado a su casa, con la boca abierta y babeando saliva por las comisuras de los labios.

Le llevó unos minutos poder calmarse y juntar el aire suficiente para contarles lo que había pasado con Lorenzo.

Miguel, comprendió de golpe la situación, al verlo en ese estado. Buscó a la niña en el dormitorio y la sacudió preguntándole que le había dicho Lorenzo antes de escapar. Meg lo miró aterrada, negando conocer los planes de fuga de Lorenzo.

El Urso no quiso perder más tiempo y llamó a dos de sus hombres más fieles, les entregó a la niña, junto a las llaves de su camioneta, y les dijo:

-¡Llévenla hasta lo de Luisa! ¡Rápido! – lo de Luisa era una de las casas del conurbano, en donde tenían una parte de las mujeres que, debían entregar el día veintitrés. Sabía que era cuestión de minutos que cayera la policía a buscarlo y debía apurarse. Le gritó a Sara para que no perdiera el tiempo con preguntas y se fuera con el chico a lo de su hermana en la villa 11-14 en el Bajo Flores. Una de las villas más peligrosas del país, tomada por narcotraficantes, y en donde la policía no entraba. –¡Junta todo lo que haya de la niña y vete! –la apuró.

El por su parte desapareció, internándose en las profundidades de la villa de emergencia en donde vivían. Su gente lo pondría al tanto de lo que había pasado en la estación.

Dos horas más tarde, en un lugar de la provincia de Buenos Aires, y dentro de un lujoso club de campo privado, se celebraba una reunión de emergencia. De la misma participaban dos hombres, una mujer y el Urso.

-¡Que nadie nos moleste! –dijo el dueño de casa a su empleado y sicario cuando les sirvió el café.

-Si, señor Juez. Yo me ocupo.

Apenas el hombre cerró la puerta detrás suyo, el juez le preguntó a Miguel:

-¿Cuánto saben hasta ahora?

-Lo del embarque de cocaína. No creo que sepan el resto.

-¿Por qué estas tan seguro? –quiso saber la mujer que, todo el país conocía, por su actuación en la cámara de senadores de la nación.

-En el diario que nuestro hombre rescató de la basura, sólo estaban escritos los datos del embarque.

-De todas formas, en cuanto hablen con el chico, le dirá que teníamos a la niña también. No hay forma de parar el desastre –la mujer, miró con odio a Miguel.

-Tal vez haya una forma –dijo, el otro hombre que estaba en la sala. Hasta el momento se había mantenido callado, cavilando sobre la situación. Tomó su celular y habló dos minutos por él. Las órdenes que dio, fueron muy claras y las oyeron todos.

-Incendien el depósito con los contenedores hasta los cimientos. ¡No me importa como lo hagan! Es muy tarde para que parezca un accidente. ¡Háganlo ya! –guardó su celular y se dirigió con voz gélida al Urso–. Esto no habría pasado si hubieras mantenido al chico dentro de la casa. –Miguel sintió que se le erizaba la piel. Miró los ojos del hombre y sintió que estaba frente a una cobra lista para saltar sobre él. Sabía que con el ministro no se jugaba. Lo había visto muchas veces dictar una sentencia de muerte con la misma mirada dura y fría que tenía ahora. No iba a pasar por alto el dinero que les había hecho perder. A partir de este momento era un condenado a muerte. En las próximas palabras del hombre, conocería si sería ahora ó después de la entrega de las mujeres.

-Mañana a la noche no puede fallar nada –le dijo, en tono glacial.

-“Así que todavía tengo una oportunidad”, pensó Miguel.

Pero se engañaba, el ministro no daba segundas oportunidades a nadie.

Después que Miguel se fue, le dio la orden a su hombre. Servía también para Miguel, Sara y Raulito.

-Hay que cortar las malezas desde las raíces. –explicó el hombre con una sonrisa a los otros. Sirvió más café para todos.

Una hora más tarde recibió en el celular, un mensaje de sus hombres en el puerto. El mensaje decía simplemente: “Listo”. No necesitó más palabras. El depósito había ardido hasta sus cimientos. Se los comunicó a los otros y se levantó del sillón y se fue.

Lorenzo estaba sentado ante una mesa, en el despacho del juez de menores, Molina. Le habían servido un vaso con coca cola y un plato con un par de sándwiches de miga. Una mujer policía se encontraba a su lado pero ni siquiera la presencia femenina, lograba relajarlo y hacerlo hablar.

En el despacho se encontraban también Juan Minelli y Carlos Rossi.

Notaron que el niño estaba dominado por una tensión insoportable y que apenas

tomaba unos tragos del vaso que tenía delante.

Todo lo que decía, era que se apuraran a buscar a Meg. Lo repetía y lo repetía, como si tuviera un disco rayado en el cerebro. ¿Será atrasado? dudaron, Minelli y el Juez Molina. El jefe policial hacía esfuerzos sobrehumanos para parecer amable y tenerle paciencia. Pero la estaba perdiendo. Quería vengar la muerte de su compañero y la única forma de hacerlo, era conseguir los datos que tenía el niño del grupo mafioso.

Rossi, desde un costado del despacho, estudió la escena intuyendo lo que pasaba por la mente de Minelli. Escribió algo en un papel y se lo pasó al juez.

Este, asintió con la cabeza y le pidió a la mujer policía que llevara a una oficina contigua al chico. Cuando la mujer, cerró la puerta a sus espaldas después de pasar con el niño, Rossi habló:

-Juez, le pido que me de diez minutos a solas con él. Está muy asustado y en esas condiciones no va a decirnos nada.

-¡No! Yo también quiero interrogarlo –dijo, con voz descontrolada, Minelli–. Es de vital importancia sacarle toda la información que tenga sobre el grupo.

El juez lo miró con furia y le advirtió que se controlara. Le recordó que el niño era una víctima y que acababa de ver asesinar a un hombre. Minelli apretó la mandíbula tratando de parar el torrente de palabrotas que brotaban desbocadas de su boca. Miró furioso a Rossi mientras, éste, seguía hablando con el juez.

-Sólo quiero tranquilizarlo. Creo que tiene miedo a algo más, que no nos dice y quiero saber que es. Después, puedes interrogarlo todo lo que quieras. ¡Tiene once años, por Dios! –le contestó indignado, a Minelli. Sentía que el ansia de venganza por la muerte de su compañero, hacía que el hombre dejara de lado todas las demás razones.

-Tiene diez minutos –le otorgó el juez.

Rossi, no perdió el tiempo. Se dirigió a la oficina contigua al despacho del juez y le hizo un gesto con la cabeza a la mujer para que lo dejara solo con Lorenzo.

Miró al niño y se le oprimió el corazón. Su rostro angustiado, con muestras visibles del stress al que había sido sometido, le dio ganas de abrazarlo y sacarlo de allí. Quería ayudarlo a vencer el miedo para que les dijera lo que sabía y pudiera ir con Juanita lo más pronto posible. Para eso debía ganarse su confianza.

-Lorenzo –dijo con voz suave– Fuiste muy valiente al escaparte de esa gente –el niño tenía la cabeza baja y no respondió.

-Meg, debe estar muy agradecida de haberte tenido con ella, todo éste tiempo –¡nada!. Pensó un momento y le preguntó:

-¿Quieres ayudarnos a encontrarla? Te prometo que una vez que nos digas lo que sabes, te llevaremos con tu mamá –notó, con asombro que el cuerpo del niño se ponía rígido.

-Yo –dijo, el niño tragando saliva con dificultad– ya les dije donde está Meg. ¿Por qué no la buscaron todavía? Se la llevarán a otro lado sino se apuran y no la encontrarán más.

Lo estudió mientras hablaba y decidió decirle la verdad.

-Cuando la policía llegó a la casa de Miguel, ya no había nadie

–vio su expresión y se apuró a agregar–. Pero sabemos a donde la llevarán y estamos preparados para rescatarla.

-¿Y si sale mal? ¿Y si cambian el lugar? –lo sorprendió su pregunta. La edad cronológica del niño era bastante menor que la madurez intelectual que demostraba. Casi largó una carcajada al recordar que los otros dos creían que podía ser atrasado.

Decidió hablarle de la forma más verdadera posible.

-Están todos los organismos del estado en alerta. No hay forma que puedan sacarla del país sin que los atrapemos. Hay alertas en las fronteras y gente nuestra controlando todos los medios de transporte. Además contamos con un equipo especializado en rescate de rehenes. Pero necesitamos que nos ayudes respondiendo todas las preguntas que te hagamos. ¿Quieres que traigamos a tu mamá para que, esté presente mientras nos cuentas, las cosas que queremos saber?

Notó sorprendido una vez más, el gesto asustado del niño cada vez que nombraba a su madre. Tomó conciencia que, desde que lo encontraron, no había preguntado por ella ni una sola vez. En su mente una certeza fue cobrando fuerzas. ¡Que estúpidos!, todo este tiempo habían tenido la respuesta frente a sus ojos y no la habían visto. Lorenzo temía volver con su madre. ¡Más precisamente con su padrastro!

La admiración que sentía por el niño, trepó a niveles increíbles. Estaba entregando su seguridad física a cambio, de la libertad de Meg. En su corazón se mezclaron toda clase de sentimientos: deseos de tener un hijo como él, admiración por su valentía y coraje, compasión por el temor que sentía el niño al castigo físico de su padrastro. Le habló con voz firme, disimulando la emoción que sentía.

-Lorenzo, tu padrastro está preso desde el día que huiste con Meg del hotel. Tu madre

lo denunció por vejaciones y malos tratos y no saldrá por varios años de la prisión en donde lo metieron. Juanita, tu mamá, está viviendo en la casa de Meg. –¡Dios mío, pensó, si alguien pudiera retratar las emociones que cruzan su cara, estaría pintando la más profunda humanidad!.

Después de unos minutos de azoramiento, el niño dejó caer la cabeza entre sus brazos y el llanto lo invadió como, invade el torrente de un río sin contención en una crecida. Lo dejó que se desahogara y cuando lo notó más calmado, lo llevó nuevamente al despacho del juez.

No hubo necesidad de insistir, el niño habló y habló. Contestó todas las preguntas, sin advertir siquiera, quien las hacía. Su única urgencia era que encontraran cuanto antes, a Meg.

Cuando ya no le quedaba nada por decir. Apoyó sus brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza agotada sobre ellos. De sus labios se había borrado el rictus rígido y asustado que traía cuando lo llevaron ante el juez.

Lo dejaron solo unos minutos y se trasladaron a la otra oficina. Lorenzo les había dado datos nuevos, sobre la entrega del día siguiente. Ahora sabían que había otras mujeres y niños en la misma situación de Meg. El operativo iba a ser mucho más grande que lo que previeron al principio. También supieron que Maza se había dirigido a la estación, esa mañana, después de estar en la oficina de Rossi con Minelli. Lamentablemente el truco del diario no había funcionado. Lorenzo les contó que cuando el llegó corriendo hasta la estación en busca de un policía para denunciar el secuestro de Meg, se vio envuelto en un tiroteo. Dos de los secuaces del Urso habían ido a buscar a Maza hasta el lugar, cuando el hombre los vio venir, entendió que estaba perdido y quiso huir. No lo dejaron, lo acribillaron a balazos ante la mirada aterrorizada de la gente. Lorenzo logró zafar del brazo de uno de ellos, cuando al pasar el hombre a su lado en la huída, lo reconoció y quiso llevarlo con él.

A la luz de los nuevos datos debían modificar parte del operativo de rescate. Llamaron al fiscal general, al despacho del juez.

Rossi, lo llevó personalmente hasta lo de Mary e hizo sonar la bocina avisando su llegada a pocos metros del portón. Cuando llegaron, observaron que todos estaban afuera de la casa esperándolos. Juanita corrió hasta el auto y abrió la puerta antes que éste terminara de estacionarse. Se zambulló adentro y sin darle tiempo a Lorenzo a bajar, lo abrazó y besó llorando como, si nunca más lo pudiera volver a soltar. Los dejaron solos y entraron en la casa, la puerta de entrada quedó abierta, en una muda invitación.

-¿Quieres un whisky? – le ofreció Marc a Rossi, mientras éste se instalaba en el sofá. Eran las siete de la tarde y estaban todos muy cansados. La espera del niño les había parecido eterna.

Rossi los puso al tanto de las últimas noticias. Les contó por arriba los planes de rescate y se negó a considerar la posibilidad que Mary los acompañara en la operación.

-Aunque sea, deja que me quede a unas cuerdas del lugar. –le suplicó.

-¡Olvídate Mary! –dijo y cambió de tema– ¿Hablaste con Greg?

-No. –suspiró cansada– lo llamaré después.

No sabía por que, se había resistido toda la mañana a hacerlo. Tampoco quiso que lo hiciera Marc, cuando éste, le ofreció hacerlo a la tarde. Lo llamaría ahora. A lo mejor puede viajar y estar acá cuando termine todo. “Meg, lo va a necesitar, también a él” pensó, disgustada.

En ese momento Juanita y Lorenzo entraron en la sala tomados de la cintura. El niño miraba para todos lados con incredulidad y no se despejaba ni un segundo del lado de su madre.

-Tienes suerte Juanita, –dijo Rossi– Tienes por hijo, a un valiente.

-Lo sé. –La mirada de la mujer dirigida al niño desbordaba amor.

-Los dejo para que puedan descansar –dijo, poniéndose de pie y marchando hacia la salida–. Los llamaré más tarde.

Juanita lo siguió hasta el jardín–. ¡Gracias! Nunca podré agradecerle lo que ha hecho por Lorenzo y por mí.

-¡Cuídelo mucho! Es un gran chico y ha pasado por momentos muy duros.

Los dejaron solos en el living para que pudieran hablar y se dirigieron a la cocina en donde Mary preparó, carne al horno con papas y calabacines, y una ensalada de verduras frescas para la cena. Sacó del freezer un pote de helado de crema y una salsa de chocolate para bañarlo por encima. Era su manera de demostrarle al niño lo contentos que se sentía de que estuviera allí.

Marc, le alcanzó una copa de vino y se sirvió otra para él mientras ella ponía la mesa para los cuatro.

La vio sumida en una actividad frenética y advirtió preocupado el estado caótico en que se encontraba su mente. Comprendió lo que pasaba. Estaba desesperada por hablar con el niño y preguntarle más cosas sobre Meg, pero, no quería arruinar con su ansiedad, el momento que compartían madre e hijo.

Mary había oído a Lorenzo asegurarle que cuando la dejó en la casa de Miguel se encontraba bien. Pero ella necesitaba saber más. Sentía una sed incontrolable de noticias de la niña. Al fin no pudo esperar más y se reunió con ellos en el living.

Juanita vio su gesto de disculpas cuando entró en la sala y comprendió. La alentó con un gesto de su mano a que hiciera preguntas.

Lorenzo les contó su encuentro con Meg en el hotel y como se habían escapado de Rosa.

-Yo creí que era un chico cuando la conocí... ¡Qué estúpido! Le decía que no debía llorar cada vez que la veía hacerlo –les contó del encierro al que la tenía sometida Rosa y como el burlaba la puerta con llave, cuando la mujer salía, para conversar con Meg.

A Mary se le encogió el corazón. Imaginaba la escena mientras una furia asesina se apoderaba de su mente. Por primera vez, sintió deseos de asesinar a alguien.

-¿Te habló de mí? –preguntó, tratando de controlar la voz.

-Sólo una vez. Era de noche tarde y estábamos durmiendo en lo de Miguel. Como oí que daba vueltas en la cama sin poder dormir, le pregunté por sus padres. No quiso hablar. Le insistí para que lo hiciera y me dijo que habían sido muy buenos, pero, que ya no la querían más. Por eso no le habían pagado a Rosa y a los demás, el dinero que habían pedido para liberarla.

-¿Quién te dijo eso? –le pregunté y contestó, que Rosa le leyó una carta en donde sus padres escribían que lo lamentaban mucho, pero, no pagarían el rescate. Decían que no tenían plata para gastar en una mocosa malcriada y desagradecida como ella que, tantos disgustos les había causado. Es mejor, leyó Rosa, que le diga a Meg que se olvide de nosotros y trate de ser una buena hija para usted. ¡Que tan buena y generosa ha sido con ella!

-¡Oh Dios! –exclamó, horrorizada Mary–. El efecto debe haber sido devastador– dijo.

Lorenzo siguió hablando.

-Yo le dije que eran mentiras de Rosa y que la carta era inventada.

-Meg no sabe leer –interrumpió, Mary.

-Ya sé, pero cuando se lo advertí, me dijo que no quería hablar más del tema. Que extrañaba mucho sus abrazos y prefería no pensar más en eso. Al otro día a la mañana, cuando se despertó, me contó que había soñado con su abuela y le había dicho que no tuviera miedo, que todo iba a estar bien. – Abu, nunca me mintió – me dijo– ella pensaba que yo era una niña muy buena. Me lo decía siempre que me veía.

Lorenzo, dudó en seguir hablando al ver el gesto de dolor que cruzó por la cara de Mary. Quedó en silencio mirando el suelo mientras se apretaba los brazos con las dos manos. Percibió el dolor que causaban sus palabras en la madre de Meg y se sintió

culpable de haberla dejado en lo de Miguel.

Mary, advirtió en seguida lo que pasaba por la mente del niño; puso la mano bajo su barbilla y levantó su cara obligándolo a mirarla a los ojos.

-Estoy muy agradecida por todo lo que hiciste por ella. Y pienso que fuiste muy inteligente al haberte escapado para avisarnos donde estaba Meg. Sin ti no sería posible encontrarla –le dijo con voz firme.

Marc la abrazó. A pesar de la confianza que transmitían las palabras de Rossi cuando habló con ellos hacía un rato, en su interior, sentía el mordisco de la incertidumbre por lo que fuera a pasar durante la operación de rescate. Le había repetido a Mary que no se preocupara, que estaría Rossi y su gente en el operativo y eso era una garantía. Que habían liberado rehenes en situaciones mucho más riesgosas que ésta, pero, aunque creía lo que decía, estaba inquieto.

En la mesa, mientras comían, Lorenzo les contó el juramento que le había hecho a Meg.

Había amanecido muy nublado y el hombre se hallaba de pésimo humor. Tomó el desayuno que le sirvió su empleado y leyó el periódico intentando hallar alguna referencia al incendio del día anterior en el puerto de Buenos Aires.

La encontró en la página trece de la primera sección, en un pequeño recuadro:

“Se investigan las causas de un incendio producido ayer, cerca del medio día, en el depósito que la empresa Dolly’s SA. tiene en el puerto de Buenos Aires. Se cree que el siniestro se produjo debido a un desperfecto eléctrico en el tablero principal. Las pérdidas fueron totales.”

¡Eso es todo!, sonrió, tal vez los presagios que lo acosaban desde el día anterior no se cumplieran y todo saliera como lo habían planeado. Le gritó a su empleado que le trajera el celular:

-¿Llegaron? –preguntó impaciente.

-Hace una hora –contestó rápidamente Miguel cuando vio quién lo llamaba en el visor de su teléfono.

Cortó, y se fijó en la hora, advirtió que todavía era temprano para llamar a su banco y confirmar que se hubiera completado el monto total de la operación. La subasta la abonarían en el lugar, al finalizar. Miguel tenía razón, era un buen regalo de último momento de navidad. Era una lástima tener que liquidarlo tan pronto, les había servido bastante bien y cada tanto tenía ideas que les dejaban buenas ganancias. “Pero en

éste negocio no hay segundas oportunidades”, se dijo. Al final de la subasta su lugarteniente se haría cargo del tema. Ya le había dado la orden.

Habló con el ministro y la senadora y quedaron en comer en su casa esa noche. Pasaban un programa político en el canal 6, que les interesaba ver a los tres. Podían hacerlo mientras esperaban noticias de Miguel. Avisó a su empleado que preparara todo, para servirles la comida esa noche en el escritorio. Una hora después se dirigía hacia su despacho a resolver varios juicios que tenía pendientes.

Las fotos ampliadas de la casa matriz y de la sucursal de la empresa colgaban de la pared del salón principal de las oficinas de Rossi.

El salón, de aproximadamente ochenta metros cuadrados, estaba cubierto de sillas distribuidas en filas de ocho. Solía usarlo cuando se reunía con sus hombres, para ultimar los detalles en las operaciones finales de recate, en algún lugar de Latinoamérica. Los hombres reunidos allí en ese momento se conocían muy bien. La mayor parte de ellos había trabajado juntos antes que Rossi contratara a los que, pensó eran los mejores, para formar parte de su empresa.

El equipo que Minelli llevó a la reunión sobrepasaba en número al suyo, advirtió, Rossi mirando a sus hombres. Su relación con ellos era mucho más que la de un empleador con su subordinado. Era su comandante, su jefe, su amigo. De sus planes dependía que la mayor parte de ellos volviera ileso de las operaciones que realizaban en otras partes del mundo. Los que tenían la desgracia de no volver, sabían que sus familias recibirían la prima del seguro que les sacaba apenas entraban a trabajar para él. Las primas eran enormes y él se aseguraba que las recibieran lo antes posible. Para eso pagaba, en el momento que contrataban a su empresa, una suma exorbitante al seguro.

Los miró, y sintió la adrenalina corriendo libremente por sus cuerpos ante la inminencia del ataque. Atrás de las bromas que se hacían unos a otros para bajar la tensión, sólo había profesionalidad y coraje. Los contempló con orgullo. Sabía que cuando llegara el momento, ninguno de ellos vacilaría en lo que tuviera que hacer para salvar la vida de un rehén. Se dirigió a Minelli para redondear algunas cuestiones de último momento sobre la operación y notó la misma mirada al dirigirse a su equipo.

Dejó en claro que su prioridad era la niña y junto a cinco de sus hombres se ocuparía solamente de ella. El resto de su gente acompañaría a Minelli y su equipo cuando lanzaran el ataque final. Querían atraparlos a todos, especialmente, a las cabezas de la organización, aunque daban por descontado que éstas no estarían en el lugar.

Lorenzo y Rossi, reconocieron en las fotos que les mostró Minelli en el despacho del juez de menores, a Miguel; como al hombre que Maza había logrado burlar cuando se infiltró en la organización mafiosa y como el que, entró en la sucursal de la empresa Dolly's en San Miguel.

La inteligencia llevada a cabo en el lugar, por sus hombres, desde que apareció Lorenzo, demostraba un movimiento inusual de sicarios en la zona. La elección de la sucursal, como eje del operativo fue una decisión suya.

Volvió a observar las fotos ampliadas de la empresa Dolly's y sus alrededores. Los planes incluían usar como refugio, la vieja planta de ladrillos abandonada que cerraba la calle. Según averiguaron, la embotelladora estaba deshabitada desde hacía diez años y no sólo cerraba la calle en donde estaba ubicada la empresa sino que, una

parte de ella también cerraba un lateral del jardín trasero propiedad de Dolly's y oculto para cualquiera que pasara por el frente.

Las ventanas sin vidrios de la parte de atrás del viejo edificio, daban precisamente a éste jardín. Hacía años que sus dueños habían quebrado y habían abandonado la planta dejándola a merced de vagabundos, drogaditos y delincuentes de la zona. La calle delantera de la embotelladora daba a una biblioteca pública que ocupaba toda la manzana y cerraba sus puertas a las siete de la tarde.

El plan consistía; en juntarse una hora más tarde con sus hombres dentro de la embotelladora, a esperar la llegada de los mafiosos con su valiosa carga humana.

Planearon el operativo en el mayor de los secretos. Sólo avisaron al juez federal Dr. Gutiérrez y al fiscal federal Zaldívar, confiaban plenamente en ellos por haber trabajado en varios casos en forma conjunta.

Tenían los nombres en clave de los cuatro extranjeros que venían a recibir a los rehenes y a participar de la subasta de Meg.

Uno de los técnico que trabajaba para Rossi, había logrado descifrar un dirección encriptada, en donde, se mandaba la foto de la niña sentada en la falda de un hombre disfrazado de Papa Noel. El título del mensaje que llevaba la foto decía: "Oferta Navideña" y estaba dirigido; a un español, un japonés, un americano y un canadiense. Sus nombres verdaderos estaban en clave.

-De todas maneras cuando los atrapemos no les van a servir de mucho. Deberán cambiarlos por el número que les darán en prisión.

-dijo, el técnico mirando con ira la foto en la computadora

-Entre otras cosas -contestó, Rossi.

Capítulo XXII

Eran las siete y diez de la tarde. El último empleado en salir de la biblioteca cerró tras sí la puerta con llave. Miró con gesto aburrido las gruesas nubes del cielo y encogiéndose de hombros buscó en los bolsillos de su saco un cigarrillo. Lo prendió, aspiró con fruición y segundos después, una densa bocanada de humo gris puso una sonrisa en su boca. Estudió la calle y se puso lentamente en movimiento.

Rossi siguió con la mirada sus pasos desde una distancia prudencial. Cuando lo perdió de vista levantó su celular e impartió una orden a los hombres que esperaban pacientemente la señal en dos combis negras estacionadas, a varias cuadras del lugar.

A medida que llegaron y bajaron de las combis, los comandos ocuparon sigilosamente la vieja bodega. Iban vestidos de negro y fuertemente armados. Recorrieron el lugar y eligieron las ventanas desde donde tenían la mejor visión del jardín trasero de la empresa Dolly's. El roce de las cuerdas en el suelo cuando las bajaron de sus hombros, produjo un ruido susurrante.

Los francotiradores ocuparon los lugares desde donde podían vigilar el frente y la parte de atrás de la empresa con comodidad. Ajustaron las miras de los rifles. Se relajaron y se dispusieron a esperar el traslado de las víctimas.

Minelli, le hizo señas a Rossi desde una ubicación en donde se veía el portón verde de la empresa y el frente de la calle.

Cerca de las nueve de la noche advirtieron que disminuían las luces y ruidos, de las casas cercanas. El barrio se fue quedando lentamente en silencio.

Una hora más tarde, una camioneta gris irrumpió en la calle y se dirigió al portón de la empresa. Casi sin detener su marcha, se abrieron las puertas y bajaron tres hombres que desaparecieron rápidamente a lo largo de la calle arbolada. El silencio volvió a caer con fuerza cuando el conductor que los traía partió alejándose de allí.

Pablo se acercó a Rossi y le mostró los lugares en donde se habían escondido, dos, de los recién llegados. Del tercero no había rastros aunque calculaban que no estaría muy lejos. El silencio había cobrado otra dimensión desde la llegada de los tres hombres. Cualquier movimiento, por pequeño que fuera, sonaba amplificado. "Siempre es así" pensó, Rossi recordando otras misiones. Se acomodó en el lugar flexionando sus músculos tensos y se dispuso a esperar. La cacería había comenzado.

Se moría por fumar un cigarrillo. Había intentado dejar el vicio y casi lo había logrado, a no ser... por el cigarrillo de la noche. Intentó ocupar su mente en otra cosa.

Recordó la conversación que había mantenido, horas antes, con Marc y Mary. No se necesitaba ser un genio para notar la angustia y desazón en sus voces cuando hablaron sobre el operativo de esa noche. Trató dentro de sus posibilidades de tranquilizarlos pero, no podía garantizar el éxito de la misión sin mentir.

Mary le contó que había hablado con Greg el día anterior y éste había partido de

Londres hacia Buenos Aires. Su avión llegaría alrededor de las siete de la mañana.

Sacó la foto de Meg de su bolsillo y la miró una vez más. “Qué poco faltó para que la perdiéramos... Si no hubiera sido por Lorenzo...”. Admiraba el coraje del niño. “Me hubiera gustado tener uno como él” pensó. Pero, estaba visto que ni aún la bella Sofía había logrado aplacar sus ansias de libertad o su afición por las mujeres. “Tal vez, los que dicen que soy un caso perdido, tengan razón”. Un codazo de Pablo en el brazo lo apartó de sus cavilaciones. Observó la calle y vio un auto oscuro seguido por una combi blanca, estacionarse frente al portón de la empresa. El movimiento sigiloso no había levantado ningún ruido.

Del auto bajaron cinco hombres y se dirigieron hacia el portón. Uno de ellos apretó el botón del portero eléctrico debajo de la chapa con el nombre de la empresa. Segundos después, el zumbido del timbre abriendo la puerta, se transmitió claramente por el aire. Los hombres entraron rápidamente y desaparecieron de la vista detrás de la puerta.

Sintió la mirada de Minelli sobre él. Los dos sabían que pasaba por la mente del otro. ¿Qué otra información, no coincidía con la que ellos tenían? ¿Cuánta gente más habría dentro?.

Los vidrios polarizados de la combi estacionada en la calle, no les permitía ver de sus ocupantes más que sus sombras. ¿Estarían Meg y las mujeres en ella?. Segundos después el portón volvió a abrirse y un hombre se asomó y le hizo señas al conductor de la camioneta para que entrara.

Esperaron quince minutos y Minelli le hizo un gesto a dos de sus hombres señalando la calle. Estos sabían que tenían que hacer y no dudaron, se pusieron rápidamente en marcha.

Una vez afuera del edificio, rodearon la vieja embotelladora hasta llegar a la calle en donde estaba emplazada la empresa.

Iban agazapados, amparados y confundidos por su ropa de asalto en la oscuridad de la noche. Cada uno llevaba un cuchillo en la mano y caminaban por diferentes aceras. Sus movimientos estaban coordinados.

El primer centinela, lo encontró el comando que iba por la acera contraria a la de la empresa. Lo redujo en segundos. Treinta metros más allá y de la acera de enfrente, el otro comando reducía al segundo hombre de la misma forma silenciosa. Sólo quedaba uno. Recorrieron toda la distancia hasta el último árbol que había antes de llegar al portón de la empresa, pero no lo encontraron. Volvieron sobre sus pasos.

El resto del grupo seguía la acción, desde las ventanas. Rossi advirtió el movimiento sobre la copa del árbol en donde un comando había parado para escudriñar la oscuridad. Levantó lentamente su rifle, al que le había colocado momentos antes un silenciador, y apuntando con cuidado, disparó. El cuerpo del tercer centinela cayó

desplomado sobre la vereda antes que el hombre pudiera emitir el más mínimo quejido.

Los comandos ocultaron rápidamente los cuerpos debajo de los arbustos del jardín de una de las casas del lugar y montaron guardia en los mismos lugares en donde habían estado los centinelas. Uno de ellos levantó su pulgar dirigiéndose a la embotelladora. La primera fase de la operación estaba cumplida.

El grupo se puso en movimiento. Bajaron por la ventanas, por medio de las gruesas sogas que tenían con ellos y aterrizaron en el jardín trasero de la empresa Dolly's. Se dividieron en dos equipos.

Rossi, al frente de uno de ellos, se asomó por una de las dos ventanas que había. Minelli y su gente ocuparon la otra.

Adentro del salón, parado en medio de una gran tarima iluminada por modernos spots que, dejaban en penumbras el resto del lugar, se encontraba el Urso riendo y hablando con alguien ubicado debajo, casi a oscuras.

Dejó que su vista se acostumbrara a la oscuridad y notó una hilera de cuatro sillas ocupadas por cuatro hombres. "Los extranjeros" pensó, al notar sentado entre ellos al japonés. Detrás, un par de sicarios armados vigilaban un grupo de mujeres y niños sentados en el suelo.

Recorrió con la mirada el grupo tratando de hallar a Meg entre ellos pero, no la encontró. Le hizo gestos a Minelli negando con la cabeza y extendió su mano en una muda señal de espera. Volvió a fijar su atención en el Urso. Notó la peligrosidad del hombre que acababa de subir a la tarima y se había parado a su lado hablándole algo al oído.

Las luces de los spots ante un gesto del grandote mientras bajaba con el otro al piso, disminuyeron su intensidad, dejando el salón a oscuras. Un silencio expectante se adueñó del lugar.

Un spot se encendió iluminando una figura angelical parada sola en el centro de la tarima. Poco a poco, el resto de las luces fueron prendiéndose e iluminando la escena como en una puesta teatral.

El murmullo emocionado de los cuatro hombres sentados, arrancó una sonrisa lobuna en la cara del Urso.

Una luz iluminando por detrás, la figura de la niña vestida de camisón blanco largo, reveló su pequeño cuerpecito.

La expresión de terror en su cara, le encogió el corazón. Su cuerpo chiquito y delicado,

contrastaba groseramente con el del Urso cuando subió al improvisado escenario y tomándole la mano, la hizo dar una vuelta para que los hombres pudieran apreciarla.

Estos habían dejado sus sillas y se habían arrimado a la tarima para estudiarla de cerca.

Meg, no resistió sus miradas y levantó su brazo derecho, tapándose los ojos con él.

Los hombres rieron fascinados ante el gesto aterrado de la niña.

Rossi expulsó con furia el aire que, sin darse cuenta había mantenido contenido en sus pulmones desde que Meg apareció en escena y miró a Minelli. Notó el mismo odio en sus ojos. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La sorpresa del ataque paralizó sólo por unos segundos a los mafiosos. Abrieron fuego mientras corrían a protegerse detrás de lo primero que encontraran. Los hombres que hasta ese momento custodiaban al grupo de mujeres y niños; fueron los que primero cayeron. No quisieron darles la oportunidad de refugiarse detrás de ellos.

Rossi, apuntaba cuidadosamente la cabeza del Urso en el momento que Minelli y sus hombres hacían irrupción en el lugar. Advirtió que el hombre, después del primer sobresalto, rodeaba desde atrás el cuello de la niña y con la otra mano apoyaba una pistola en su sien. La furia asesina en su mirada, le dijo lo que iba a pasar. No esperó, le asestó un tiro en el medio de la frente y corrió hacia la niña. La cubrió con su cuerpo y, sin dejar de correr, rodeó su cintura aferrándola debajo del brazo y llevándola hacia la puerta mientras sus hombres despejaban la salida.

“Dos pasos, dos pasos más”, pensó, llevando el cuerpo de Meg apretado debajo de su brazo mientras corría con el arma en la otra mano. Cuando notó al hombre que salió detrás de una columna, del mismo lado que llevaba a la niña, supo que era demasiado tarde. Sólo atinó a girar el cuerpo. Sus músculos se encogieron esperando recibir el golpe de gracia, se agachó intentando ofrecer la menor cantidad posible de superficie corporal y siguió corriendo. El ardor en el brazo derecho lo sorprendió, tropezó y cayó apoyando una rodilla en el piso. Giró la cabeza y advirtió que Pablo había intervenido a último momento, arrojando de una embestida al tirador al suelo. Observó que lo desarmaba y lo esposaba antes de ponerlo de pie, Era el mismo que había subido a la tarima para hablar con el Urso, en secreto, un rato antes.

Minelli y su gente tenían finalmente, controlado el lugar.

Una vez en el jardín, apoyó los pies de la niña en el suelo, se sacó la campera y se la puso sobre los hombros, arriba del camisón. Meg temblaba violentamente. Quiso rodearla con sus brazos, abrazarla, pero, instintivamente supo que no debía hacerlo.

-Meg, soy un amigo de tu mamá. Me mandó a buscarte. – la expresión de sus ojos le dijo que no lo había oído. – Voy a llamarla por teléfono para que hables con ella. – sacó el celular del bolsillo y marcó el número de Mary.

Meg en silencio y casi sin levantar la vista del suelo, siguió los movimientos de sus manos con la mirada.

-¡Hola! –oyó la voz trémula de Mary en el aparato.

-Te paso con Meg. Salió todo bien –el llanto liberador de horas de angustia, esperando noticias del operativo, llenó sus oídos.

Pablo se acercó hasta donde estaba con Meg, acompañado por un médico, recién llegado en una de las ambulancias del Same, pedidas por Minelli después del operativo.

-Quiere revisar la herida en tu brazo –dijo.

-Ahora no, no hay tiempo. Además es un simple raspón. Llevaré a la niña a su casa.

-No puede hacerlo sin que, antes, la revise un médico – advirtió serio el hombre vestido de blanco.

-¡La niña no está en condiciones de ser revisada y no permitiré que alguien lo haga! –estalló– Los padres se ocuparán de llevarla a su pediatra. – lo enfrentó, con una dureza inusitada en la voz.

El médico no se dejó amilanar. Se agachó poniéndose a la altura de Meg y con una linternita que sacó del bolsillo de su guardapolvo, estudió atentamente los ojos de la niña. Suspiró, meneando levemente la cabeza y se paró apartándose. Buscó algo en el bolsillo de arriba del guardapolvo.

-Tome –le pasó una tarjeta con su nombre y teléfono– dígame a la madre que si me necesita, no importa la hora, me llame a éste número. La pequeña va a necesitar asistencia psicológica lo más rápido posible además.

Rossi, más calmado, tomó a Meg de la mano y la condujo hacia su auto. La niña no había emitido una sola palabra desde su liberación.

Ni siquiera habló con su madre cuando le pasó el teléfono. Tuvo que explicarle la situación a Mary.

Era la una de la mañana cuando llegaron a la puerta de la casa. Al abordar la calle en donde estaba ubicada, no notó ninguna reacción en ella. La había estudiado mientras manejaba por el espejo retrovisor y no había notado ningún cambio en su actitud. Esperaba sinceramente que, al ver a su madre la cosa cambiara.

Mary abrió la puerta apenas los oyó y salió corriendo hacia el auto, lo abrió del lado que iba Meg y la rodeó con los brazos. Se mordió los labios tratando de no abrumarla con su llanto emocionado y la ayudó a bajar del auto y entrar en la casa. Tenía muy presente su charla de hacía un rato, con Rossi.

La guió una vez dentro de la sala, hasta un sillón, y la tapó con una manta, después de sacarle de los hombros la campera de Rossi. Observó con infinita tristeza a la niña, sentada inmóvil, en el mismo lugar que la dejó.

Se arrodilló en el suelo delante de ella.

-Meg, te quiero mucho. Estás en casa y papá ya viene para acá. La niña miraba el suelo en silencio, indiferente, a todo lo que

sucedía alrededor.

Mary, miró a los demás y les hizo un gesto suplicante para que la dejaran sola con ella. Le sangraba el corazón al verla así. “¿Qué te han hecho” gritaba su mente. “¿Dónde está mi bebita?”. Se controló como pudo y volvió a hablarle en voz suave. Mientras, le pasó la mano por la cabeza acariciando su pelo. Espantada, advirtió que se encogía aterrada ante su gesto. Giró el rostro hacia la puerta para disimular las lágrimas y observó que ésta se abría, dejando pasar a Lorenzo, quién se acababa de despertar alertado por el ruido en la casa.

-¡Meg! –gritó, sorprendido y emocionado.

La niña, oyó su voz y levantó incrédula la cabeza. Pegó un salto levantándose del sillón y corrió a su encuentro. Se abrazaron llorando y permanecieron varios minutos así.

Al fin, notó la mirada de Meg sobre ella reconociéndola.

-¡Mamá!, mamá –se aferró a ella llorando a los gritos. La abrazó, con todas sus fuerzas, sintiendo el calor del cuerpo

de su chiquita en el suyo.

Los regalos amontonados al pie del árbol de navidad, formaban una pila considerable. La mayor parte tenían una etiqueta con el nombre de los niños.

Greg, había llegado a las siete de la mañana al aeropuerto y de ahí había partido inmediatamente a ver a Meg. Horas antes, ella había hablado con la niña y la puso al tanto sobre la nueva situación de sus padres. Hubiera preferido esperar un tiempo para hacerlo, pero, con la navidad cayendo esa misma noche, no podía hacer otra cosa. Parecía haberlo tomado bastante bien. Aunque, sólo el tiempo podía confirmarlo.

Por suerte, Greg, aduciendo que Susan se sentía mal, no aceptó venir a comer esta noche, pensó Mary. Los había invitado a cenar, tratando de evitarle más pérdidas a Meg y aunque se odiaba por sentir así, estaba encantada de que no fueran.

-Mary –interrumpió sus pensamientos Juanita– Está en el teléfono la señora Norma.

Esperaba este llamado. No le había contado a Juanita, pero, dos horas antes, cuando la mujer la llamó, al enterarse por los medios del rescate de Meg y de la detención de los secuestradores incluidos el juez, la fiscal y el ministro, le pidió que anotara a Lorenzo en el colegio para el próximo año. Era su regalo de navidad para Juanita. Meg la oyó mientras hablaba con la señora Norma, pero, le pidió que no dijera nada. Tomó el teléfono guiñándole un ojo a la niña:

-¿Hola?

-Mary, ¡ya está!. Quiero que sepas que lo anoté en sexto grado. La semana que viene, te mandaré la tarea que puede hacer durante el verano para ponerse al día. Tengo una maestra particular que si la necesitas...

El ladrido de un perro y, los gritos y carcajadas de los niños mientras corrían escapando a las lamidas de su larga lengua, hizo que dejara de escuchar lo que le decía la mujer, le agradeció y cortó el teléfono, riendo sorprendida. Miró a Marc.

-Lo hice traer –dijo encogiéndose de hombros, avergonzado por el bochinche causado por el animal.

Largó una carcajada, abrazándolo y dándole un beso.

Una semana después, partían los cinco a la estancia de Marc en Neuquén.

Mientras preparaba con Juanita el equipaje, una noticia de último momento en el noticiero, le hizo dar vuelta la cabeza y fijar su mirada en el periodista que aparecía en la pantalla del televisor:

Ha sido concedida, por el gobierno paraguayo, la extradición de Rosa Marchese, apodada “la hiena” y su hermano Julián, autores del secuestro de Meg Johnson y del asesinato de sus abuelos. Llegarán al país, mañana a las tres de la tarde, fuertemente custodiados, en un vuelo regular de aerolíneas Argentinas.

Fuentes judiciales nos aseguraron que, ésta vez, la pareja permanecerá recluida de por vida, en una prisión de máxima seguridad.

La policía paraguaya, apresó a la mujer y al hermano, en el momento que subían a un ómnibus con destino a Brasil, después de haber secuestrado a otra niña, de tan sólo...

Juanita, se dirigió al televisor y lo apagó. Tomó a Mary de los hombros y mirándola suavemente a los ojos, le dijo con voz firme:

-¡Se acabó! Mary. Terminó.

Se terminó de imprimir en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el mes de octubre de 2009, por Editorial Armerías, Tel.: (5411) 4880-7002 www.editorialarmerias.com.ar